

Apostolados menudos

Albéniz

1.ª SERIE

MANUEL GONZÁLEZ

OBISPO DE PALENCIA (antes de Málaga)

Apostolados Menudos

Comulgantes de Jesús de cada mañana,

¡sed los Apóstoles de Jesús de cada hora!

PRIMERA SERIE

TERCERA EDICIÓN

1938

Biblioteca de "El Granito de Arena"

PALENCIA

IMP. URANIA · MOSQUERA, 9 · MÁLAGA

PRESENTACIÓN

¡Apóstol!

¡Apóstol! Bella palabra, quizás la más bella con que se puede calificar a un hombre noble, a un cristiano bueno.

¡Ser apóstol! Aspiración de almas grandes, generosas, heróicas. ¡Ser apóstol! Es *llenarse hasta rebosar*, de Jesucristo, de su Doctrina, de su amor, de su virtud, de su vida y *mojar* hasta *empapar* a todo el que nos toque o se nos acerque del agua que nos rebosa; es *hartarse* hasta *embriagarse* del vino del conocimiento y amor intensos de Jesucristo y salir por las calles y plazas ebrios..... es hacerse *loco* de *un solo tema* que sea: Jesús Crucificado y Sacramentado está y no debe estar abandonado.....

Abandonado porque no se le conoce, no se le ama, no se le come, no se le imita.....

¡Ser siempre apóstol! ¿Puede haber corazón sinceramente piadoso que no tenga por aspiración constante la realización de este deseo? Estar siempre haciendo algo con la palabra o la intención para que Jesús, el Jesús Rey de nuestro corazón y centro de nuestra vida, sea un poquito más conocido,

amado, servido, imitado y glorificado ¿qué alma sinceramente cristiana no lo desea y procura?

Pero yo pobre clérigo, o seminarista, sin dinero, sin influencia, sin brillo social, yo, pobre obrero, sirvienta, atareado hombre de negocios, juguetón niño, estudioso joven, débil jovencita, ocupada madre de familia, ¿puedo yo ejercer ese constante apostolado? ¿cómo puedo yo *ser siempre apóstol?*

A contestar

esas preguntas vienen estas paginillas enseñando modos de apostolados fáciles y compatibles con todas las clases de personas y situaciones. «Apostolado menudo» llamo a esos modos y plegue al Amo que la facilidad y suavidad de su ejecución multiplique los Apóstoles y los Apostolados y con unos y otros la vida del Sagrario en las almas y en los pueblos.

Por qué Apostolado Menudo

Y llamo *menudos* a estos apostolados por razón:

1.° De la *misión* que no es misión oficial y solemne como la de los Obispos, sucesores por misión divina de los Apóstoles.

2.° De las *personas* que no han de ser siempre personajes como grandes escritores, doctores, predicadores, sino que los pueden ejercitar a más de esos señores, si quieren, hasta niños y viejecitas y gente sin letras ni grados.

3.° De los *lugares*, que no han de ser grandes escenarios de púlpitos, cátedras, templos, numerosos auditorios; sino en cualquier ocasión o coyuntura favorable.

4.° De la *materia*, que no han de ser sabias epístolas, profundas encíclicas, elocuentes sermones, sino ratillos de conversación, cartas de amigos, servicios insignificantes, hasta sonrisas y gestos.

Y 5.° Del *tiempo*, porque estos apostolados no lo tienen señalado, sino que han de *menudearse* mientras más mejor, hasta el punto de que a cada hora y en cada ocupación y en cada palabra y en cada mirada nuestra los que nos rodean puedan sentir *algo* de Jesús presente y vivo en nuestra alma, como el que pasa junto a un nardo o una violeta, huele el aroma aunque no vea la flor.

La gran razón y el gran impulsor de estos Apostolados menudos

Yo no conozco mejor y más decorosa acción de gracias de la Misa celebrada y de la Comunión recibida cada mañana que el celo por hacer sentir a los que nos rodean la presencia de Jesús Inmolado, ¡el Cordero de Dios! en nosotros.

Comulgantes de Jesús de cada mañana, ¡sed los apóstoles de Jesús de cada hora!

Apóstoles de la presencia de Jesús, salid en su nombre por todas partes enseñando más con vuestras obras que con vuestras palabras y de todos los modos que os sugiera el Espíritu Santo esta grande y consoladora verdad: Que Jesús, no sólo

está realmente presente en los Sagrarios, sino en las almas y en la vida de los buenos comulgantes...

Que vuestras conversaciones, vuestros procederes y hasta vuestros gestos de cada hora del día sean apostolados del Jesús que por la mañana entró dentro de vuestras almas.

¡Apostolado de la presencia de Jesús! Comulgantes, que por vuestro vivir, vuestro hablar, vuestro sentir, vuestro pensar, vuestro perdonar, vuestro querer, vuestro hacer y vuestro dar y darse *al estilo* y por *la gracia* de Jesús comulgado y asimilado, estáis siempre mostrando a Jesús presente ¡qué falta hacéis en el seno de las familias y de las comunidades y del mundo!

Como el Maestro a sus Apóstoles dijo: «Enseñad el Evangelio» y como la Madre Iglesia dice incesantemente a los Pastores y a todos los que puedan: «Enseñad el Catecismo», estas paginillas quisieran ser portadoras de esta voz que se levanta de cada Hostia Consagrada:

Comulgantes, sed y enseñad el Evangelio vivo, el Catecismo vivo.....

Primer Viernes 4 de Marzo de 1927 - XVII aniversario de la fundación de la Obra de las "Tres Marías para los Sagrarios Calvarios."

Post data para las Marías y Discípulos de San Juan

Para facilitar vuestro primer oficio de *dar* a Jesús abandonado *compañía* reparadora con vuestras Comuniones y visitas diarias escribí «Mi Comunión de María» y «Qué hace y qué dice el C. de J. en el Sagrario»; para facilitaros vuestro segundo oficio de *buscarle* compañía va este librillo de «Apostolados Menudos».

Acogedlo con cariño de familia.



Para la segunda edición

Un apostolado que hubiera venido muy bien a los libros de la edición anterior:

El apostolado del «Agua va»

Cuando en la noche del 11 al 12 de Mayo de 1931 ardía mi Palacio de Málaga, encendido con fuego de infierno, ¡qué bien le hubiera caído un apostolado de *mangas de riego...!* y cuenta que las mangas llegaron, pero junto con la orden, según dijeron, de no dejar caer una gota de agua sobre el incendio... Señor, yo sé que hay muchas almas que arden con fuegos malos de pasiones de infierno, concede a estas paginillas ser manga de riego de aguas de humildad, pureza y caridad que apaguen muchos incendios...

Sí, ¡agua va! ¡en venganza cristiana de los que incendiaron y no dejaron apagar mi casa y estos «Apostolados menudos...!»

Ronda, primer Viernes de Marzo de 1932.

† Manuel González,
Obispo de Málaga.

Para la tercera edición

Y sigue el fuego.....

Los ejemplares que quedaban de la edición del 1932 fueron visitados de nuevo por el fuego y las uñas de los rojos en 1936, durante su dominio en Málaga..... ¡Decididamente estas páginas se han hecho para el fuego...!

Corazón de Jesús ¡que sólo sean ya para propagar el fuego tuyo!

Palencia, primer Viernes de Junio de 1938.

† MANUEL GONZÁLEZ.
Obispo de Málaga.

I

LA LEY DEL APOSTOLADO MENUDO

Todas sus leyes se reducen a esta sola: *que se ejerza*

El Apostolado entre semejantes

Rarillo es en verdad el título; pero os confieso que no he encontrado en mi pobre majín otro más adecuado y expresivo, y así y todo, he menester echarle una mano para sacarlo a la claridad del día.

Después de todo quizás debería llamarse este capítulo «*Menudencias del Apostolado*» mejor que «*Apostolados menudos*» que más que de un apostolado aparte voy a hablar de un condimento esencial a todos ellos.

El apostolado es obra de *misión* y de *amor: de* misión por parte del que envía al apóstol, que éste es siempre un enviado, y sinó es un entrometido y un impostor, y de amor, por parte del apóstol mismo que si tiene sólo misión y no amor a lo que es enviado, será un recadero, un comisionista, un viajante, pero no un apóstol.

¡El amor del Apóstol!

Si no fuera porque me haría muy largo, me detendría ahora, no en demostrar la necesidad de ese elemento en el apostolado, que eso salta a la

vista, sino en apuntar y lamentar el sinnúmero de fracasos de hartos apostolados tanto en el bien como en el mal, precisamente por la falta o poca cantidad del amor apostólico.

Resígnome a sentar esa observación y prosigo mi razonamiento.

Si apostolado es amor, y amor como de fuente llena que se desborda y como fuego que se deshace en ganas de calentar e incendiar a muchos, el apostolado, como el amor, presupone igualdad o semejanza, o a todo trance la procura; entre el que lo ejerce y lo recibe.

El puente de la semejanza

«Simile cum simili gaudet». «El semejante se goza con su semejante» dijeron los antiguos y la experiencia de los siglos confirma que el amor o la amistad entre dos nunca se entabla ni mucho menos se estrecha sino cuando entre esos dos se tiende el puente de semejanza o igualdad.

El blanco naturalmente se hace más pronto amigo de otro blanco, que de un negro, el niño, de otro niño que de un viejo; el cristiano mejor de otro que del que no lo es; el que quiere ser cristiano bueno de otro del que le parece justo más que del que le parece pecador o licencioso.

Y si encontramos algunas excepciones a esa ley del amor entre semejantes, más que excepción de la ley, es modo distinto, oculto, inconsciente, raro, si queréis, de cumplirla o preparación para ella.

¿Excepciones o confirmaciones?

Sin duda conoceréis no pocos casos de matrimonios de una desemejanza y desigualdad tales que os ha obligado a preguntaros y preguntar a vuestros amigos: ¿Pero cómo *Fulano* tan listo, tan sabio ha podido querer y adaptarse a *Zutana*, que, si no es tonta, lo parece?

Si estudiáis un poco a fondo el caso, veréis que aquella disparidad es sólo aparente y que o el *Fulano* no es en realidad tan sabio, sobre todo con talento práctico, o que la *Zutana* no es en realidad tan tonta, o que lo que a ésta le falta de cabeza le sobra de corazón o de alguna otra buena prenda para contrarrestar y establecer el equilibrio con lo que a aquél le falta.

Repito: el amor presupone la semejanza o la procura a todo trance, y sinó se va.

El puente del apostolado

Con la luz de esta verdad, que es a la vez un hecho permanente, alumbremos la gran obra del amor que es el apostolado.

¿El apóstol es sabio y ha sido enviado a ignorantes?

¡Que no vaya a ellos como sabio, sino como ignorante!

¿El apóstol es rico y es grande y ha sido enviado a pobres y pequeñuelos?

¡Que no se llegue a ellos fastuoso ni encumbrado, sino modesto y chico o achicado!

El fulgor de la sabiduría, del dinero y del poderío del apóstol podrá producir deslumbramientos, asombros, hasta admiraciones; pero ¿atracción, adhesión y lealtad de cariño? No.

Falta el *puente* de la *semejanza* para que pueda pasar éste.

El gran puente

¡Bendita, adorable, y nunca bastantemente agradecida Encarnación del Hijo de Dios, verdadero y colosal y eterno *puente* de *semejanza* tendido entre Dios y el hombre para que por él venga el gran Enviado del Padre Celestial vestido de hombre y hasta con apariencias de pecador y por él vaya el cariño rendido y sobre todo cariño de sus adoctrinados y redimidos.

Apóstoles grandes y menudos, ¿os habéis ocupado y preocupado del *puente* de vuestro apostolado?

El puente descrito por S. Pablo

S. Pablo, el por antonomasia llamado Apóstol, describe la ley de semejanza que debe regir los apostolados fecundos con aquella consoladora y aliviadora descripción del Sacerdocio de Cristo. (Heb. IV-15.) «No es tal nuestro Pontífice, que sea incapaz de compadecerse de nuestras miserias: habiendo *voluntariamente* experimentado todas las tentaciones y *debilidades*, a excepción del pecado, por razón de la semejanza con nosotros.»

¿Razón y fin de esa semejanza? El mismo prosigue: «Lleguémonos pues confiadamente al trono de la gracia, a fin de alcanzar misericordia.»

Si Jesús, el gran Apóstol y Maestro y Padre de todos los Apóstoles, para ganarnos el amor se ha hecho semejante a nosotros en la pobreza, en la enfermedad, en la tentación, en la muerte y en todo, ¿cómo no habrá de escoger para apóstoles, no a Angeles ni a santos del cielo, sino a hombres de la tierra y como tales de barro con las flaquezas y fragilidades del barro?...

Y con esos apóstoles de barro quebradizo se ha levantado y formado y sostenido la Iglesia de los hombres de barro también y seguirá sosteniéndose hasta la consumación de los siglos.

¡Qué bien, qué maravillosamente bien entendió y practicó el Apóstol Pablo la ley apostólica de semejanza por él tan bellamente predicada!

Leed entre otros ejemplos ese trozo de su 1.ª Epístola a los Corintios (IX, 19, 20, 21 y 22).

«En verdad que estando libre o independiente de todos, de todos me he hecho siervo, para ganar más almas.

«Y así con los judíos he vivido como judío, para ganar a los judíos; con los sujetos a la ley o *prosélitos*, he vivido como si yo estuviere sujeto a la ley (con no estar yo sujeto a ella) sólo por ganar a los que a la ley vivían sujetos; así como con los que no estaban sujetos a la ley *de Moisés* he vivido como si yo tampoco lo estuviese (aunque tenía yo una ley con respecto a Dios: teniendo la de Jesu-

cristo) a trueque de ganar a los que vivían sin Ley.

«Híceme flaco con los flacos para ganar a los flacos.»

«Híceme todo para todos para salvarlos a todos.»

Ese es el apóstol de Cristo, el que es de todos y es nada.

Con los sabios, sabio sin arrogancia, con los ignorantes, sobrio y modesto en el hablar, como si lo fuera. Con los viejos, viejo, con los niños, niño, con este sólo fin: ¡para salvarlos a todos!

¿Se entiende ahora la ley del apostolado, o sea, el «Apostolado entre semejantes?»

De que se atienda o no esa ley de semejanza ¡cuánta cosecha de agradables sorpresas o de molestísimos e irritantes chascos!

Y como no escribo para teorizar sino para sugerir ganas y modos de trabajar por las almas, más que meterme en reflexiones sobre la aplicación de esa ley al que pudiera llamar apostolado grande y oficial, prefiero estudiarla en lo que venimos llamando *apostolados menudos*, o sean los inspirados por el celo que a las personas sólidamente piadosas impide ver con indiferencia y con brazos cruzados en torno o al alcance de ellas ausencias y faltas de conocimientos, de amor e imitación de Ntro. Señor Jesucristo.

A esas buenas almas a las que el celo de la gloria de Jesús y de las almas hizo Catequistas, maestros, visitadores de enfermos o de presos, Marías o Juanes de Sagrarios abandonados o poco fre-

cuentados y a todos los corazones noblemente empeñados en apostolados menudos digo:

¿Queréis dejar bien pegadas en las almas de vuestros catequizandos las enseñanzas que con vuestra palabra, vuestro ejemplo, vuestra abnegación y vuestra oración tratáis de inculcarles?

Pegadlas con cariño mutuo, de vosotros a ellos y de ellos a vosotros.

¿Que el vuestro está pronto; pero el de ellas os cuesta trabajo ganarlo?

Construid y echad el *puente* de la *semejanza* y veréis como los dos cariños se encuentran en el camino.

¿Que procuráis echar el puente, pero que no acabáis de cerrarlo?

Quizás os faltarán algunos sillares; buscadlos en donde podáis; el amor es ingenioso y buscador.

Un modelo de puentes de semejanza para uso de apostolados menudos

Llegó a un pueblo un nuevo Párroco y la primera dificultad con que tropieza es la locuacidad de las pocas *devotas* feligresas que concurrían al templo.

Las conversaciones y tertulias que en voz alta sostenían, en cuanto se acababan los cultos, eran la pesadilla del celoso nuevo Párroco.

Consejos, avisos, exhortaciones, conminaciones en privado y desde el púlpito, y todo era inútil.

Las *devotas comadres* seguían sus charlas reunidas unas veces o mientras arreglaban o desarregla-

ban los respectivos altares de que cada una cuidaba.

Tenía este buen Párroco una piadosísima sobrina, escandalizada y apenada como él, del mal ejemplo de las feligresas, y de ella se valió para obtener el silencio deseado.

Procuró trabar amistad ésta con ellas y valida de la misma les fué invitando en *voz muy baja* a hacer juntas el Vía Crucis, la visita al Smo. Sacramento o la lectura espiritual, dando por resultado el silencio y el recogimiento más edificantes de aquellas habladoras contertulias del templo y de todas las mujeres del pueblo.

¡Se había dado con el sillar que faltaba y se había tendido el *puente* de la *semejanza!*

Receta para obtener muchos modelos

Es muy difícil a un Catequista, a un apóstol social llegar a dar con el secreto de la semejanza con todos sus catequizandos; pero no lo será tanto dar con el secreto de alguno o algunos.

Se observa que en toda agregación, sea de hombres, sea de niños, sea de doctos, sea de ignorantes, no todos tienen igual ascendiente sobre los demás; generalmente hay uno o dos que se imponen a los otros y a quienes éstos acatan de buen grado y quizás sin saber por qué.

Entre los niños he observado que ese papel de *mandón, indispensable, perdonavidas* o de *métome en todo* lo ejerce ordinariamente no el más guapo, ni el más bueno, ni el más rico, ni el más corpulento o valiente, sino uno cualquiera que para colmo de contrastes no pocas veces es cojo, tuerto, raquítico de cuerpo o lisiado.

No lejos precisamente de donde escribo estas páginas veo que está jugando a los *legionarios* una turba de chiquillos y el capitán que los manda, y que lleva como distintivo de su jerarquía una olla agujereada por montera, es un cojito de unos cuatro palmos de alto. Y ¡con qué desenfado organiza y manda y con qué prontitud es obedecido de niños muchos más altos y presentables que él!

Pues bien ¿sabéis en donde está el secreto de las imposiciones de esos jefes *indocumentados* y de las sumisiones y adhesiones inconscientes de esas masas, sea de niños, sea de obreros, sea de doctos?

En que hay *apostolado con puente* de *semejanza.*

En esos apostolados profanos, muchas veces del propio demonio y para fines endemoniados, el lugar del amor lo suplanta la simpatía, la adulación, la hipocresía, la fogosidad de carácter o simplemente la osadía del que da primero y cuenta con la *borreguez* de la masa, que no sabe andar sino detrás de otro; y el puente de semejanza se lo da hecho la misma natural condición del improvisado apóstol, que es niño entre niños, obreros entre obreros, despechado y rebelde entre despechados y rebeldes.

Y con estos dos solos elementos el apóstol obtiene lo que quiere y hasta lo inesperado y al parecer imposible. Como que ese ha sido el secreto de las grandes revoluciones.

Pues bien, formar esos apóstoles no sólo entre semejantes, sino entre iguales, esa es la gran obra de apostolado. ¿Cómo?

¿Cómo obtener apóstoles de entre los mismos sobre los que se ha de ejercer el apostolado?

Lo he dicho ya; para que la doctrina del apóstol llegue no sólo a la mente sino al corazón y a la práctica de los *apostolizandos*, es menester que entre uno y otros se tienda el *puente de la semejanza* y a ser posible de la *igualdad*.

Es menester llegar al apostolado del niño por el niño, del obrero por el obrero, del ignorante, si no por el que lo sea, por el que no alardee de sabio y así de los demás.

¿Cómo? Esto sí que es difícil y para poner en aprietos a los más templados y en ejercicio complicado de ingenio, paciencia, caridad, humildad y oración a los que se lo propongan.

Como lo hacía el Maestro

Por lo pronto tomemos nota del proceder de Ntro. Señor Jesucristo para adoctrinar a la muchedumbre de los pueblos.

Comienza su misión en la tierra, como dije antes, por hacerse El semejante en todo a nosotros haciéndose hombre y viviendo a lo hombre y prepara su predicación y su obra de atracción por la *selección* de un grupo de semejantes, o mejor, iguales a los que iba dirigida su misión. Escoge un grupo de

pobres, rudos, jornaleros y judíos para ser apóstoles de muchedumbres en las que abundarán los pobres, los rudos, los jornaleros y los judíos y de esta suerte organiza el apostolado del judío por el judío, del obrero por el obrero y del igual por el igual.

Sin dejar de adoctrinar El mismo a las masas, dedicaba sus más largos ratos y explicaciones más luminosas y al pormenor, sus confidencias más íntimas y sus predilecciones más efusivas a un grupo de escogidos, a más de los oficialmente llamados Apóstoles, como Discípulos, Marías y amigos, de los que se valía después para disponer a las muchedumbres a recibir, entender y aplicarse sus predicaciones y ejemplos.

Y cuenta que esto lo hacía quien tenía virtud y gracia para llegar por sí mismo a todos y a cada uno y atraérselos sin necesidad de intermediarios; así y todo antes de ir El a un pueblo mandaba por delante no sólo de esos Apóstoles, sino de entre los Discípulos y amigos, parejas de enterados de El y de entusiasmados por El para prepararle oídos y corazones propicios; y a las veces, llegada la hora de retirarse de esos pueblos allí dejaba a algunos de sus amigos anteriormente o en aquella misma ocasión conquistados, como se lee en el Evangelio en el caso de Gerasa.

¿Y quién pudiera contar los ratos empleados por el divino Maestro en formar esos núcleos de escogidos y los gastos de paciencia, humildad y caridad que le harían la machaconería de preguntar

muchas veces lo mismo, la grosería de sentimientos, la rudeza de ingenios, las murmuraciones, los prejuicios y los resabios de raza de sus amigos?

Ya el Santo Evangelio, sin decirlo a las claras, apunta lo que costaría a la paciencia de Jesús esta formación de amigos enterados, cuando pone en sus labios quejas como éstas proferidas en el seno de la intimidad: «¿Aún no os habéis enterado?» «No sabéis lo que pedís». «Tanto tiempo con vosotros y ¿todavía no me habéis conocido?»

¿Y nosotros?

¡Qué falta nos hace a los predicadores y organizadores de turbas, como Párrocos, Misioneros, Maestros, Catequistas, escritores, Marías, traer a la memoria esos ejemplos del Maestro para que en vez de arrojarnos a la conquista de ellas confiados en el poder de nuestra palabra, de nuestro prestigio, de los premios o cebos que ofrecemos o de alguna otra influencia extraña, nos dediquemos a ese trabajo callado de tanta paciencia como poco lucimiento, y de constante recurso a la oración como al ingenio para obtener el grupo de feligreses apóstoles entre feligreses, de niños apóstoles entre los niños, de obreros apóstoles entre obreros, etcétera, etc.!

Quizás y sin quizás no serán rápidos nuestros triunfos; pero seguramente lo que los triunfos pierdan de rapidez y *presentación escénica* lo ganarán en solidez, fondo, fecundidad y duración.

En nuestros momentos de desmayo ante el poco

número o el escaso fruto hagámonos esta reflexión:

¿Quién queda junto a Jesús en la hora de la prueba, de su sacrificio?

¿Son los ganados en sus triunfos rápidos del Domingo de Ramos, de la multiplicación de los panes y los peces?

No, sino *unos poquitos, muy poquitos... del grupo...*

Cómo lo practica la Iglesia

Por no alargarme, no me detengo en poner en parangón con la práctica del Maestro para obtener apóstoles semejantes o iguales a sus adoctrinados la práctica no interrumpida de la Santa Madre Iglesia de llegar a la inteligencia y al corazón de sus catequizandos por medio de instructores, catequistas y ministros de categoría, índole y circunstancias las más parecidas y afines a las de aquellos.

Los Ordenes menores y las Diaconisas

Me contentaré sólo con citar la institución de los clérigos menores, como auxiliares y repartidores al menudeo de las altas enseñanzas y santos oficios de los Apóstoles y clérigos mayores, y la acción en la antigüedad de las llamadas Diaconisas, para instrucción, auxilio espiritual y consuelo de las mujeres que se preparaban para ser cristianas y de las aún tiernas en la doctrina y novicias en la Fe.

El clero indígena

De la práctica actual de la Iglesia a este respecto,

sólo citaré el empeño vivísimo y el interés creciente que por boca del Papa está constantemente manifestando de proveer a las tierras de Misiones de clero y personal catequista indígenas o del mismo país.

El Papa no desperdicia ocasión de instar y urgir la caridad de los Católicos para que cooperen de cuantos modos puedan al fomento y mayor fruto de la Obra Pontificia de S. Pedro en favor del Clero indígena y no se cansa de repetir que su corazón apostólico no descansará mientras no vea al frente de cada región misionada Obispos y Sacerdotes y Catequistas hijos de la misma región, esto es, Obispos, Sacerdotes y Catequistas chinos al frente de los Católicos de China, y Obispos, Sacerdotes y Catequistas negros o amarillos dirigiendo a los hermanos de esa raza. ¡Con qué gozo, nos dice la prensa, acaba de consagrar con sus propias manos a siete Obispos chinos nuestro Santo Padre!

Y tal confianza tiene el Padre Santo en el fruto y en el arraigo de esos *apostolados* entre *semejantes* que a las propuestas de algunos Obispos y, yo entre ellos, de ayudar sus designios y empeños en pro del Clero indígena, trayendo a nuestros Seminarios jóvenes de esos países para darle absolutamente gratis la más selecta educación eclesiástica y, así preparados y ordenados, devolverlos a sus respectivos países, ha respondido sin vacilación que no solamente quiere sacerdotes chinos, japoneses, indios o africanos para los Católicos de esas regiones, sino que los quiere formados y educados

a lo chino, a lo japonés, a lo indio o a lo africano y no a lo europeo y por tanto hechos a padecer los mismos apuros económicos y las mismas persecuciones y viviendo las mismas costumbres que sus compatricios católicos.

Tanto, que a los Institutos misionarios europeos recuerda constantemente que no se tengan como *dueños* de esas Misiones, sino como *introductores* e *iniciadores provisionales*.

¡Qué bien entendida está por el Papa la virtud y eficacia del *Apostolado entre semejantes!*

Un ejemplo

Ved sinó una muestra.

De muchos de esos Seminarios indígenas me cuentan que llevan una vida tan pobre, y más que pobre, miserable, que sus Seminaristas no pueden dedicar a sus estudios y vida de Seminario más que algunas horas del día o algunos días de la semana, pues necesitan ocupar las otras horas y los otros días en buscarse su sustento con el trabajo de sus manos, unos pescando, otros cazando, éstos como obreros en próximas factorías extranjeras, y aquéllos en las faenas agrícolas.

Cierto que esta ocupación quitará profundidad a los estudios y quizás ponga en pruebas duras o peligros inminentes la vocación y formación de no pocos; pero así y todo, la aureola que siempre da el sacrificio, y el ascendiente que da el presentarse hablando de lo que se sabe no de memoria, sino por experiencia propia, porque se ha padecido y

probado, ¿no adornarán la frente y la acción del Sacerdote en tan duro troquel formado y no compensarán de algún modo por su eficacia y virtud las mermas ocasionadas por aquellos riesgos?

De mí os digo que me conmuevo representándome en mi imaginación bajo un techo de paja y caña la primera Misa de uno de esos Sacerdotes elevando la Sagrada Hostia con sus manos encallecidas y recibiendo en ellas el beso de enhorabuena de los gruesos labios de sus compañeros de trabajo hasta entonces y de sus hijos en la Fe desde ahora.....

Decía S. S. Benedicto XV de feliz memoria y repite Su Santidad Pío XI:

«Es indecible lo que vale para infiltrar la fe en las almas de los naturales, el contacto de un sacerdote indígena del mismo origen, carácter, sentimientos y aficiones que ellos, pues que nadie puede saber como él insinuarse en sus almas. Y así a las veces sucede que se abre a un sacerdote indígena sin dificultad la puerta de una misión, cerrada a cualquier otro sacerdote extranjero».

Sacerdote indígena de pies duros por andar descalzo y de manos encallecidas por ganar tu sustento ¡cómo te pareces a nuestro Pedro y Pablo, Andrés y Juan!... ¡a nuestros Apóstoles! ¡a los Conquistadores del mundo!...

Cómo lo practicamos por acá

Hora es ya de rematar este sencillo, al par que interesante estudio, sobre la necesidad de establecer el *puente de semejanza* o igualdad entre los que toman por amor a Dios el oficio de apóstoles del bien y de la verdad y los que por ellos han de ser adoctrinados o *apostolizados.*

Y el remate que quiero poner a estas reflexiones, que juzgo de grande utilidad para la fecundidad de nuestras propagandas, sea contar algo de cómo por acá echamos ese puente y la red de las grandes pescas.

Las Marías de Málaga

El grupo de Marías *enteradas* de Málaga, y que para mejor enterarse y vivir enteramente como Marías, viven hace años en comunidad sin apariencia exterior de religiosas, tiene por norma en sus propagandas eucarísticas y catequísticas *no dar nada* como cambio, premio, pago o atractivo material a los que asisten o atraen.

Se contentan con darles *buen trato, buena instrucción, buen ejemplo,* y el fruto de sus *oraciones* y *Comuniones.*

Debo confesar que, con el procedimiento de vales, rifas, premios y pagas a los que vengan a Misa, a la Catequesis, a la Confesión y a la Comunión se obtienen triunfos más rápidos y de momento más numerosos que con el procedimiento que usamos acá de no dar nada material por la asistencia y participación de esas cosas espirituales; pero también puedo y debo declarar que los triunfos por este último procedimiento obtenidos son tan lentos como sólidos y duraderos.

Modos de edificar el puente

Nuestras Marías en sus visitas a los pueblos o a las Catequesis parroquiales no se preocupan del número ni se entusiasman con las muchedumbres ruidosas; sino que sus ojos y su atención toda se van detrás del niño o de la niña o muchacha o persona que más pronto pueda servir para *apóstol entre sus iguales*. Siempre se encuentra alguno o alguna que manifiesta más prontamente su buena voluntad, su docilidad, sus deseos de aprovechar, sus ganas de amistad y en éste o ésta se trabaja por conquistarlos al más claro conocimiento y a la más fiel adhesión y compañía del Corazón de Jesús Sacramentado en aquel pueblo o parroquia; sin despreciar a los demás, cada una de las Marías visitantes va internándose en el interés y en el cariño de aquellos primeros elegidos y, ejerciendo con ellos el *apostolado de la amistad*, no paran hasta encender en sus corazones el cariño, el enamoramiento por el Corazón de Jesús Sacramentado. A ese fin tienen sus ratos de conversación y de lectura comentada de libro a propósito, como «Mi Comunión de María», «Qué hace y qué dice el Corazón de Jesús en el Sagrario», «Florecillas del Sagrario», «Partiendo el pan a los pequeñuelos», etc., y, según a la distancia en que los encuentran de Jesús, les van recomendando la hora más temprano de levantarse, la Comunión y visita más frecuente, el orden de las ocupaciones del día para que les quede tiem-

po para su vida de piedad, y, cuando los van sintiendo más ganados y próximos a Jesús, les proponen la busca de amiguitos, si se trata de niños, o de amigas, si de muchachas, para que hagan en su grupo de amistades lo que la María está haciendo en ellos.

Después de estas primeras conversaciones vienen visitas y, después de la Catequesis en la Iglesia, la María saca a sus niñas y a las Catequistas que quieran, a dar un paseo por el campo más próximo o por la playa y, mientras las más pequeñas y juguetonas juegan a la cuerda o a la rueda, la María sigue su obra de penetración y *conquista* de las escogidas y en un apartado con una y en otro con otra les va preguntando por su oración y su Comunión y sus amistades y sus peligros y... al cabo de poco tiempo la muchachita aquélla está convertida en una enamorada del Sagrario y en una excelente catequista eucaristizadora entre sus compañeras.

La misma labor van haciendo en los pueblos, los que visitan durante una temporada periódicamente, como cada semana, cada quincena o cada mes, y en ellos de la misma manera procuran hacerse primero con el apóstol o *apóstola* que sirva de cabeza y principio de un grupito de almas; este apóstol y su grupo de amigos o amigas son cultivados por la María con cariño paciente y efusivo y con ellos comulga y hace su preparación y acción de gracias, su ratito de oración mental, de ensayo de cánticos

religiosos y de la Misa, de catequesis, de visitas de enfermos, de paseo... hasta lograr convertirlos en grupo de *chiflados* por el Divino Abandonado del Sagrario y de *hambrientos* por acercarle almas que lo acompañen o imiten.

¡Si viérais qué grupos de almas escogidas se van formando en la ciudad y en los pueblos con esta labor silenciosa, paciente, sin prisa y sin apariencias de las *Marías Nazarenas!*

¿Y las cooperaciones y auxilios que van encontrando los Párrocos en esos grupos de incondicionales para sus Catecismos, busca y preparación de enfermos, introducción del canto litúrgico popular, fomento de la Comunión frecuente y, en una palabra, para la *eucaristización* de sus Parroquias?

Y, como el amor es incendiario e ingenioso, ¡qué medios descubre para propagarse!

Entre muchos citaré el siguiente:

Aquí, en Málaga, se da un espectáculo que estará alegrando ciertamente a los Angeles y dando mucho consuelo al Corazón Eucarístico de Jesús.

En los corralones y en casas pobres de muchos vecinos y en la habitación de algunos de ellos, que se brinda generosamente, se reunen una vez por semana y en la hora más a propósito las jóvenes de la casa y de las casas vecinas, alrededor de una de las Marías de esos grupos parroquiales ¡asombráos! para echar un rato de conversación piadosa.

La María, o mejor, las Marías que casi siempre van dos, comienzan por explicar a las reunidas un

punto de Catecismo que procuran aclarar con las estampas del Catecismo en imágenes de la Buena Prensa de Paris y después por el procedimiento de la lectura comentada en los libros dichos se echa un ratito de conversación de piedad práctica y sabrosa.

Y es de admirar como sin dar ni ofrecer nada, nada de regalos ni premios, y sólo por el atractivo del buen trato y de la gracia de Dios, que no puede faltar a los que en su nombre se congregan, las muchachas y sus madres y hasta no pocas veces sus padres se van animando y enfervorizando y produciendo frutos preciosos de observancia de los días de Fiesta y Comunión frecuente y de trato cariñoso e íntimo con el Corazón de Jesús, a quien quizás ni conocían de nombre.....

Y no creáis que esa María apóstol de ese corral es una señora empingorotada que deja su auto en la puerta o una gran letrada muy llena de teologías; de ordinario son unas jovencitas del mismo barrio y de parecida condición a la de sus adoctrinados; una costurera, una empleada, una joven sin relieve social y sin que su nombre aparezca jamás en las revistas de salones; pero muy llenas de Fe en su Catecismo y de amor tierno y ardiente al Corazón de Jesús de su Sagrario.

¡Son apóstoles entre sus iguales!

¡Las enamoradas y enamoradoras del Divino Abandonado!

II

EL CAMINO DEL APOSTOLADO

Conocemos la ley de la vida del apóstol.

Y ¿los caminos que ha de recorrer?

Como toda la ley del apóstol se condensa en la *semejanza* por amor humilde con los sujetos de su apostolado, todo el camino del apóstol se representa en dos líneas, ¡en una Cruz desnuda!

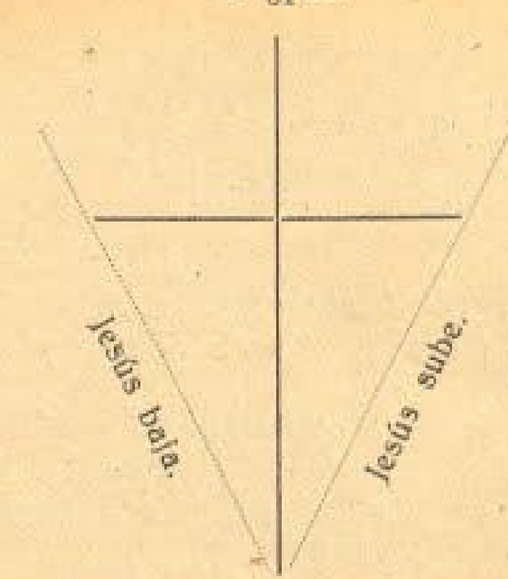
La Cruz

¡Dice tanto a los apóstoles esa Cruz desnuda, en la que acaba de ser ajusticiado Jesús, y de la que van a desclavar para sepultarlo al Maestro y Señor de todos los Apóstoles.

¡Qué bien señala esa Cruz el camino de Jesús y de sus enviados!

La Cruz, que durante unas horas fué suplicio, ha quedado constituida para siempre en *Gráfico divino*.

Gráfico de la vida del cristiano y gráfico del camino de la Redención.



Esa Cruz clavada en la tierra dice al que pasa y la mira estas dos afirmaciones: *hasta aquí bajó el Redentor; desde aquí subió el Redentor.*

Los puntos extremos de los brazos y del pie de la Cruz marcan un ángulo invertido, cuyos lados infinitamente prolongados tocan lo más alto del cielo y cuyo vértice se pierde en lo más hondo y abyecto de la tierra, que eso es la muerte y muerte infame de Cruz.

El lado izquierdo de ese ángulo inmenso es el *gráfico* de toda la historia de Jesús antes de la Cruz que se encierra en estas dos solas palabras: *Jesús baja.*

El lado derecho es el *gráfico* de la historia de Jesús después de la Cruz, que se compendia también en estas dos palabras: *Jesús sube.*

El pie de la Cruz es a la vez *término de llegada* de

un viaje de descensiones horrible y dolorosamente humillantes y *punto de partida* de un viaje de ascensiones irresistible y espléndidamente gloriosa.

¡Qué dos puntos de meditación!

Jesús baja

Jesús, antes de llegar a la Cruz, baja.

Jesús, después de llegar a la Cruz y morir en ella, sube.

Sin detenernos a considerar la gran bajada de Jesús del cielo a la tierra y parando mientes tan sólo en su vida pública ¡qué manera tan humillante y desalentadora de bajar!

Pone a favor de su predicación su presencia augusta y hermosa, su mirar penetrante y sereno, su palabra insinuante, veraz y avasalladora, su vida austera e inmaculada, su doctrina santa, sus razonamientos irrebatibles, sus milagros espléndidos, su pasar por todas partes benéfico y misericordioso..... las gentes se convencen, se vienen con El, lo rodean, lo oprimen, lo llaman *Profeta grande, Salvador del mundo*... tratan de proclamarlo *Rey*... Los tres años, sin embargo, de la vida pública no tienen por gráfico la línea ascendente, sino la descendente. ¡Jesús baja!

Se observa en las narraciones evangélicas, en la última parte de la vida de Jesús, una disminución grande de seguidores con respecto a la primera parte de su vida.

¿Por qué?

¡Qué lección tan alentadora y tan profunda para los que tenemos apostolados populares!

Mientras han creido que Jesús era el Mesías profano, en que soñaban los judíos, que iba a dar reinos de tierra y poderíos humanos y dineros y placer, los seguidores suyos se han contado por *legiones*. El Evangelio tiene que llamarlos con el nombre de *turbas, pueblo, muchedumbre copiosa, grande, máxima;* cuando se han ido dando cuenta de lo espiritual y anti-carnal del reino de Jesús, de los premios que ofrece y del alimento que prepara para los vasallos de su reino, el Evangelista San Juan en el mismo capítulo VI de su Evangelio, el más lleno quizás de doctrina, de hechos grandes y de promesas espléndidas, en el mismo capítulo de la multiplicación de los panes y de peces y de la primera promesa de la Eucaristía, tiene que consignar esta tristísima frase: «Desde entonces muchos de sus discípulos dejaron de seguirle; y ya no andaban con El. (S. J. VI-6.)»

Y eran tantos los que lo iban dejando que ya lo vemos en el Huerto y en el Pretorio y en el Calvario, ¡o solo o a lo más, acompañado de su Madre, de un Discípulo y de unas piadosas Marías!

¿Se puede llegar a más fracaso del prestigio y a más dolores del cuerpo y más penas del corazón como en el último año de vida pública, y sobre todo en el llamado *proceso* de la Pasión, y en su remate, la Crucifixión, a que ha llegado Jesús?

¿Verdad que nó?

Jesús sube

¡Pero qué! ¿ha llegado ya a ser el último de los hombres sin apariencia de tal tan siquiera?

¿Ha caído ya el grano de trigo en su surco de tierra y se ha muerto?

Esperad ahora en silencio y con paz...

En el mismo Símbolo en que profesamos que *descendió a los infiernos*, decimos que *resucitó, subió a los cielos, está sentado a la diestra de Dios Padre.....*

¡Cruz desnuda de mi Jesús sepultado! ¡Tú no eres solamente el gráfico, el símbolo de un ocaso, sino además de una aurora!

¡Tú me anuncias las grandes, las incesantes, las irresistibles, las dominadoras ascensiones de mi Jesús en los cielos y en la tierra!

Lo que sube con Jesús

Jesús, a partir del pie de la Cruz, pese a los demonios del infierno y a las envidias de los Fariseos, y a las pusilanimidades de los Pilatos, y a la deslealtad, cobardía y traición de discípulos y amigos de la tierra ¡sube! ¡Jesús ya no cesará de subir en el conocimiento, en el amor, en la imitación, en la reformación, transformación y glorificación de los hombres!

La pedagogía del gráfico

Hermanos de Apostolados grandes o menudos de Jesús, en esas horas, tan frecuentes en todo

apostolado bueno, de desalientos, de persecuciones injustas o merecidas, de pretericiones dolorosas, soledades y abandonos agostadores, ¡qué bien nos viene recordar el *gráfico* del Camino de Jesús y de sus apóstoles!

¡No lo olvidemos!

Aunque hagamos nuestra labor, que es la obra de Dios, lo mejor que podamos y sepamos, y recibamos a las veces, y sobre todo en los comienzos, aplausos y parabienes, no creamos que hemos llegado al triunfo.

Para llegar a él hay que *bajar* primero, *morir* o dejar crucificar y enterrar nuestro amor propio y miras mezquinas, y quizás, quizás hasta nuestra vida terrena; y después ¡sólo después! ¡el triunfo de Jesús, el de nuestra obra y el nuestro también!

¡Hermanos! Que el gráfico de las dos líneas que se juntan al pie de la Cruz como para cambiar humillaciones por exaltaciones, derrotas por triunfos, tinieblas por luz, muerte terrena por vida de cielo, que es el gráfico resúmen de la vida de los grandes Apóstoles, sea el gráfico vuestro, la senda de vuestro Apostolado.....

No desmayad ni temed cuando bajéis por la línea descendente con tal de que esta os lleve a la Cruz!

¡No tened miedo a la muerte de Cruz!

¡Desconfiad de los apostolados de *línea sólo ascendente!*....

¡Ese no es camino de Apostolado de Jesús!

III

EL LEMA DE NUESTROS APOSTOLADOS

¡Todo por, con y para el Corazón de Jesús!

¡Guerra al pesimismo y al laicismo en las obras católicas!

Aunque esa no sea una frase sonora, creo que es clara y precisa.

....

La parte positiva del lema

Acá en los trabajos de la tierra toman estos su clasificación, su intensidad, su eficacia y sus ganancias, de estas tres cosas: la razón, los medios y los fines del trabajo.

A mayor razón, a mayores y más abundantes medios y a más levantados fines en el que trabaja, el trabajo es tanto más noble, más fácil y fecundo.

Apliquemos esto al trabajo por las almas y por el pueblo y concluyamos que aquel trabajará más y con menos riesgo y fatiga y sacará más de su trabajo, que se mueva a trabajar por razón más

recta, que trabaje con los medios más aptos y que persiga el fin más elevado.

¿No es verdad?

Pues aquí de nuestro lema.

¿Por qué

queremos trabajar en favor de las almas y del pueblo?

Porque el Corazón de Jesús lo quiere.

No queremos que sea la compasión meramente natural, ni el miedo al socialismo, ni el gusto de hacer el bien por el bien, ni el afán de señalarnos en el ejército de los luchadores del bien, quienes muevan nuestras manos para trabajar y para escribir sino que nos echamos a la calle y al trabajo, porque el Corazón de Jesús, que está vivo en el Sagrario de nuestra Iglesie y que hemos recibido en Comunión por la mañana, nos ha dicho con voz que no oyen los oídos de la carne pero sí los oídos del alma: *Vé y trabaja*... que mi Corazón quiere hacer por medio de ti un poco de bien a esos necesitados.....



Y gozosos en entrar al servicio de tan buen Amo y honradísimos en ser utilizados por El, nos ponemos a trabajar en el estajo que El nos señala. ¿Conocéis un motivo, una razón que *empujen* a trabajar más que esto?

Y como vamos por El y sabemos lo poco que valemos y sobre todo, lo improporcionados que somos para trabajos de orden sobrenatural, des-

pués de ofrecer la pobre *red* de nuestro ingenio, de nuestras fuerzas, de nuestro entusiasmo, le hemos dicho y le decimos cada día, después de comulgar, al reanudar el trabajo: En tu nombre la echamos, Señor.

Sabemos muy bien que

Sin El

aunque se trabaje toda la noche y todo el día, no se saca nada, y que

Con El

nuestras redes vuelven a nuestra barca siempre llenas y rebosantes.

Y ¿si nuestro trabajo es fecundo y el fruto nos sonríe, y las gentes nos aplauden y los beneficiados por nuestras obras nos agradecen y nuestro trabajo y nuestra persona van a ser rodeados de la aureola de la gloria?

Entonces, con la ocultación de nuestras personas y con la profesión terminante de fe de nuestras obras decimos

Para El todo

Para el Corazón de Jesús que nos mandó trabajar y que nos sostuvo en el trabajo, *toda* la gloria, y *toda* la alabanza, y *todo* el agradecimiento y *todo* el amor.

Para nosotros, mientras más silencio, más contentos y más seguros.

Y ¿si nuestros trabajos no son entendidos, nuestras iniciativas no secundadas, nuestras intenciones falsificadas y nuestro fruto no aparece?

Entonces, cuando suene la hora de lo que llamarán fracaso, entonces la confusión, las burlas que vengan

para nosotros.

Que en recibir eso no hay peligro alguno y sí grandes ventajas para la obra y para el operario...

Esa es la parte positiva de nuestro lema y me parece que es bastante *positiva.*

Por El, con El, y para El queremos trabajar e invitar a los que nos lean u oigan a trabajar.

Ese es el único apostolado parroquial, benéfico, social, individual que queremos.

Guerra al Pesimismo y al Laicismo en las obras católicas

Expuesta la primera parte, que llamé positiva por constituir una rotunda afirmación de querer ir siempre a la acción católica por el Corazón de Jesús, con El y para El, voy a añadir unas palabrillas aclaratorias de la segunda parte, que, aun en la forma negativa que está expuesta, no deja de ser otra afirmación del mismo principio.

«Guerra al Pesimismo y al Laicismo en las obras católicas.»

Guerra

Quizás a más de un pacífico lector acostumbrado al estilo medio en serio y medio en broma de este librillo y de todas mis propagandas, le disuene esa palabra; pero ¡qué se le va a hacer! hay que decir

la palabra guerra y que hacer lo que dice, esto es, guerrear.

No tengan miedo, después de todo, porque no digo guerra a los pesimistas y a los laicos, sino al pesimismo y al laicismo, que acá sabemos, por gracia de Dios, guardar toda clase de respetos, y consideraciones con las personas, así como, sea en broma, sea en serio, no reparamos en disparar bala rasa contra los *muñecos* y *muñecotes* que traen revueltos a no pocas.

Guerra a las polillas de lo bueno

Y no muñecos, ni muñecotes, sino bichos de mala sangre y peor intención, que destrozan cuanto cogen o se ponen a su alcance son los malhadados vicios del pesimismo y del laicismo.

¿Han visto ustedes lo que hace el gusano de la polilla en las sillas en donde se alberga?

Por de fuera parecen muebles acabados de sacar de la tienda; pero ¡ay! del que se siente confiado en ellas, que pondrá en peligro su integridad corporal.

Pues eso mismo y, si cabe más, hacen esos gusanitos de pesimismo y laicismo en las obras católicas en que se meten, pues dejándoles una apariencia quizás deslumbrante, las inutilizan para todo efecto positivamente bueno.

Sin meterme a estudiar en toda su extensión esos dos males, sólo expondré la raiz de su malicia y la razón de su perniciosa influencia.

En qué convienen

Convienen entre sí estos dos males «en quitar a Dios de las obras», aunque por distintos caminos o procedimientos.

El pesimista quita a Dios porque no confía en El, el laicista quita a Dios porque confía en sí mismo.

El uno viene a decir con su conducta: yo no hago eso, yo no trabajo, yo no me meto en esa empresa, porque como todo está tan malo y tan corrompido, sólo un milagro de Dios podría hacerlo; y como Dios no va a hacer milagros a cada momento...

El otro dice: yo sí lo hago, yo me meto porque tengo dinero, talento, suerte, buen ambiente y ¿qué más necesito?

Los dos, cada uno a su manera, ha prescindido de Dios, lo han quitado de sus obras.

El pesimista por miedoso, el laicista por atrevido y presumido.

Y ustedes comprenderán que quitar de una obra a Dios es quitar la vida a la obra.

Y cuenta que no hablo de herejes o cismáticos, ni aun de católicos indiferentes, sino de gente buena, que se interesa por el bien del pueblo y a su manera trabaja o intenta trabajar en su favor.

Hablo del pesimismo y del laicismo de que se dejan contaminar a veces los buenos en sus buenas obras.

Contra eso levanto siempre bandera ¡bandera de sanos y estimulantes optimismos y de cristiano y eficaz sobrenaturalismo!

¿Cómo?

Lo que digo a los pesimistas

Es que llevan razón con lo de que el mundo anda muy mal y que la gente está muy corrompida y que con los malos papeles, los malos espectáculos, las malas modas y con tanta cosa mala como hoy se exhibe y triunfa hasta de la ley, la cuesta arriba de la austera vida cristiana, se hace casi inaccesible.

Conformes con toda conformidad con todas las negras tintas que quieren los pesimistas derramar sobre el cuadro que ofrece el mundo de hoy en sus relaciones con Jesucristo y con las cosas del alma.

¡Ay! ¡ay! ¡Sé yo en punto a tristezas, y a desengaños, y a ingratitudes, y a persecuciones de todas clases y a todas horas, sé yo repito, tantas cosas! ¡podría pintar cuadros con tinta más negra que la china y más amarga que la hiel!

Sí, señores pesimistas, no les regateo negruras ni horrores, antes suscribo todos vuestros quejidos con otro tan hondo y tan prolongado como el del que más se queje.

Pero

En qué no llevan razón

No estoy conforme en que por ese motivo se deban cruzar de brazos los llamados a trabajar contra el mal.

En el orden natural, para todas las enfermedades, por desesperadas que sean, se buscan remedios, y deber de todo buen médico es no cruzarse de brazos ante ningún enfermo por muy seguro que esté de su muerte y por mucha desconfianza que tenga de salvarlo.

Sin meterme ahora en discutir si el mal que padece nuestra sociedad es incurable o no, ni en afirmar que el mal de hoy es o no es mal tan antiguo como el hombre y en dilucidar otras cuestiones, si nó impertinentes, pero que al menos nos llevarían muy lejos, me contento con recordar a los de los brazos cruzados unas cuantas verdades tan ciertas y oportunas, como el Evangelio de donde están tomadas.

Lo que dice el Evangelio

El Evangelio, tan conciso en todo lo que cuenta y enseña, en lo único que está, si puede decirse, prolijo, es en anunciar contradicciones para los seguidores de la Obra del Maestro.

Abrase cualquier página: quizás no se hable en ella de glorias y triunfos, pero seguramente de opresiones, persecuciones, calumnias, odios, prisiones, cruces, ludibrios, bofetadas, salivazos, muertes, ¡vaya si se habla!

Y ¿para quién se anuncian todos esos *regalos?* ¿Para los enemigos de Cristo?

No; sin que a estos les falte el anuncio de la ración que les espera, todas aquellas predicciones de cosas desagradables son para los amigos de Jesús.

Así que por lo pronto no nos han debido coger *desprevenidos* ni *extrañados* los males que ahora lamentamos.

Júntense con todos esos dichos del Evangelio los hechos del Maestro.

¿Nos hemos fijado en la cosecha inmediata de fruto que obtiene Nuestro Señor Jesucristo con su predicación, sus milagros, sus profecías, su vida santa y su sacrificio de cada instante?

Para El ya sabemos lo que por de pronto recoge: unas cuantas calumnias que dan margen a un proceso inicuo, bofetadas, heridas y crucifixión; y para su obra un grupito de mujeres fieles y un sólo hombre...

Señores pesimistas, ¿sabéis de alguno que haya sembrado más y haya recogido menos que nuestro divino Maestro?

Y, sin embargo,

El, que hubiese tenido razón sobradísima para cruzarse de brazos ante aquel, al parecer, colosal fracaso, no sólo no se cruza de brazos, sino que para enseñanza perpetua de sus ministros y satisfacción perenne de su amor, quiere que la muerte le coja con los brazos abiertos, muy abiertos para con ellos así quedarse, como símbolo de la Religión por El fundada.....

¡Ay, amigos de los brazos cruzados! ¿os habéis fijado en vuestro Crucifijo? ¿habéis comparado vuestra actitud con la del Maestro?

Lo que digo a los laicistas

Y debiera con más propiedad decir; a los *Católicos laicos*, o al revés, si place más. Porque yo no hablo aquí de los laicos a secas y por ende de los que lo son en la teoría y en la práctica.

Voy solamente contra los Católicos que se empeñan en hacer *laicamente* obras *católicas*.

Y ¡ojalá no fueran tantos los que en tales empeños andan! ¡Otro gallo les cantara a no pocas obras buenas!

Tantos hay, que forman hasta familias o tribus distintas.

Hay católicos laicos en el *fin* (mucho de cultura, bienestar social, adaptación al medio, elevación de nivel, equilibrio de fuerzas etc., y nada de salvación de almas, disminución de ofensas a Dios, perseverancia y conservación de la inocencia), laicos en el *procedimiento* (chanchullos, componendas, contemporizaciones con los de la pared de enfrente, acepción de personas y hasta adulaciones y poca o ninguna simplicidad cristiana, nada o casi nada de confianza en el auxilio de Dios, ni sombra de la santa libertad apostólica, ni oración, ni Sagrario, etc., etc., y ¡cuántos *etcéteras* más!) laicos en los *motivos* o *móviles* (compasión natural, miedo al enemigo, evasivas de molestias, buen parecer o ser bien visto y nada de gloria de Dios, voluntad del Sagrado Corazón de Jesús, afán de verlo reinar y de extender su reinado, etc.)

Y dentro de cada una de esas familias ¡vaya si hay hijos e hijuelos!

Obras cristianas sin Cristo

Triste cosa es en verdad esa de que se pretendan hacer obras *cristianas sin Cristo;* y de que se malgasten y desperdicien tanto dinero y tantas fuerzas por falta o defecto de orientación cristiana.

Más de una vez he sentido pena, mucha pena ante obras, al parecer brillantes y fecundas de acción católica, porque después de verlo todo y de oir a todos, me he preguntado: pero fuera del nombre o título de esa Obra que es católica, ¿en dónde está *lo católico* de ella?

Y no solamente ante obras, sino ante hombres de acción he sentido esa misma pena; me han expuesto sus entusiasmos o sus decaimientos, sus proyectos o sus fracasos tan *laicamente*, como si no se tuviera en el mundo la menor noticia del Evangelio, del Sagrario y de las promesas de Jesús en uno y en otro.

Soldados con fusiles de caña

Cuando veo esas obras y esos hombres ocupar un sitio en las líneas del ejército católico tratando de luchar, siento pena y miedo y frío, como lo sentiría al ver pelear dos ejércitos, el uno perfectamente pertrechado de todas las armas modernas de guerra y el otro armado con fusiles de caña.

¡Pobres hermanos míos, empeñados en hacer la guerra al mundo, al demonio y a la carne, que en definitiva son siempre los enemigos nuestros, con fusiles de caña!...

IV

UNA DIFICULTAD PARA EL APOSTOLADO

La escasez del dinero y artes para remediarla

Como los ociosos operarios de la parábola evangélica excusaban su ociosidad con la razón de que nadie los conducía o llamaba a trabajar, harto frecuentemente oímos cohonestar muchas ociosidades y no pocos brazos caídos con esta palabra que suele decirse con aire de razón definitiva.

Sin dinero y sin las influencias y auxilios que el dinero da ¿qué vamos a hacer?

Esa es la pregunta que intentaré responder en este capítulo.

La incuestionable escasez de dinero para muchas obras buenas : : : :

Es cierto de toda certeza:

1.° Que hace falta dinero para las obras de que hablamos ¡claro que sí! Un Catecismo y una escuela necesitan dinero; un centro, una biblioteca, un círculo de estudios, una mutualidad, una propaganda cualquiera necesitan casa, luz, muebles, de-

pendientes, libros, materiales, es decir necesitan dinero, y de ordinario, mientras con más dinero cuenten, más bien podrán hacer.

2.° Que el dinero católico escasea, y mucho, en determinados sitios y para determinadas obras.

Dice un amigo que uno de los trabajos a que preferentemente deben dedicarse hoy los cristianos es a *bautizar* un sinnúmero de pesetas que andan por ahí, y aún en cajas de católicos, más *moras* que el mismísimo Sultán de Marruecos.

Sí, ahora que estamos en la época del laicismo, hay que tener en cuenta que la mayor parte del dinero que circula por el mundo es laico.

Sin que podamos decir, porque sería una gran mentira y una gran injusticia, que se han secado los cauces de la generosidad cristiana, bien puede asegurarse que en determinadas circunstancias y para determinadas obras sufren interrupciones o mermas bastante lamentables.

Es un hecho desgraciadamente muy cierto que en no pocas obras católicas se padecen hambre y sed de muchas cosas por falta de dinero.

No todo se hace con dinero

Pero con ser todo eso tan cierto, todavía me atrevo a asegurar que en lo de la dificultad del dinero, hay un poco, mejor digo, hay un mucho del *Bu* con que se amedranta a los niños.

Y si nó vamos a cuentas.

¿Qué es el dinero? Dejándonos de definiciones

que no son del caso, y circunscribiéndonos al aspecto bajo el cual lo consideramos aquí, el dinero no es más que *uno de los elementos* de la acción católica o de la propaganda, y no el principal.

Elementos de esas obras son la gracia de Dios, en primer término, al amor de Dios y del prójimo, la iniciativa propia, la buena voluntad, el talento organizador, el estudio, la constancia, la palabra hablada o escrita, la simpatía, la laboriosidad, etc., todos los cuales pueden en absoluto obtenerse y ejercitarse *sin dinero;* al paso que éste no puede hacer nada sin todos ellos y muy poco faltando alguno solamente.

La obsesión del dinero

Y ocurre este singular fenómeno cuando se trata de fundar o emprender una obra buena.

Se piensa en el local, en el exorno del mismo, en lo que pudiéramos llamar mecanismo exterior de la obra, y no se piensa o se piensa menos en contar con Dios, para cuya gloria debe hacerse aquella obra y con el *hombre* que hay que poner al frente de aquella y en la aptitud de éste o de los que la inician y en los medios más conducentes para que la obra conserve su espíritu y se prevenga contra los peligros de la inconstancia, la moda, la disipación o desnaturalización, hoy tan inminentes.

Es decir, se piensa en lo que cuesta y apenas si preocupan los demás elementos, más o tan influyentes que el dinero.

¿Verdad que en este proceder hay un poco de inconsecuencia?

¿Verdad que sólo por este lado hay ya que quitarle un *poco* al *Bu* de la dificultad del dinero?

Alguien ha llamado la atención de los hombres de la acción católica sobre la enfermedad que con frase feliz ha llamado *mal de piedra*, designando con ese nombre a esa tendencia de hacer consistir la grandeza y virtualidad de nuestras obras en la grandeza de proporciones y coste de las casas para esas obras.

Cuidado que yo no soy partidario de las *obras raquíticas;* creo que con ellas, entre otras cosas, se ofende a Dios, a quien se supone poco generoso para con los que por El trabajan, y se da pobre idea de los sentimientos de fe y de confianza de los que en ellas andan.

Pero creo que es una grandísima torpeza por lo menos, quejarnos a Dios y a los hombres de que no podemos hacer obras buenas, porque no nos dan dinero, teniendo almacenados en nuestra cabeza y en nuestro corazón y en la cabeza y en el corazón de nuestros amigos, elementos mucho más poderosos y eficaces que aquél de cuya ausencia nos lamentamos.

Dos ejemplos

El primero; yo comparo a esos hombres con el espectáculo que presentan los *ricos-pobres*, y no de espíritu. Véis a estos, siempre llorando su mala suerte, sus malos tiempos, sus malas cosechas, sus

malos negocios que les impiden, según ellos, no sólo dar limosnas, sino hasta permitirse lo más necesario para su vida, y por otro lado sabéis que sólo en *cuenta corriente* del Banco tienen miles y miles de pesetas.

Tan falto de lógica es para mí ese proceder de los *ricos-pobres* como el de esos hombres que, inconscientemente sin duda, dedican todas sus preocupaciones al dinero para sus obras buenas, es decir al *cuerpo* y sin apenas parar mientes en el *alma* de las mismas.

El segundo ejemplo

Me digo algunas veces cuando oigo tanta lamentación de *sonido metálico:* pero, Dios mío, los Apóstoles ¿cómo se echaron a conquistar al mundo?

¿Pensando en construir una gran basílica para dar cabida a los cristianos que fueran naciendo? ¿Proyectando grandes palacios para celebrar sus reuniones y sus concilios?

No, no; empezaron por todo lo contrario; como les había encargado el Maestro: *sine virga, sine pera, sine calceamento.*

He ahí todo el *capital de provisiones* de los Apóstoles, unos cuantos *sine*, es decir, unos cuantos ceros y ¡pare V. de contar!

Y ¿creéis que se hubiera salvado el mundo si aquellos hombres se hubieran cruzado de brazos en Jerusalén, diciendo: «Como no tenemos dinero para viajes, ni para iglesias, ni para limosna para la consabida *llave de oro*, con que abrir el corazón

del pueblo, ni para cualquier imprevisto, determinamos quedarnos aquí hasta que logremos formar un *capital* por *acciones* para *empresas apostólicas...?»*

¿Verdad que disgusta ese lenguaje?; y pregunto: ¿por qué nos disgusta en los Apóstoles y no nos disgusta en nosotros que lo repetimos tanto en una forma o en otra?

Dos consecuencias

De lo dicho deduzco: 1.° que hay auxilios para las Obras católicas que *valen más* que el dinero y *no cuestan* dinero y 2.° que cuando se ponen en juego esos elementos, Dios *nunca falta con el dinero* en las Obras que van dirigidas a El.

Yo quiero en este rato de conversación familiar presentaros una lista de

Cosas que no cuestan dinero y valen más que el dinero

Y que precisamente por no fijarnos en ellas y en lo que valen, dejamos de hacer muchas cosas buenas, y no impedimos que se mueran Obras que no debieran morir.

Fijémonos en primer lugar en las Obras ya fundadas y en marcha.

Tienen su casa, su personal, su reglamento, sus entradas o cuotas y todo su mecanismo de Presidente, Tesorero, Secretario, Vocales, etcétera, etcétera.

Pues esa Obra, para conservarse bien y dar abundantes frutos necesita

I El hombre de la Obra

Nunca se insistirá bastante en esta necesidad.

Toda Obra o colectividad necesita *un hombre* que sea ella misma. *Un hombre* que de día y de noche, trabajando, paseando, comiendo, jugando y hasta soñando sea la Obra aquélla y nada más que eso. *Un hombre* que de todo saque motivo o pretexto para beneficiar a su Obra, para introducirla en nuevos sitios, para darle nuevos atractivos, para excusarla en sus defectos, para alabarla en sus beneficios; *un hombre* con tanta fe en su Obra que no sepa lo que es desmayar ni aburrirse y con tanto amor al espíritu de la misma que su sola presencia sea un baluarte inexpugnable en defensa de las buenas tradiciones y en pugna contra las innovaciones peligrosas.

¿Os acordáis del paralítico aquel de la piscina que se lamentaba con el Señor de no *tener hombre?*

Pues como aquél se hubiera quedado paralítico toda su vida, sin la misericordiosa intervención del Corazón de Jesús, del mismo modo nuestras Obras e instituciones se quedarán paralíticas para toda su vida si no *tienen un hombre.*

Y esto, no se compra con dinero.....

II El celo

Otro elemento precioso para una Obra católica.

Y cuenta que no hablo aquí sólo de celo sacerdotal, de ese celo que sueña con salvajes que cate-

quizar, con empresas apostólicas, de renovación del mundo, con martirios sangrientos.....

No, hablo del celo que todo el que ama un bien debe tener por propagarlo y hacerlo amar.

Yo veo al aficionado al toreo, (valga escribir esto en Andalucía) y aquel hombre lo convierte todo en cuernos y capotes y quiebros y volapiés... Si habla, sus comparaciones y metáforas las toma del *arte*, *tal* corría más que un *maleta*, *cuál* se *cuadró*, éste le dió *la puntilla*, ese merece que lo *echen* al *corral*, aquel estuvo *a los quites*, etcétera; cuando anda, sus andares recuerdan el *despejo* de la cuadrilla, cuando viste o peina, su traje o peinado es a lo *Guerrita* o a lo *Bombita* ¡hasta su sangre es torera!.... Es un hombre con *celo taurómacó*.

Veo al artista o al amante del arte, y todo lo convierte en el arte suyo.

Yo tenía un amigo pintor y redactor de un periódico en *una pieza;* y recuerdo que sus cuartillas se distinguían de las demás por los muñecos que las adornaban.

Cuando se atascaba el carro de la inspiración, bosquejaba un muñequillo y ¡tras! el carro volvía a andar, la inspiración volvía.

Veo a todos los aficionados a lo que quiera que sea, y aquellos hombres hablan, obran, piensan y sienten por su afición.

Pues ahora pregunto: ¿por qué no nos ha de pasar eso mismo cuando nos ponemos a querer o a aficionarnos al Corazón de Jesús y a los pobres o a las obras a ellos dirigidas?

Yo diría a aquel socio de las Conferencias, o a aquella señorita Catequista, o a aquel miembro honorable del Consejo de tal o cual Asociación social o benéfica; señores, vamos a cuentas: vosotros por lo visto figuráis en esas obras porque amáis a los pobres ¿verdad? Os dan lástima sus miserias de cuerpo y de alma, sabéis que representan a Nuestro Señor Jesucristo que recibe como hecho a El mismo lo que a aquéllos se hace, ¿verdad también?

Y vamos a ver ¿cuánto tiempo dedicáis a hablar de y con vuestros pobres? ¿media hora a la semana, cuando váis a la Junta o unos minutillos mientras les dáis los bonos o les dáis lección y ésto no todas las semanas, sino cuando *otras atenciones* no os lo impiden? De modo que media horita de cuando en cuando ¿eh?

Y en las otras medias horas y horas enteras de vuestros días y vuestras noches ¿no os volvéis a acordar ya de ellos, a no ser para quejaros de los ingratos que son a vuestros beneficios o lo groseros a vuestras atenciones....?

¿Sí? ¿de verdad?

Pues entonces señores, señoras o señoritas, permitidme que os diga *que no queréis de verdad a los pobres*. ¿Os enteráis? *Eso no es querer.*

Llamadlo como os plazca, pero por Dios, no profanéis esa palabra tan grande aplicándosela a una cosa tan chica.....

Yo no creo que el cariño se mueva como se mueven las manecillas de un reloj, *a hora fija.....*

Yo creo que cuando se quiere de verdad a una persona o a una Obra, se siente necesidad de hablar mucho de ella; diríase que el cariño es como el gas que siempre está esperando un *salidero* para escaparse.

Y ¡claro! si no hay ese celo por aquella Obra a que pertenecemos, demás está esperar esas iniciativas que brotan de él tan espontáneas y tan felices, esos aprovechamientos de fuerzas perdidas, de sobras que nadie quiere, de resortes que no se conocen, esa habilidad para sacar aceite de una alcuza vacía, *ese sexto sentido cristiano* tan propio del celo por el cual se *cae en la cuenta* de todo lo que conviene y se está siempre en punto.....

Sin el celo no hay que esperar nada de eso, sino que la Obra aquella vaya moviéndose perezosa y lánguidamente, como plantas de invernaderos, o como carro que le falta aceite y le sobra peso.

Un reparo

Me diréis que ese celo y en esa forma tan *explosiva* como yo lo presento no es cosa mollar y fácil y que no puede pedirse a todos.

Y yo os responderé que, aunque para salvar o conservar una Obra basta que tenga ésta *un hombre* con ese celo y con las cualidades que ya os he descrito, para tenerla floreciente y pujante, mientras más haya de celo, mejor.

Y también os diría que entre una numerosa y brillante Junta de Señores o Señoras honorables y

conspicuos por su dinero, su talento y su posición social, pero *sin celo*, y otra más reducida y modesta de *medias cucharas*, pero *con celo*, yo me quedaría con mis *cucharitas*, después de haber mandado *a paseo* con todos los respetos debidos a aquellos o a aquellas honorables *figurones* o *figuronas*.

Reír quizás hará a alguno esa salida mía pero ¡ojalá no hiciéramos llorar tantas veces al Angel de la Guarda de nuestras Obras buenas con ese inmoderado afán de *pagarnos* con juntas y compañías de gente *reluciente* y *gorda*, *sólo* porque *pueden dar*, y de no parar mientes en rodearnos de gente quizás no tan *gorda* que *puede* y *quiere trabajar!*...

Un tropiezo frecuente

No pocas veces he sentido pena cuando al preguntar a algún director o fundador de Obras por el estado de las mismas, me ha salido con este *gran dato*, ¡muy bien, sí señor, muy bien! ¡si he logrado *coger* para presidente al Marqués o Diputado tal, o a la Duquesa cual y tengo ya metidos en la Junta a todo lo *principalito!*...

¡Pobrecillos, y se quedan tan satisfechos con aquellas adquisiciones tan valiosas y tan... inútiles!

Porque, hablando en plata, díganme Vdes. lo que de ordinario se saca de esas Juntas de *Notables*.

Que cuando la caja flaquee por la disminución de entradas que el aburrimiento o la falta de espíritu va produciendo en los socios, ellos salvarán la situación con una brillante y aparatosa *Fiesta de*

caridad, kermesse, baile *Garden party*, y demás inventos de la caridad a la moda...

Y aún sin eso, que en un arranque de generosidad restablezcan con sus donativos los desequilibrios de la caja.

Y no esperéis más que eso.

Y temed, en cambio de ese poco de dinero, la debilitación del espíritu de la Obra, la disminución de vuestra libertad de acción, los constantes y angustiosos equilibrios de paciencia y halagos y el peligro grande de que en vez de que la Junta sirva para la Obra, sea la Obra la que sirva para la Junta...

Amigos y hermanos, mucho cuidado con las *oligarquías católicas*.

III La abnegación de sí mismo

Importante y valioso elemento de acción es el interés por la Obra, pero yo no sé si llega en importancia y valor al desinterés de sí mismo, o hablando en lenguaje más cristiano, a la *abnegación*.

Es éste un punto en el que nunca se insistirá bastante y jamás debiera perderse de vista cuando de hacer obras católicas sociales o benéficas se trate.

Los que hayan seguido con paciencia mis pobres escritos en serio o en broma habrán podido ver que este punto del desinterés constituye una de mis *machaconerías* de la que hablo siempre que puedo *opportune et importune*.

Yo aseguro, y al que dude lo remito a la experiencia de muchos desastres, que una obra católica,

piadosa social, benéfica, educativa, como quiera que sea, será tanto más próspera y fecunda cuanto más abnegación haya en los que la dirijan o informen.

La curva de su prosperidad va siempre paralela a la de la abnegación de sus Jefes y Directores.

Dos razones

se me ocurren entre muchas.

Una, que pudiéramos llamar *sobrenatural* y otra *natural*.

Razón sobrenatural: la expresa gráficamente el Evangelio con estas dos palabras: *Date et dabitur vobis*.

Date: esa es la palabra de la abnegación, *dar* su dinero, *dar* su trabajo, *dar* su ingenio, *dar* su nombre, *dar* su cariño, *darse* todo, lo que se tiene y lo que se es.

Ese es el único verbo que sabe conjugar la abnegación; los que la poseen, ni saben, ni quieren conjugar otro.

Por eso con ellos y con lo que a ellos pertenece, *siempre se cuenta...*

Et dabitur vobis: Y tiene que ser así. Al que se desnuda de todo lo suyo por amor de Dios, ¿puede creerse que El le dejará pasar frío?

Permitidme un ejemplo.

Viajáis por tierras desiertas y os encontráis con un niño a punto de morir de hambre y de abandono por haber perdido el camino, movidos a compasión, os detenéis ante él, le animáis, le dáis de comer y

de deber y lo cubrís con vuestra capa, lo montáis sobre vuestra cabalgadura, sin reparar que el camino que os queda todavía que andar es largo y desierto, y que aquel poco de comida y de agua que habéis dado al niño hambriento era lo único que os quedaba para terminar vuestro viaje.

Decidme, si ese niño tuviera padre y éste fuera rico y se enterara de lo que acabáis de hacer por su hijo ¿no creéis que ese padre volaría a vuestro lado a recompensaros vuestra abnegación con su dinero, con sus servicios, con su gratitud, con el mismo bocado de su boca y con su misma sangre, si fuera preciso?

Pues haceos cuenta de que ese niño perdido, abandonado y enfermo de hambre son los pobres, los desgraciados, los hambrientos de Dios y de la felicidad, todos los que sufren hambres, abandonos, necesidades de todas clases... y el padre de esos hijos pobres es Jesucristo que *sabe* lo que sufren éstos, que se *entera* de lo que en favor de ellos se hace y hasta se piensa, que *ha prometido* recibir por hecho a El lo que por aquéllos se haga, que *posee* tesoros inexhaustos de bienes del cielo y de la tierra y que sobre todo *tiene* un Corazón infinitamente agradecido...

Decidme: si vosotros cumplís con generosidad el *date*, ¿va a quedarse El corto en el *dabitur vobis*? ¿Es eso creíble? ¿Puede eso no más que sospecharse sin ofensa gravísima a su Corazón y hasta a su formalidad?

Sí, hermanos. Sí y mil veces sí, *dabitur*, se darán por El, y con una medida infinitamente mayor que la de vuestra generosidad, bienes del cielo y de la tierra, gracias y dones sobrenaturales, atractivo, ingenio, dinero, fuerzas, iniciativas, auxilios y triunfos inesperados, *vobis*, a vosotros los que sin mezquindades y miras terrenas *dáis* todo lo vuestro, a vosotros los hombres de la abnegación y del desinterés.

En estos, en estos se ve constantemente cumplida aquella frase feliz de San Pablo, *tamquam nihil habentes et omnia possidentes*, no teniendo nunca una peseta propia y disponiendo de más millones que el *Banco inglés*.

Dios mío, Dios mío, si los que trabajamos en tus obras tuviéramos un poquito de más fe o fe más viva ¡qué ricos seríamos en nuestra pobreza!

Otra razón

La que llamábamos *natural*.

Me la ha enseñado la experiencia de hombres y de obras.

Yo estoy convencido de que el mejor *imán* para atraer el dinero de los demás a la caja de cualquier obra católica es el *desinterés* del que o de los que están al frente de ella.

He observado que sólo cuando se convencen los demás de que el que está al frente de esa obra ha gastado el *último céntimo suyo* es cuando se deciden a dar con *gusto* y *espontáneamente* su dinero.

Como también digo que buen calvario le espera

al que se empeña en fundar o sostener obras solo con los recursos de la caridad ajena, guardando él los propios en el Banco o en fincas o de cualquier otro modo.

No niego que llegará a reunir limosnas y auxilios, si la obra es buena y útil y está administrada con honradez, pero que se prepare a oir *indirectas* y *directas* a veces hasta insidiosas sobre su caudal, que a fuerza de sonar tanto llega a las proporciones de *fabuloso*, y que cuente siempre que su fama de hombre que *guarda* será siempre un *tapón* que detenga la corriente de la caridad hacia su obra.

Yo no me pondré ahora a enjuiciar ese proceder o instinto de la caridad o de los hombres caritativos, sólo quiero hacer constar el hecho siempre observado de que el dinero de la caridad *corre caudaloso* hacia el bolsillo *vacío* del hombre abnegado de quien se sabe que lo *da todo* y anda muy escaso o intermitente hacia el bolsillo *lleno* del hombre bueno, honrado, activo y todo lo que queráis, pero que se sabe que *ahorra*.

Ese es el hecho y esa es a mi juicio una buena razón que demuestra que el *desinterés de sí mismo* es un elemento de acción que *no cuesta* dinero, *vale más* que el dinero y *atrae* el dinero.

Las tres abnegaciones

Quiero remachar bien esa afirmación especificando el alcance de ese elemento, o más claro: ¿qué obliga a dar la abnegación para que produzca esos

frutos tan deseables en las obras de acción católica a que se aplique?

¿Qué tiene uno que dar de lo suyo para que los demás cooperen con generosidad a nuestras obras?

Tres clases de abnegación, o mejor, tres objetos de abnegación me atrevo a proponer.

1.° La abnegación del dinero propio.

2.° La abnegación del trabajo propio.

y 3.° La abnegación del nombre propio.

Y vamos por partes.

IV La abnegación del dinero propio

Cuando yo veo el uso que se hace por mucha gente buena del dinero, y la idea que sobre él se tiene, y los lamentables resultados que de esas ideas y usos salen, me dan unas ganas atroces de escribir un librito, dedicado a los cristianos que *guardan*, con muy pocas páginas, para que nadie se cansara al leerlo y con letras muy gordas, para que todos lo leyeran, y con letras más gordas todavía con este título **¿PARA QUÉ OS SIRVE EL DINERO?**

Y se me ocurren unas respuestas tan destempladas y unas salidas tan sin tono, que ¡vamos! me cuesta mucho trabajo colocarme en el ambiente sereno y reflexivo en que debe estar el escritor católico.

Así, que dejando para mejor ocasión el librillo de marras, me contento por ahora con hacer unas preguntillas dejando al buen criterio del lector su respuesta.

Advierto ante todo que yo no condeno el ahorro moderado para prevenir futuras contingencias de sí mismo, de los hijos o de aquellos con quienes tenemos obligaciones.

Eso bien está, con tal de que no se pierda de vista que las *buenas Obras*, para sí mismo y la *buena educación*, para los hijos, es el *mejor tesoro* que se puede *ahorrar* para el mañana de uno y de ellos.

Vamos a las preguntas.

¿Es cierto que se puede dar gloria a Dios con el dinero?

¿Es cierto que se puede hacer mucho bien al prójimo en su alma y en su cuerpo con el dinero?

¿Es cierto que se deja de dar mucha gloria a Dios por falta de dinero?

¿Es cierto que hay muchas y muy urgentes necesidades de los prójimos, por socorrer, por falta de dinero?

¿Es cierto que se dejan de hacer muchas obras buenas y se hacen muchas malas por falta de dinero para fomentar las unas y contrarrestar las otras?

¿Es cierto que evitar un pecado mortal y fomentar un acto de virtud vale más que todo el dinero del mundo?

¿No es verdad que se cometen muchos pecados mortales y se dejan de fomentar muchos actos de virtud y se frustran muchas almas, que iban para santas, por falta de dinero para la propaganda y el estímulo del bien y para la coacción del mal?

¿No es verdad también que amar a Dios *sobre todas las cosas* es darle gloria con todas las cosas que son o dependen de uno, y amar al prójimo como a sí mismo es hacerle todo el bien que uno para sí quisiera?

El ahorro anticristiano

¿No es verdad y cierto, y muy cierto, todo eso?

Pues bueno, yo quisiera saber cómo se relacionan esos *dichos* cristianos con estos *hechos de algunos cristianos*.

Yo, señora piadosa, viuda o soltera, sin atenciones urgentes, con comunión diaria y unos milloncitos de capital; yo, señor respetable, de buena paga y renta, con hijos ya bien colocados, y *cobijados*, socio protector y hasta fundador de Asociaciones y Cofradías, y yo, clérigo o seglar de cualquier cargo y estado, que tengo para vivir hoy, mañana y pasado también, sabemos que el periódico católico de la región se viene abajo por falta de dinero, o que las escuelas laicas prosperan porque no hay dinero para levantar y sostener escuelas católicas, que los Seminarios se quedan vacíos por falta de auxilios a los Seminaristas pobres o que los enfermos pobres se mueren sin sacramentos porque no hay quien los prepare con una limosna o que hay una familia arruinada en nuestra misma calle que está pasando horribles hambres, o que el pobre cura de la Parroquia no puede extender más su esfera de acción entre los pobres y los niños y los obreros y los hambrientos y los desgraciados, por-

que su escasa asignación no da ya para más, o..... ¡pudiera poner tantas o y tan tristes!...

Sabemos que ocurre todo eso y *en su vista* hemos decidido ¡están tan malos los tiempos! reunir todo el dinero *que nos sobre*, para ponerlo en papel del Estado o en una rentita segura, *sin perjuicio* desde luego, de quejarnos mucho de la maldad y penuria de los tiempos y hasta de *abrir una suscripción* en favor de esas pobres víctimas y encabezarla con *alguna cosita*.....

Y digo yo ¿se atreverán esos respetables señores y señoras a decir de verdad y sin que se les líe la lengua y se les enrojezca la cara delante de Dios: Yo te amo, Señor, *con todo mi corazón* y sobre todas las cosas... Yo, amo, Señor, a mi prójimo *como a mí mismo...?*

Repito: ¿se atreverán a decir eso?

Y, si se atreven ¿no es verdad que hay no poco de crueldad en el hecho y de mentira y burla sacrílega en el atrevimiento de decirlo?

Yo no hago más que preguntar; que cada cual responda. Y cuenta que nada digo del *lujo pagano* de no pocos.

Lo único que digo por mi cuenta es que si una madre pasa apuros y hasta recibe agravios del casero y de los acreedores por falta de dinero y el hijo rico sólo la socorre de cuando en cuando y con *alguna cosita* de lo que a él le sobre, esa madre tiene perfectísimo derecho a rechazar el beso de ese hijo por mal hijo y por embustero.....

Luego, quizás me arguya alguno, ¿no se puede guardar nada? ¿hay que darlo todo? Si señor, se puede guardar algo y no siempre hay que darlo todo.

Pero mientras menos se guarde y más se dé, hay más razón y más delicadeza en decir: Yo te amo Señor, *con todo* mi corazón y *sobre todas* las cosas..... Yo amo, Señor, a mi prójimo como a *mí mismo*.....

Y que sólo del que dé para gloria de Dios y bien del prójimo el último céntimo propio, puede decirse que empieza a ser perfecto amador de Dios, y del prójimo.

Y ese es todo un hombre de obras.

V La abnegación del trabajo propio

Mucho es y vale desprenderse del dinero propio en beneficio de la obra o institución buena que uno dirige o a que pertenece; pero creo que vale un poquito y un pocazo más darle nuestro trabajo en la forma que voy a exponer.

No se olvide que yo hablo con cristianos convencidos de que hay que trabajar por la causa de la Religión y del pueblo, y que parto de ese supuesto.

Parto también del supuesto de que esos hombres o mujeres con quienes ahora hablo están metidos en alguna obra o institución que persigue aquellos fines, o, si no están metidos, andan en deseos de meterse en ella o encontrarla como la desean.

Pues bien, a cada uno de estos en tales condiciones yo le propongo la siguiente pregunta:

¿Quiere V. hacer mucho por su obra sin desembolsar un céntimo? ¿Sí?

El trabajo de las manos

Pues verá: Vd. tiene manos ¿es verdad? Y fuera de un ratillo que se las ocupan la cuchara y el tenedor para comer, o la pluma para escribir alguna carta y el bastón para dar un paseito ¿verdad que se les pasa mucho rato a sus manos sin ocuparse en nada?

Pues mire Vd. en aquel centro u obra a que usted pertenece hacen falta manos que escriban libros de cuentas, o cartas de propaganda o recomendación, que estrechen manos callosas de obreros o de gente a quien nadie les da la mano... sí señor; allí *hace falta manos.*

El trabajo de la cabeza

Vd. tiene cabeza ¿verdad? y por consiguiente, un poquito de ingenio, de imaginación, de *sexto sentido* y algo de todas esas cosas que los psicólogos ponen en la cabeza humana.

Y ¿por qué no se decide Vd. a gastarse todos los días un poquito de *sustancia gris* en favor de la obra de sus aficiones?

Ese gasto de sustancia gris podría convertirse en invención de atractivos y estímulos para su obra, en perfeccionamiento de medios, en ampliación de horizontes, en vencimiento y desaparición de obstáculos y en qué se yo cuántas cosas buenas más.

El trabajo de las horas libres

Vd. tiene horas libres pocas o muchas ¿verdad? y hasta horas aburridas; pero ¿Vd. se ha fijado en todo lo que se puede hacer en una hora?

¿Le gustan las Obras de Misericordia? Es una lista de obras buenas que subyugan a las almas generosas, ¿no es esto?

Pues hágase Vd. cuenta de que en una hora bien empleada se pueden practicar todas esas catorce Obras.

Y no digo nada si en vez de una se disponen de muchas horas todos los días.



Sume

ahora a esa lista de medios con que se puede trabajar, la influencia social, la simpatía personal, la facilidad de palabra, el buen trato, las pequeñas atenciones y demás prendas con que Dios suele adornar a sus hijos y explote todo eso en favor de la obra querida y dígame Vd. si allí hará falta gastarse el dinero en el albañil de los ligeros reparos, en el carpintero de los cuatro chapuces, en el tenedor de libros, en el maestro para la escuela nocturna, etc. etc.

Y ¡claro! todo lo que sea ahorrar dinero ¿no es ganar dinero?

El secreto de muchos adelantos

¡Si se convencieran muchos de esos declamadores de la dificultad del dinero de la gran ganancia del mismo que en favor de sus obras podrían obtener, sólo con que metieran en ellas un poquito más el hombro! y quien dice el hombro, dice la mano, la cabeza y todo lo que pueda producir trabajo.

¡Ahí es nada lo que vale ese trabajo de todos los días y de muchas horas al día, de todo el cuerpo con sus miembros y sentidos y de toda el alma con todas sus potencias, de buena memoria, buen entendimiento y buena voluntad, que no mira ni la molestia que produce ni el jornal que espera!

¿No os habéis admirado y hasta asustado muchas veces ante la vitalidad y multiplicidad de efectos de algunas obras o instituciones?

Allí hay un hombre que trabaja de verdad y con constancia, ahí está el secreto.

La fecundidad de las habilidades y aptitudes propias aprovechadas

Se me ocurre preguntar algunas veces que oigo quejarse a algún conspicuo o conspicua de lo poco que adelantan sus obras o de lo mucho que decaen, y después de oirles decir que se han gastado el oro y el moro en atraer a unos y en convencer a otros, quisiera preguntarles: pero Vd. además de dar su

dinero ¿no ha llegado a dar su trabajo personal? ¿no ha sudado en esa obra? ¿no? pues no se extrañe Vd. de que aquello no haya cuajado.

Conozco en cambio casos de fecundidad y prosperidad admirables debidos a ese desinterés del trabajo propio, y por no ser prolijo, callo.

VI La abnegación del nombre propio

Tengo para mí que más dinero y más vida se dan a una obra católica, social o benéfica, ocultando su propio nombre el hombre o los hombres que están al frente de ella, para que *solo brille y suene* el nombre de Dios y de la obra, que poniendo esos mismos en ella todo su trabajo y todo su dinero.

Un caso

para explicar bien mi pensamiento.

Don Fulano funda una escuela, un centro, un asilo, una obra católica cualquiera; pone a servicio de ella toda su actividad, su ingenio, su dinero y su cariño; es realmente *el hombre de* aquella obra; y manda que *su retrato* figure en la sala de recibir o en lugar principal o visible, que *su nombre* se invoque para nombrar la obra, o para adquirir favor de ella, que sin *su consejo o gusto* no se mueva mano ni pie, en una palabra, que la obra aquella más que de San José, o San Juan, o quien sea el Patrono, es la obra de *Don Fulano*.



Este es el caso, y ante él digo que ese sacar a relucir y ese refregar tanto el nombre propio es condenar la obra, puesta a la sombra de ese nombre, a una vida penosa, estéril y fugaz.

Y que, por lo contrario, sacrificar a beneficio de una obra o de una idea el nombre propio, no permitiendo que suene más que lo extrictamente necesario, y trabajando constante y delicadamente por confundirse en un modesto anónimo y *colgar* a la obra todas las iniciativas y todos los buenos frutos del *hombre* de la misma, hacer eso, repito, es asentar la obra sobre base sólida y duradera y prepararle una vida lozana y fructífera.

¿Pruebas?

Allá van.

Una obra católica será tanto mejor obra y tanto más católica cuanto más tenga de Dios; es así que las obras de los *Don Fulanos* tienen poco o nada de Dios: luego las obras *Donfulanistas* son *poca obra* y *poco* católicas.

La *mayor* de este silogismo creo que no necesita demostración; la *menor* se demuestra muy fácilmente con otro silogismillo.

Las obras *Donfulanistas* son obras del *Yo*, es así que las obras del *Yo* tienen poco o nada de Dios, luego.....

Sí, señores, en las obras buenas, lo he dicho mil veces, mientras más *Yo* menos Dios.

Dios es muy celoso de su gloria y en ella no

admite partido con nadie; y ¿no creen Vds. que ese decir *Yo soy* el padre, el jefe, el fundador, el que he hecho, el que he traído, el que he arreglado, el que he vencido, etc., etc., y decirlo a toda hora y en toda ocasión y en todos los tonos y con todos los disimulos imaginables, y ese no tolerar ni sombra de poder ajeno que amengüe o discuta aquella paternidad, y ese alabar su obra a costa de ofender a la que se cree que está enfrente o encima de ella, y ese mirar por lo propio fastidiando y hasta perjudicando al vecino, no creen Vds., digo, que eso es, ni más ni menos, que una suplantación indigna o un despojo hipócrita de la gloria de Dios perpetrado por el *Yo?*

¡Cuántas veces, al visitar ciertas obras, he sentido no sé si pena o risa o las dos cosas juntas, al ver a hombres buenos, por otros conceptos, desbaratarse por demostrar, claro que con arte y habilidad, en los que el egoísmo es maestro consumado, que ellos y no don Fulano ni don Perengano, ellos, ellos solitos con toda su *gran* paciencia y su *gran* caridad y su *gran* constancia y su *gran* talento (repito que todo eso se dice con gran habilidad) son los que *han hecho aquéllo*, y los que allí *cortan el bacalao*.

Y no crean Vdes., a veces hasta invocan a Dios y a la Santísima Virgen y a los Santos Patronos, pero se dice todo de un modo que venga uno a comprender que el señor o el padre aquél es *también* hombre de *gran* influencia por allá...

Fin de cuentas

Con tanto meter al *Yo* en todas partes y en todos los rincones y con tanto *saturar* la obra de *Yo* ¿me quieren Vds. decir qué hueco le queda a Dios allí? Y no cabiendo El, ¿cabrán sus bendiciones, sus auxilios, sus luces, sus fuerzas, sus frutos?

No, no, ¿qué van a caber?

Allí cabrán, no más, el criterio estrecho y ruin, la infecundidad, la antipatía, los celos y las envidias del egoísmo.

Y estos elementos, tarde o temprano, darán al traste con la obra en cuestión.

Y se preguntará después: ¿por qué murió? y quizás se responda: porque faltó el dinero.

No señor, respondería yo, aquello murió no por falta de dinero, sino por falta de Dios y sobra de *Yo*.....

El valor del anónimo

En cambio cuando la obra es anónima y no sirve para encubrir robos de gloria de Dios ¡qué bien vive!

El Señor la bendice con efusión porque puede decir complacido: es *mi obra:* los beneficiados por ella la miran con confiado cariño, porque los beneficios que de ella reciben no les impone la *esclavitud* y la *adoración* del amo; los amigos y bienhechores, por lo mismo que no aparece ser de ningún

particular, la miran y quieren como cosa propia; y la obra crece, se desarrolla y vive en un ambiente de benevolencia, prosperidad y cariño que la hace amada de Dios y de los hombres.

Y cuidado que yo no pretendo negar a cada uno lo suyo, y, por consiguiente, yo no relevo a los beneficiados por una obra de éstas de la obligación de gratitud, respeto y cariñosa docilidad para con el hombre que tanto se sacrifica por ellos.

Negar esa obligación sería una injusticia y una crueldad.

Pero eso es una cosa y otra es convertir la obra en *incensario* que perpetuamente esté echando humo al hombre aquel, o en *jardín* de sonrisas, halagos, indignas sumisiones y hasta adoraciones en donde nuestro hombre se recree, o en *plataforma* para desde allí predicar a los cuatro vientos sus virtudes y magnanimidades...

Esto también es injusto porque es hacer del fin medio, es hacer servir la obra al hombre y no el hombre a la obra, como exigen el orden y la rectitud.

Conque señores *Don Fulanos*, Amos y Padres de obras católicas, ¿queréis que vivan y prosperen éstas? empezad por encoger la *cresta* de vuestros nombres y apellidos y de vuestros respetables *Yo* y proclamad de día y de noche, y en todos los tonos, y de todas las maneras, que el *Amo* y *Padre* de todo aquello es el Corazón de Jesús.



¡El desinterés del nombre propio! ¡Cuánto vale!

VII El gran Tesoro

Paréceme que podría decirme cualquiera, que haya tenido paciencia de leer la resolución del que se ha dado en llamar magno problema de la dificultad del dinero para las obras buenas, que según esta doctrina, eso de encontrar dinero para estas obras debe ser cosa tan fácil como beberse un vaso de agua.

Y yo le respondería que así es; *siempre* que se guarden los requisitos que yo he venido enumerando para resolver esa dificultad; de modo que el *trabajo para buscar dinero no está precisamente en buscarlo, sino en prepararse para buscarlo, o mejor dicho, en prepararse para dejarlo venir.*

Porque ocurre eso; que, puestas las condiciones dichas, no hay ni que buscar el dinero, él solo, o más propiamente, Dios Nuestro Señor, se encarga de ponerlo en nuestras mismas manos y en nuestros mismos bolsillos.

Sobre todo si a las condiciones indicadas acompaña, impregna y vivifica el último ingrediente que me queda que explicar y que, por ser el más importante y eficaz, he dejado para remate de éste pobre estudio.

La confianza en el Corazón de Jesús

No vacilo en llamarle el *gran tesoro.*

Obra buena emprendida con esa confianza, yo lo

aseguro y lo pruebo, es obra terminada y de vida perdurable.

¿Qué es?

Y como me interesa que esta idea *entre* bien en la cabeza y en el corazón y en la vida de los hombres de acción católica, quiero fijar con precisión los términos para que mi aseveración no se achaque ni a piadosas exageraciones, ni a entusiasmos más bonitos que reales.

¿En qué consiste esa *confianza* en el Sagrado Corazón tan eficaz para traer dinero?

No es un *quietismo* piadoso que nos exima del trabajo y de la iniciativa propios, y que, cruzándose de brazos lo espere todo del auxilio de lo alto; no es *arremeter* a toda obra que se presente, conveniente o inconveniente, oportuna o inoportuna, adecuada o inadecuada a las circunstancias de tiempo, de personas y de medios, contando con que desde arriba ya lo arreglarán todo; no es *sólo la fe especulativa,* si vale decirlo así, que cree que Dios tiene providencia y que Dios ayuda a los hombres que confían en El; no es tampoco el pelearse con las matemáticas, y con el cálculo prudente y con el sentido común.....

Nada de eso es esta confianza de que hablo.

Esta confianza tiene tres aspectos, uno mira al Corazón de Jesús, otro a la obra y otro a nosotros.

Con respecto a El

confiar es *creer* firmemente que Jesucristo, Dios y

Hombre verdadero, con el mismo poder con que está en el cielo y con el mismo Corazón con que consoló y remedió tantas penas y miserias en su vida mortal, está en el Sagrario de nuestra iglesia; *contar* con que en ese Sagrario ni su poder ni su Corazón están ociosos; *tener en cuenta* que por mucho interés y mucho afán que tenga uno por el feliz éxito de una obra buena, muchísimo más tiene ese Corazón vivo, real y poderoso que está en el Sagrario, porque El ama su gloria y nuestra salvación infinitamente más que nosotros podemos amarlas; y qué, por consiguiente, por cada buen deseo nuestro en favor de aquella obra, El tiene un millón y por cada esfuerzo nuestro, a veces infructuoso o ineficaz, porque valemos poco, El dará una bendición que valga por un millón de esfuerzos nuestros; *contar* con que ese Corazón tiene *amor* y *bien* para todos y cada uno de los hombres, y de tal modo para cada uno como si no tuviera que dar amor más que a ése sólo; *tener presente* que una obra católica *en tanto* es buena *en cuanto* sirve para llevar a cada hombre esa *ración* de *amor* y *de bien* que el Corazón de Jesús tiene *empeño decidido* en dar, y tanto más buena y más querida de El será, cuanto *mayor ración* dé; *convencerse* de que a pesar de todos sus anonadamientos eucarísticos y su vida de perpetuo perseguido, y de incansable paciente, no *permitirá jamás* que falten en absoluto los medios para hacer llegar su amor a los hombres y para que los hombres se lleguen a su amor...

confiar es tener cuidado de que la *obra responda bien a esa necesidad* del Corazón de Jesús.

Si este tiene necesidad de comunicarse con los hombres, y no quiere comunicarse directamente, sino por medio de otros hombres, la obra que sirva para esa comunicación tiene una *gran razón de ser y de vivir*, y vivirá.

¿Hay un pueblo sin templo en que congregarse, sin púlpito desde donde se predique, sin copón en donde guardar el Sacramento de la Vida...? ¿hay niños sin padres que le den pan y cariño, sin maestros que le enseñen a Cristo...? ¿hay obreros sin trabajo, humildes explotados sin defensa, jóvenes sin protección ni guía...? ¿hay doncellas en peligro, viudas en abandono, ancianos sin abrigo, desamparados sin horizontes, afligidos sin consuelo, pecadores con remordimientos, sin alivio...? Pues bien, el Corazón de Jesús *quiere* y *necesita*, supuesto su amoroso designio de salvar a unos por medio de otros, una obra, una institución por medio de la cual su *amor y su bien* lleguen a esas pobres almas.

Y ¿sabéis lo que esto significa? Que podrán esas almas aprovecharse o no de ese amor y de ese bien, según quieran, porque son libres, pero lo que *no podrá ocurrir* es que falte dinero, ni recurso alguno para que viva la obra vehículo del Corazón de Jesús.

En el *presupuesto* del Banco de la Divina Provi-

dencia hay seguramente *consignada* una partida para esa obra.

Toda la dificultad está en la elección de la obra, que sea una obra que *sirva* al Corazón de Jesús, que, si *sirve*, no hay que preocuparse más que de *gastar la consignación de los presupuestos divinos*.

Y eso es confiar en el Corazón de Jesús o sostener una obra contando *sólo* con esa *consignación*, una vez que se esté convencido de que la obra *sirve*.

Con respecto a nosotros

esta confianza pide de parte del hombre, autor y sustentador de la obra, lo que hacía falta a San Pedro para andar por encima de las aguas: *dejarse ir*.

Convencido de que el Corazón de Jesús es el Corazón de Jesús y de que la obra es más de El que de uno, no hay que hacer más que eso: dejarse ir.

Es decir: procurar que la obra siga siendo lo que el Corazón de Jesús quiere que sea, y esperar que no faltará nada.

¿Que llega el sábado o el fin de mes y hay que tener reunidas, mil, dos mil pesetas? *déjese Vd. ir*, que ya vendrán.

¿Que hace falta un tabique allí, una reparación aquí, papel para ésto o material para aquéllo, y no hay *de qué?*

Cómprelo Vd. y *déjese ir*.

¿Que se han borrado tantos socios y se han dado de baja tantos bienhechores, y se ha perdido tal limosna y se ha disminuido cual entrada y no se sabe por dónde va a venir el mes próximo el dinero? Siga Vd., que el dinero de esa obra sabe muy bien su camino, y *déjese ir*.

—Pero—quizás me objete alguno—para *dejarse ir*, como Vd. dice, hace falta tener la sangre muerta o más paciencia que Job o más fe que Abraham, o no dormir ni comer de las continuas desazones y eso...

No, para *dejarse ir* de ese modo no hace falta más que tener *confianza* en el Corazón de Jesús, cosa la más cómoda y fácil y al alcance de todas las fortunas espirituales.....

RESPUESTA FINAL

Sin dinero ¿qué vamos a hacer?

Ahora y con estas consideraciones a la vista ya puedo responder a los que hacían las preguntas del principio.

¿Va Vd. a fundar un catecismo, una escuela, un centro, una Juventud, una obra cualquiera?

Primero preocúpese de solear, alumbrar y vivificar su proyecto ante el Sagrario; después que haya llevado esa misma idea unas cuantas veces ante el Corazón de Jesús, empezará a *ver* y a *sentir*; a *ver* si debe y lo qué, cómo, cuando y con quién debe

empezar a trabajar; y a *sentir* en su alma una especie de cosquilleo inquietante primero, una decisión entusiasta más tarde y, por último, algo así como un *empujón* que equivale a un *¡anda ya!* que lo pone a uno en una actividad asombrosa; para prevenir desorientaciones y no malograr esfuerzos busque el consejo y la dirección del encargado por Dios de aquella clase de obras o necesidades y entonces, si trata por ejemplo de fundar un Catecismo, sale Vd. a la calle y con la palabra, con la mano, con la campanilla o con lo que Vd. quiera, empieza Vd. a llamar a todos los chiquillos *catequizables*.

Que no tiene dinero y ¿qué les va a dar para atraerlos? Lo que tenga a su disposición.

Aparte de lo que, sin que Vd. se dé cuenta, está haciendo el Corazón de Jesús desde el Sagrario, Vd. va a dar a esos niños por lo pronto una buena cara, un buen trato, una caricia, un cuentecillo, un rato de juego, una coplilla, y junto con todo esto y sirviéndole de condimento, mucho, mucho cariño (los niños huelen *eso* al punto), y yo le aseguro que por lo menos su Catecismo queda fundado aquel día y con *cuerda* para muchos días más.

Y ya ve Vd.: hasta ahora no ha sido menester gastar ni un céntimo.

¿Que para más adelante, para conservar la asistencia, harán falta algunas pesetillas para libros, material pedagógico, etc. etc.?

Sí, señor, que harán falta.

Como también las necesitará el fundador o sostenedor de una Escuela para pagar maestros y papel; y el de un Centro, el de un periódico o un Patronato para los mil gastos que ocurran.

Pero también le anuncio para su satisfacción que, mientras la Obra tenga *su hombre*, la aliente el *celo* incansable e ingenioso de un *grupito* por reducido que sea, la preserve e inmunice *contra todo microbio* la *abnegación* del dinero, del trabajo y del nombre propios y se apoye, como en su más sólido fundamento, en la *confianza* sin límite ni recelo en el Corazón de Jesús, la Obra vivirá, crecerá y se multiplicará por los siglos de los siglos con dinero y auxilios abundantes y hasta de sobra.

¡Matemáticamente cierto!

El último reparo

¿Que todo eso que yo propongo para buscar, encontrar y substituir el dinero para la Acción católica es difícil, muy difícil, casi, casi imposible?

La última respuesta

Respondo con una sencilla distinción: si a la Acción Católica, si al Apostolado se va con miras terrenas y con espíritu mundano y naturalista, ciertamente todo eso que yo he dicho de celo, abnegación y confianza, es más que difícil, imposible. Pero si al Apostolado se va partiendo de la

Comunión bien *digerida* y *asimilada* de la Hostia del Sacrificio de la Misa (no solo centro del Simbolo católico sino principio vital de toda actividad católica) y en el ejercicio del Apostolado se procura recordar constantemente que está uno enviado por el Cordero de su Comunión de la mañana para ser también *cordero entre muchos lobos*, o más breve: si a la Acción católica se va como *católico, con fines y medios católicos*, entonces las dificultades se truecan en facilidades y lo irrealizable en bellas y espléndidas realidades y se repite el milagro mil veces obrado por el Apostolado auténtico de la victoria del cordero sobre los lobos y de la conversión de los lobos en corderos.

V

EJEMPLOS DE APOSTOLADOS MENUDOS

I El apostolado del número Uno

Cuando fueres invitado a unas bodas no te sientes en primer lugar.....

(S. Luc. XIV, 8.)

Raro el nombre, ¿verdad? ¿Algo norteamericano? Es, sin embargo, un apostolado tan católico como útil para los que lo reciben y difícil para los que lo practican.

Y allá va la solución de eso que más que otra cosa parece una charada.

El número Uno, que es el más chico de todos los números, tiene la ventaja de ser el más deseado de todos ellos.

¿Qué desea, sinó, el estudiante en su clase, el obrero en su taller, el amigo entre los suyos, el elegante entre los que aspiran a serlo, la vestida a la moda y pretendiente a llamar la atención y todos los hombres y todas las mujeres con sus dineros, ciencias, habilidades, posiciones, distinciones y prendas naturales y adquiridas?

¡Ser el número uno!

¿Y qué es lo que a todos nos cuesta más trabajo? ¡Dejar de serlo!

¡Y que tenemos poco metido en el tuétano de nuestro ser y de nuestra vida el dichoso numerito!

Y, aunque sólo los locos podrán presumir de ser el uno en todo, todos más o menos nos halagamos con llevar en propiedad algunos unos, aunque sean modestos.

Días pasados me decía un pobre basurero con aire de emperador: mire Vd., señor mío, Vd. sabrá muchas cosas y será Vd. lo que Vd. quiera y yo en todo eso seré un cero a la izquierda, pero en *cuestión de basuras* y *desperdicios* soy el número *uno* en *toa* esta tierra.....

Y aquí asoma ya mi apostolado en cuestión.

Puesto que a todos halaga tanto el ambicionado Uno, ¿no haríamos una obra de muy fina caridad para con el prójimo y de muy generosa abnegación para nosotros *cediendo todos los unos de que podamos disponer*, sin faltar a nuestro deber en favor de los que nos rodean o tratan?

Casos corrientes

¿Váis a subir a un tranvía, tomar billete de un tren, entrar por una puerta, pasar por una acera? Dejad o convidad el *primer lugar* al que está junto a vosotros.

¿Visitáis un pueblo, un edificio, una institución, leéis un libro, oís poesías, discursos, cantos, relaciones? Dejad allí el *uno* que teníais para *vuestro* pueblo, casa, gusto, obra, etcétera, para lo *vuestro*.

Sed generosos de vuestros *unos*, aun a costa de que os dejen el *dos*, el *diez*, el de *en medio*, el *último*, y yo os aseguro que pasaréis por el mundo haciendo una siembra de paz, bienestar y aproximación de almas entre sí y con Dios, mucho, muchísimo más abundante que si sembrárais oro, ciencia y poder.....

A mis Seminaristas les tengo enseñado y con gusto indecible les veo practicar este modo de honrar e imitar al Corazón de Jesús de su Sagrario.

Lo mejor y lo primero
Para mi Compañero.

¡El me los convierta en sacerdotes-apóstoles del número *Uno!*....

II El apostolado de la santa curiosidad

El apostolado es obra ante todo de *contacto* y como medio decisivo de ese contacto quiero presentaros, entre serio y broma pero con toda la sana intención de que soy capaz, este extraño apostolado de la *santa curiosidad*.

Reid lo que queráis, pero no retiro ni una sola palabra.

Y para demostrároslo empezaré por la última palabra: no siempre se va a empezar por la primera.

Curiosidad:

Seguramente todos los que nos preciamos de tener buen sentido, hemos protestado contra ese feo vicio que ha dado en llamarse femenino y que sabemos que a veces es comun a los dos sexos.

Y vedme ahora con toda mi seriedad encaramarme en lo alto de la tribuna de la prensa, para deciros *¡hay que ser curiosos!*

Se encuentra uno en la calle una niñita pobre que lleva en la mano un vaso o un bote con la etiqueta de la botica: pregunta de curioso al canto: Niña, ¿quién está malo en tu casa? ¿desde cuando? ¿qué tiene? ¿quién te lo gana?..... Las respuestas de estas preguntas ponen a Vd., Cura o catequista de aquella niña y de su familia, en conocimiento de un enfermo y quizás de un necesitado de los auxilios de su ministerio y de su caridad.

Además, la palabra de aquella niña, repitiendo cerca de su madre enferma las preguntas llenas de cariñoso interés del Sacerdote, no sabemos hasta dónde penetran y qué saludables disposiciones despertarán.

Se encuentra usted, sacerdote, a un obrero con la mano vendada o en cabestrillo, una viejecita sentada en el umbral de una casa, fatigada del mucho andar, una mujer que pasa llorando, un jóven con cara de convaleciente o de enfermo, un niño que le besa la mano o le mira con interés... ¡Curiosidad al canto!

¿Qué le pasa? ¿cómo fué eso? ¿necesita usted algo? ¿quiere que le ayude? Y ¡eche Vd. preguntas y no se canse! que aquellos pobrecitos a quienes sin conocer acomete, no sólo no extrañarán su curiosidad, sino que la recibirán como gota aliviadora de consuelo.

Sus caras agradecidas se lo dirán.

¡Pobrecillos los pobres!

¡Despiertan tan poco interés a su paso por el mundo!

¡Cuántas, cuántas veces les he oido este gran argumento de la bondad y caridad de las personas que ellos quieren: mire Vd., nos quiere tanto y es tan bueno, que no pasamos una vez por su lado que no nos pregunte por la familia y por las cosas que nos pasan!

Y por eso llamo

Santa

a esa curiosidad.

Porque no es el apetito desordenado del chisme, ni el insoportable *métome* en todo de los *colados*, sino el fino, delicado, caritativo interés de saber y descubrir miserias, enfermedades, penas, alegrías, desolaciones o triunfos para derramar sobre ellos la irradiación de la *luz* y el condimento de la *sal* de que nosotros los sacerdotes somos depositarios y distribuidores.

Curiosidad santa porque es efluvio de la santa caridad en que debe consumirse el corazón de un

pastor que ansia conocer a sus ovejas y ser conocido de ellas.

Santa porque es instrumento del celo que se ingenia con introducirse y multiplicarse.

Santa porque, empezando en la pregunta al parecer indiferente, no se detiene sino en la conquista para el amor del Corazón de Jesús de las almas por quienes se interesa.

Casos

de este apostolado los tenéis en el Evangelio. Abrid por cualquiera de sus páginas y veréis al Maestro santo, al Padre bueno, ejerciendo este menudo apostolado.

¿Por qué lloras? ¿qué quieres que te haga? ¿qué quieres? ¿tú crées? ¿qué buscáis? ¡si tú supieras!... y aquellas mil y mil preguntas dirigidas a otros tantos necesitados en mitad de la calle, en la puerta del templo, en el campo, en donde quiera que los cogía.

Y ¿recordáis los milagros de alientos, de renovación de vida, de ensanche de corazones, de resurrección que obraban aquellas preguntas de *santa curiosidad?*

Yo también los recuerdo, al par que, sin poderlo impedir, pasan por mi cabeza y por mi corazón los daños de muchas, muchas pobrecitas almas que se consumen de pena o de miseria porque no han tenido la dicha de que sobre ellas se inclinen apóstoles de Jesús a ejercer aquella *santa curiosidad* del Maestro...

III El apostolado del saludo

Y va de apostolados menudos. Y cuenta que les llamo menudos *sólo* por la apariencia, que en sí y en sus efectos nada tienen de menudos y sí mucho de grandes y trascendentales.

Verá, señor Cura

sinó, qué partido puede sacar en esa su rebelde o indiferente feligresía, de esa sencilla manifestación de respeto y aprecio que se llama el saludo.

Empiezo por sentar esta regla de práctica pastoral: el Párroco que saluda a *todos* sus feligreses, no tardará en ser saludado y tratado con cariño por los mismos.

Fijáos que le subrayo *todos* para indicaros que en él entran ricos y pobres, chicos y grandes, buenos y malos, hombres y mujeres, *todos* los feligreses.

Precisamente la contestación a

Un reparo

que paréceme me está Vd. haciendo allá en sus adentros, contra la universalidad de la regla sentada, me va a dar hecho y razonado este articulillo.

—¿Cómo voy yo a saludar a quienes ni conozco ni me conocen? ¿No está eso contra la razón natural del saludo que sólo se debe a los *conocidos?*

Yo me callaría ante ese reparo al parecer tan justo, si no fuera porque él mismo es la razón que me ha movido a sentar aquella regla de la universalidad del saludo pastoral.

La respuesta

Verá Vd. lo que yo he observado en mi vida de Cura y en la de otros.

Sobre nosotros los Pastores de almas pesa, pero con pesadumbre a veces abrumadora, un encargo del Pastor de los pastores, «que el Pastor conozca a las ovejas y que las ovejas conozcan al Pastor.»

Hemos de conocernos ovejas y pastores, esto es lo mandado.

Pero ¿cómo? ¿Cómo va a conocer el pastor que vive en el valle, a las ovejas que riscan por las montañas inaccesibles? ¿Cómo va a conocer el Cura a feligreses que jamás pisan el umbral de la Iglesia y por este no estar nunca en casa, de los hombres del día, se hacen *invisibles?*

Deber parroquial es, como medio de ese conocimiento mútuo, el Padrón hecho por el Párroco en las mismas casas de sus feligreses; pero hablando particularmente de las ciudades, ¿se consigue del todo y siempre ese objeto?

El padrón parroquial

Mis hermanos los Curas saben como yo lo que

pasa; si son casas ricas, *el señor no está*, de ordinario, y como no es cosa que reciba la señora, ausente el marido, el pobre Cura se vé precisado a conocer a aquellos feligreses y llenar su padrón por los datos que le suministra el criado antiguo o el ama de llaves de la casa.

Si son casas pobres, poco más o menos resulta lo mismo: el hombre está en el trabajo, la mujer lavando en casa ajena y el pobre del Cura tiene que rellenar su padrón con los datos más equivocados que ciertos, que a regañadientes unas veces y otras bromeando y casi nunca exactos, le ofrece la casera o portero.

No es mi ánimo rebajar el gran alcance que en la vida parroquial tiene el padrón o censo de los feligreses, tan mandado y recomendado por los Prelados y Concilios.

Sólo es mi intento demostrar que ese sólo medio no basta para llenar los anhelos de N. S. Jesucristo de que se conozcan pastores y ovejas.

¿Qué hacer, pues, ante ese empeño de las ovejas de no dejarse conocer y ese anhelo tan urgente como irrealizable del pastor de darse a conocer?

Sin despreciar otros medios y ateniéndome ahora al fruto de mis experiencias, puedo asegurar que el saludo ofrecido por el Cura, espontánea y cariñosamente a toda persona que se encuentre por las calles de su feligresía, llena admirablemente ese abismo abierto entre uno y otros.

¿La explicación?

Sea porque Dios recompensa ese acto de humildad de su Ministro en dar un saludo al que quizás responde con una mueca de desprecio, o peor, con una blasfemia, sea que recibir honores a todos halaga, aun a los mismos enemigos, quizás porque ese saludo, tan espontáneamente ofrecido mata en un instante la leyenda del orgullo clerical; quizás, y esto ocurre mucho a los pobres, porque no están acostumbrados a la delicadeza y buen olor del saludo cristiano..... sea por cualquier cosa de esas o por todas juntas, es lo cierto que de *mil* saludos que he dado a feligreses desconocidos, he sacado *novecientos noventa* feligreses que me saludan agradecidos, que me detienen en la calle a hablarme de sus asuntos y que *por fin* se han enterado de que soy su Cura...

Y sólo en esa proporción de *diez* por *mil* han entrado los que a mis saludos repetidos han contestado y contestan volviendo la cara a otro lado.

Me parece que la estadística ésa enseña y halaga ¿verdad?

No sé si a Vd. o algún otro que lea lo encontraré incrédulo o desconfiado.

No me enfadaré por eso, tanto más cuanto la comprobación está en su mano.

Propóngase Vd. señor Cura y todos los que anden en apostolados populares llevar a la práctica

por espacio de un año y quizás por menos tiempo el *Apostolado del saludo* y.....

Vd. y los otros me avisarán del resultado y hasta me darán gracias del invento.

IV El Apostolado de los ángeles de la Parroquia

Algo de historia

Decía yo, siendo Arcipreste de Huelva, en la plática del retiro espiritual del primer Viernes de Agosto de 1911 a las *Marías:*

¡Qué contento estaría yo si llegara a contar en cada calle de mi Parroquia con *dos ángeles custodios* de carne, hueso y alma grande que *en compañía* de los ángeles invisibles de los vecinos de aquella calle tomaran a pechos el cooperar cerca de esos vecinos a la Obra de los ángeles y de su Cura!

Estos *ángeles de la calle*, proseguía yo, tendrían a su cuidado el velar por los enfermos de la misma calle de cuya alma nadie se acuerda, por los pequeñuelos no bautizados por abandono de sus padres, por los niños sin escuelas o en escuelas malas, por los viejecitos y doncellas sin amparo, por los descuidados en el cumplimiento pascual y de los días festivos, por los aficionados a lecturas peligrosas o malas y por todos los que de alguna manera están alejados de la Parroquia y de los Sacramentos.

La Obra de estos *ángeles de la calle* ha de ser Obra de *atracción a la Parroquia*. Obra de procurar el contacto entre las necesidades, tanto espirituales, como morales y materiales de la feligresía, con su Madre la Parroquia y su Padre el Párroco.

Necesidad de los ángeles

Hace urgente esta Obra el aislamiento cada vez mayor en que van quedando las Parroquias, sobre todo las de numerosa feligresía.

En estas Parroquias, de una parte la escasez de clero parroquial, de otra sus múltiples atenciones y ocupaciones impiden o dificultan el que el Párroco pueda dedicarse a visitar y conocer a sus feligreses como desea y manda la Santa Madre Iglesia, fundada en las palabras del Maestro: «El buen pastor conoce a sus ovejas y sus ovejas lo conocen a él.»

Es un hecho tan triste como cierto que en esas Parroquias el Párroco vive tan desconocido para la mayor parte de los vecinos como uno cualquiera de éstos.

Preguntad a muchos de los vecinos de esas calles de casas de seis y siete pisos por el nombre de su Cura ¿qué digo de su Cura? de la Parroquia a que pertenecen y no os sabrán dar respuesta.

Y no se crea que se trata de impíos que tienen cortada toda comunicación con la Iglesia, sino que en multitud de casos se trata de cristianos y cristianas que tienen adornadas sus casas con cuadros

de Santos y que oyen Misa de cuando en cuando y hacen novenas a sus Santos favoritos.

Nosotros, los que estamos al frente de Parroquias populosas, sabemos por triste experiencia toda la espantosa verdad de ese abismo que hay entre innumerables feligreses y su Parroquia.

Un caso

Yo llevo al frente de mi Parroquia cerca de diez años, cruzo a pie mi feligresía en todas direcciones con bastante frecuencia, entro en donde me dejan, saludo a todo el que me mira, hablo con todo el que me encuentro, tengo en las Escuelas del Sagrado Corazón cerca de mil chiquillos que se renuevan incesantemente y, predico dentro y fuera de mi Parroquia y a pesar de todos estos medios de *promulgación*, todavía de entre mis cerca de veinte mil feligreses tengo algunos que no saben como me llamo y que, cuando se acercan a mí para algo que les tiene cuenta, me preguntan por el Cura de la Parroquia y, sin que se tome a andaluzada, no son pocos los que se llegan a las puertas de mi casa preguntando a mi padre si él es el Arcipreste de Huelva... y cuenta que entre otras *insignias* arciprestales, ostenta mi padre unos hermosísimos bigotes.

Y es lo que me digo; si estas gentes no conocen a su Cura, ¿qué interés van a tener en llamarlo a sus casas cuando estén enfermos y en asistir a las funciones y sermones de su Parroquia y qué medios

le quedan al Párroco de enterarse de sus enfermedades y apuros?

Y así van corriendo los tiempos y los acontecimientos, dejando cada vez más solo al Cura en su Parroquia y cada vez más apartados de él a sus feligreses. Y esta incomunicación ¡es tan funesta!

Una pregunta

¿Cómo salvar ese abismo entre la Parroquia y sus parroquianos? ¿Quién o qué tenderá el puente por el que el Cura vaya a sus feligreses y los feligreses a su Cura?

A eso va la Obra de los *ángeles de la calle.*

A multiplicar los ojos y los oídos y las manos y el corazón y el celo del Cura a fin de que puedan llegar a todas las casas de su feligresía; a poner bocas en la puerta de cada casa que repita en ellas lo que aquellos vecinos no quieren oír en su Iglesia, a hacer y a decir sensiblemente lo que invisiblemente están haciendo los ángeles de aquellas pobres almas apartadas...

¿No os gusta,

terminaba yo la plática a mis *Marías,* no os gusta ese oficio de *ángeles de vuestra calle?* ¿No es, después de todo, parte de vuestro oficio de *Marías* que habéis de buscar compañía para vuestro Sagrario? ¡Qué dos títulos tan preciosos para ganarse el

cariño agradecido del Corazón de Jesús: *María* de su Sagrario y *Angel* de su Parroquia!

Ahora vosotras me responderéis.

¿Cómo me respondieron?

No muchas, que nunca estas obras de trabajo y pisoteo del amor propio tuvieron bulla de golosos pero sí muy decididas y valientes se me presentaron en demanda de

Instrucciones para los ángeles

Las que les di, atendiendo a que no contaba con *Angeles* para todas las calles, fueron:

1.° Que formando parejas fueran cada una de éstas en la calle de su custodia de casa en casa y de piso en piso, invitando a sus vecinos a que entronizaran en sus hogares el Sagrado Corazón de Jesús.

2.° Con el fin de que esta entronización fuera real y no aparente o meramente oficial, que trabajaran porque a la entronización precediera la confesión y Comunión de toda o la mayor parte de la familia.

3.° Que para salir al encuentro de dificultades, los *Angeles* se ofrecieran a tener y cuidar los niños pequeños de las madres pobres mientras iban al templo, a preparar a los que alegaran ignorancia el examen de conciencia y demás disposiciones para la buena recepción de los Santos Sacramentos.

4.° Que el *Banco* del *Amo* regalaría los cuadros

de la entronización con marco, cristal y todo a los que no pudiesen comprarlos.

5.° Que se contentaran con proponer, invitar y suplicar y que evitasen a todo trance las discusiones con los vecinos visitados.

6.° Que *de camino* preguntasen con discreción sobre el bautismo de los pequeñuelos y el casamiento de los padres.

Y 7.° Que no perdieran de vista que, sacaran o no fruto visible, *siempre ganarían*, por lo menos haber dado gusto al Corazón de Jesús y cooperado con El a la salvación de las almas.

En marcha

Preparadas con estas instrucciones y con los alientos y la bendición, que sin duda alguna, debió darles el Amo desde el Sagrario, se echaron a la calle mis parejitas de *ángeles* el Lunes siguiente al primer Viernes de la invitación.

¿El resultado?

En confianza os diré que todo el valor y aliento que yo había tratado de infundir en los *ángeles* me faltaba a mí. Sufría por anticipado como hechos a mí los fríos recibimientos, las malas caras, las respuestas duras, los tratos groseros que me temía encontraran en no pocas de sus visitas.

¡Ahí era nada presentarse en las casas de feligreses obreros, lectores asiduos de periódicos rabiosos muchos de ellos, que jamás van a la Iglesia y que se

pasan los veinte y los treinta años sin confesar ni comulgar y presentarse no a darles bonos de pan o buenos acomodos, sino a proponerles lisa y llanamente que confiesen y comulguen y vayan a Misa y coloquen en lo principal de sus casas como a Amo y Señor al Corazón de Jesús!

Les digo a ustedes, para confesión y confusión de mi falta de confianza que la primera tarde que salieron los *ángeles*, entre las que mandé a mi propia hermana, sudé todo lo sudable y temblé como en mis buenos tiempos de estudiante en vísperas de examen.

¡Desconfiado de mí! ¿No debía saber yo que el generoso Corazón de Jesús *no podía* dejar *solas* a aquellas valientes? ¿no debía esperar hasta un milagro en favor de la misión de aquellas enviadas suyas que sólo contaban con El y sólo por El trabajaban?

¡Qué lección

recibí aquella tarde y he seguido recibiendo después!

Cierto que los *Angeles* de mi Parroquia se encontraron con algunas de aquellas cosas desagradables que yo temía; pero cierto también que ellas como yo vemos sorpresas agradabilísimas y que tan cerca sentimos el auxilio del Amo que sólo por su invitación familias enteras, totalmente incomunicadas con Dios durante veinte y hasta cuarenta

años, se reconciliaron con El, multitud de niños ya mayores se bautizaron y no pocos *ayuntamientos* se santificaron.

La siguiente lista de entronizadores del Sagrado Corazón de Jesús da una idea del fruto obtenido con la visita de los *Angeles*.

1.er Domingo.—6.
2.º—46.
3.º 82.
4.º—60.
Y así en adelante.

Añádase a esos datos el no menos expresivo de que la mayor parte de los individuos de esas familias confesaron y comulgaron, no faltando quien hiciera su primera Comunión a los 50 años y a otras edades también altas.

¡Qué generosidad la de nuestro Amo!

Capítulo aparte merece el relato de otros resultados y de no pocos edificantes pormenores de estas entronizaciones que a los que los hemos visto como a los que los conozcan harán repetir muchas veces:

¡Qué generosidad la de nuestro Amo!»

Los ángeles en acción callejera

Tomándolo de «El Granito de Arena» de entonces, voy a contar a los amigos una de las muchas fiestas que celebraron por barrios obreros de Entronización del Corazón de Jesús y de aquí podrán

colegir lo mucho y bueno que recogieron estos Angeles.

Dice «El Granito»

«Después de haber recorrido de punta a cabo una calle y de haber invitado a sus vecinos masculinos y femeninos a que entronicen primero en sus almas con una buena confesión y comunión y luego en sus casas al Amo bendito, señalan de ordinario la tarde del Domingo para la fiesta de la Entronización.

Se escoge una casa de zaguán o patio amplio y sobre un altarito con la más vistosa colcha de la calle y adornado con las flores de todas las macetas vecinas se colocan graciosamente distribuidos todos los cuadros del Sagrado Corazón que han de ser bendecidos.

Es frecuente también que las ventanas y balcones de la calle luzcan colchas y blondas de lo más guardadito en el fondo del arca.

A la hora señalada, encontraréis a más del Padre Vicario o uno de sus coadjutores y la pareja de *Angeles* de la calle, a todos los vecinos de las casas *apalabradas*, a los chiquillos de la calle e islas adyacentes, abonados perpetuos a todo espectáculo gratuito, y a la banda de música de las Escuelas del Sagrado Corazón dispuesta a agasajar a su Amo con los más finos y sonoros de sus acordes.

Reunidos todos

en medio de la calle, si el altar se ha colocado en el zaguán, o en el patio de la casa, si se ha colocado en éste, y obtenido todo el silencio compatible con el concurso y el local, procede el sacerdote a la bendición de las Imágenes y a la recitación con voz de todos sus pulmones del acto de consagración de todas aquéllas familias.

Una *Marcha Real* tocada con todas sus ganas por los chiquillos de la Banda, acompaña la colocación del cuadro en el sitio principal de la casa que lleva a cabo el jefe de ella. Fórmase a continuación una procesión con niños y niñas de la calle, llevando cada uno un cuadro sobre el pecho para hacer su distribución por las casas.

Es un espectáculo

por demás pintoresco el de esas procesiones extralitúrgicas. Los *Angeles* que van a la cabeza se detienen ante las puertas de las casas que quieren entronizar al Amo, deténense todos y adelantándose el sacerdote, toma de las manos de uno de los niños un cuadro y lo entrega al o a la jefe de aquélla casa que lo recibe de rodillas, mientras dice: - Aquí tenéis al Corazón de Jesús que quiere reinar sobre vuestra casa ¿lo recibís de buena voluntad?

De ordinario la respuesta es más *llorada* que *hablada*.

—Que El reine siempre y os bendiga a todos, y coreada por el canto de los niños y de los Angeles del himno nacional del Sagrado Corazón y por los acordes de la música y por los truenos de algún que otro cohete, sigue la procesión avanzando por la calle y deteniéndose ante las puertas hasta distribuir el último cuadro.

Cierto

que no todo es *vida y dulzura* en esas fiestas, que no faltan puertas cerradas en señal de protesta, y puertas entornadas por respeto humano y caras desdeñosas o feroces y otros *agasajos* del *tiznado*, pero también es cierto que el Corazón de Jesús entra en aquellas casas, no de contrabando, sino con las puertas abiertas de par en par y en ellas se queda, no para estar ocioso, sino para seguir ejerciendo entre aquellas pobres familias sus oficios de Salvador y Maestro! ¡Tiene en esos barrios tanto que iluminar, que curar, que consolar, que salvar!

Si vieran ustedes

con qué dejo tan sabroso nos retiramos de esas fiestas, Angeles y Marías, chiquillos y músicos, espectadores e invitados, contentos todos de haber contribuído a levantar nuevos tronos al buenísimo Corazón de Jesús en donde quizás por muchos años lo habría tenido levantado el demonio! Y que

éstos no son tronos de un día, sino de duración, lo acredita lo que os voy a contar.

Los frutos

¡Vaya si van siendo duraderos los frutos de este nuevo apostolado angélico parroquial!

En la tierra, a pesar de todas sus malezas y espinas, de sus durezas y sus hielos, no hay semilla más fecunda que el sacrificio.

Y más fecunda cuanto esos sacrificios están más llenos del amor santo y puro del Corazón de Jesús.

Y como sacrificio, y de éste bueno, bueno, es el que van sembrando estos Angeles, no hay que extrañar que el fruto se venga a las manos copioso y duradero.

Aparte

del fruto interior de cada cual, que de cierto solo ve Dios y por conjeturas ya vamos viendo los demás, y aparte de las *300 Entronizaciones* con su correlativo número de Confesiones y Comuniones que van obtenidas hasta la fecha, puedo anotar como *fruto cierto* de la siembra de los Angeles de mi Parroquia:

1.° El número bastante crecido de niños grandecitos *rezagados* que van siendo bautizados.

2.° El aumento muy considerable, me atrevería a decir, de un ciento por ciento, de asistencia a la Misa de precepto y a los cultos de la Parroquia.

Las novenas celebradas desde que está funcionando la obra de los *Angeles* de la Parroquia y, entre ellas la de la Patrona, se han visto concurridas como nunca.

3.° La frecuencia de Sacramentos de gentes que hacían 20 y más años que no lo recibían.

4.° Y este es un fruto muy estimable; el apostolado que empiezan a ejercer los mismos atraídos por los *Angeles* entre sus vecinos y conocidos.

Gracias a este apostolado popular, ya se van presentando feligreses de los *desconocidos*, pidiendo que se vaya a sus casas a *poner el cuadro* del Corazón de Jesús, como el que han puesto en casa de tal o cual vecino.

Y 5.° Sin pretenderlo directamente, la colocación de la Imagen del Sagrado Corazón de Jesús en lo principal y más visible de la casa, está dando una buena batida al respeto humano y está metiendo a valientes a no pocos acobardados.

Las burlas y los ataques que de los vecinos de la cáscara amarga reciben por haberse metido en *eso* del *cuadro*, quizás en algunos casos intimiden a alguno, pero se observa que en otros muchos casos, lejos de meter a los atacados para adentro, los echan más afuera y confirman más en el buen camino empezado.

Tengo noticias de algunas batallas caseras libradas en torno de la dulcísima Imagen del Corazón de Jesús y de no pocas victorias alcanzadas por la firmeza de fe y denodado valor de quienes hace

poco no se hubieran atrevido ni hacer la señal de la cruz en presencia de un niño.

Un gran fruto

he sacado para mí también de esta *campaña angélica.*

A más de los alientos con que he reforzado mi esperanza, no pocas veces tentada en ese flaco, he sacado y sigo sacando la *experiencia* de que, si bien es cierto que hay muchas almas que no vienen porque positivamente no quieren ni querrán nunca nada con Jesucristo, y otras que no vienen porque no se *lo pide el cuerpo,* (¡no dan más razón que esa!), también es cierto que hay muchas más almas que no vienen porque no se les ha acercado nadie a decirles en serio: «Venga Vd.»

¡Qué claro estoy viendo estos días por qué el Maestro mandaba con tanta insistencia a sus Apóstoles *ir! Euntes docete, enseñad,* pero no *esperando* que *vengan,* sino *yendo* a que *oigan.....*

Quiero cerrar

estas notas que sobre esa modestísima obra de celo de los *Angeles de mi Parroquia* he ofrecido a mis hermanos los Sacerdotes, y especialmente los Párrocos, por si quieren ensayarla con las modificaciones que su celo y las circunstancias les aconsejen, con este pensamiento del Evangelio.

Hay muchísimas almas que se quedarán perpe-

tuamente ociosas e inactivas para el negocio de su salvación, si el Padre de familia no *sale con frecuencia* a la *plaza* a buscarlas y a *invitarlas* a trabajar en la viña.

No se teman dificultades insuperables: la mayor parte de esas almas *paradas* no opondrán más razón ni obstáculos que el de los *cesantes* del Evangelio: Quia *nemo* nos *conduxit.....*

El Arcipreste de Huelva.»

Y con esas mismas palabras cierra el Obispo de Málaga la presentación del apostolado de los Angeles de la Parroquia, añadiendo que las Marías *enteradas* de su oficio están haciendo de *ángeles* a las mil maravillas.

V El apostolado de dorar espaldas

Ved otra menudencia y dentro de ella un campo extenso para la caridad apostólica.

El nombre

¿Dorar espaldas? Si me leyeran sevillanos, y a fuer de tales *cofradieros* hasta la médula, exclamarían al punto: ¿pero va Vd. a dedicar a los apóstoles a preparar *armados* (soldados romanos?)

¡Vaya si llevan las espaldas doradas!

No, no llamo ahora la atención de los lectores hacia esas espaldas forradas de armaduras de dorada lata y de capas festoneadas de oro de más

o de menos ley, sino en general hacia las espaldas de cualquier prójimo.

Porque supongo que os habréis fijado en que lo peor que solemos tratar de nuestros prójimos es... la espalda. ¡Como que es quizás en donde todo el mundo anuncia y pega su papel!

Por muy dura, grosera e insolentemente que se trate a las veces a los presentes y por muchos dicterios y necedades con que alguna vez, sobre todo cuando la ira nos saca de quicio, se escupa en su propia cara, todo es nada en comparación de lo que, cuando falta la caridad y sobran los celos y y recelos de la envidia, se echa sobre las espaldas del prójimo *ausente.*

¡Pobres espaldas de los ausentes, que mal paradas quedan en las reuniones de *amigos!* Y ¡no digo nada si son de enemigos!

El uno porque *por ser amigo* no ha querido darle el mal rato de cantarle las verdades, el otro porque no le gusta meterse en donde no lo llaman, el de aquí porque su amigo es *así,* pero también comprende que es *asao,* el de allí porque a él no se la pega nadie, y cada uno por un título y todos en realidad *porque está ausente* ¡qué modo de escupir, golpear, arañar y hasta apuñalar la espalda del que no está!

Es un hecho este tan visto, repetido y lamentado que no necesito detenerme en describirlo más al pormenor ni en pintarlo con más colores. Me basta sacar de la sola presentación de ese hecho una

cosa digna de compasión; a saber: la *espalda del prójimo ausente.*

¿No os parece buen oficio para un alma que comulga, con la caridad de Jesús ejercer esa compasión? ¿No os parece que será una excelente obra de caridad ese apostolado en favor de la *buena ausencia* ejercido entre miembros de una familia, entre los contertulios de una visita o entre los comensales de una mesa, en donde quiera que peligre la buena salud y el buen color de la espalda del prójimo? Y como caridad es *oro,* saliendo con ella a defender la espalda atacada ¿no se podrá decir que se *dora?*

Modo de dorar

Hay varios: comenzando por el más fuerte que es *al fuego* y terminando por el más suave que es *al agua.*

La caridad, que es de Dios, tiene de El la discreción; y ésta enseñará el procedimiento más conveniente en cada caso.

A las veces hará falta una protesta enérgica y contundente contra los murmuradores y una defensa calurosa del ausente *(dorado a fuego)* y a las veces bastará un sencillo gesto, una palabra de explicación o cambio de conversación *(dorado al agua).*

Espaldas indorables

¡Que las hay también! ¡De puro negras!

Y ¿para ese caso en que el prójimo ausente no tenga defensa posible? Todavía el apóstol de mi caso tiene un oficio que hacer.

Buscarle una *buena intención.*

Después de todo, solo Dios las conoce y fuera de El nadie tiene derecho a atribuir mala intención a la obra de su prójimo por depravada que sea.

Un gran dorador de espaldas

Un día fué a buscar a San Vicente de Paúl una aristocrática Duquesa con el loco empeño de que aconsejara a la Reina de Francia que propusiera a un hijo suyo para Obispo, más apto, según la fama, para ceñir la corona de pámpanos de Baco que la mitra.

El bueno del Sr. Vicente se esforzó con todos los recursos de su ingenio y de su delicadeza en disuadirla y, sin decirle una palabra de la desarreglada vida del hijo, procuraba demostrarle que todavía no tenía las condiciones requeridas por los Sagrados Cánones.

La respuesta de la contrariada dama a la dulce firmeza del pobre viejo fué montar en cólera y como furia del infierno con sus uñas y sus pies y con las sillas que encontró caer sobre él hasta tirarlo al suelo, rasgado, herido y manando sangre.



Al ruido de la caída penetró en la estancia el hermano portero que estupefacto y asombrado no sabía a quien acudir primero, si a su buen Padre o

a hacer pagar caro a la enfurecida duquesa su sacrílega crueldad.

El Sr. Vicente cortó la indecisión llamando al portero para que le ayudara a levantarse y, cuando hubo salido su agresora, no hubo de decir, mientras con su pañuelo se limpiaba la sangre de las heridas de su rostro, más que estas palabras: *¡Lo que puede el cariño de una madre!*

Eso es *dorar.....* lo indorable.....

VI El apostolado del escondite

Este, al parecer, raro modo de apostolado más que un apostolado especial es una ley o condición de todos ellos y tan esencial e indispensable, que, si no se guarda en cada caso u obra de apostolado, resulta éste ineficaz o malo.

¿Qué es?

La aplicación y traducción constante a toda obra de celo de esta ley evangélica: *Sic luceat...* «De tal modo brille vuestra luz delante de los hombres, que vean éstos vuestras buenas obras y glorifiquen al Padre vuestro que está en los cielos.»

De modo que, según el Maestro, hay que *brillar* delante de los hombres, sea por nuestra palabra buena, sea por nuestro ejemplo bueno, sea por la influencia de nuestra oración buena, pero hay que proyectar esa luz de manera que los hombres no

nos vean, y, si nos ven, no reparen en nosotros, y en cambio vean complacidos la obra buena por nosotros hecha y esta complacencia los induzca a alabar a Dios o a acercarse un poquito a El.

¡Que se vea y se guste la obra buena y por ella se alabe a Dios! ¿y el autor, cooperador o fomentador de la buena obra?

¡Que se entretenga en *jugar al esconder!* Y esté cierto de que mientras mejor juegue y más difícilmente den con él, la obra por él hecha o fomentada más buena será y mayor cantidad de gloria procurará al Padre que está en los cielos.

La mejor ocupación de un apóstol

Diría, yo sin miedo a equivocarme, que la mejor ocupación de un apóstol y la condición de fecundidad más segura para su apostolado era ésta: *jugar al esconder* en todo cuanto hace para gloria de Dios y provecho de sus prójimos.

¡Que no *lo vean!* ¡que no *lo pillen!* ¡como gritan los chiquillos que a eso juegan! Así hay que practicar el apostolado.

¿La razón?

Muy sencilla y muy a la mano.

Que cada uno de nosotros, y los apóstoles no son excepción, tiene dentro de su corazón algo así como una gran esponja con sed rabiosa de un líquido que se llama *gloria*, y como no ande con

gran cuidado, se moja y empapa hasta con las evaporaciones de ese líquido por lejos que esté y aunque no le pertenezca... Y ¡claro!, como en el apostolado todo es *buscar gloria* y cada vez *mayor gloria* para Dios, hay el gran peligro de que la *esponjita* nuestra, al oler *líquido de gloria*, *se equivoque* o se meta a *ladrona* y tome para sí lo que *sólo* iba para Dios.

Por eso el procedimiento mandado por el Maestro que *sabe lo que hay en el hombre* es este: *poner la obra* y *quitarse de en medio*, para que en cuanto empiece a producirse la gloria de Dios, no haya peligro de *absorciones fraudulentas*.

Conque, almas de apóstoles, esparcid a vuestro alrededor cuanto bienestar podáis, por medio de tolerancias de defectos, de menudos servicios prestados, de buenas caras y palabras a prójimos avinagrados, de delicadas e ingeniosas excusas de faltas ajenas y hasta de grandes sacrificios, pero sin decir directa ni indirectamente: yo *fuí*..... sino como el que no hace nada o lo hace tan a gusto y espontáneamente que no hace caer en la cuenta al que recibe el favor, es decir, haced muchas, muchas obras buenas chicas o grandes *jugando al esconder*.....

VII El apostolado entre los indeseables

«Con los que odiaban yo estaba pacífico, cuando les hablaba me increpaban sin razón».

Las tres D.

Como de otros apostolados os puedo decir que son de las tres B. por lo bueno, bonito y barato, este que hoy os presento, bien puede asegurarse que es el de las tres *D*.

O sea, difícil, difícil y difícil.

Es todo una dificultad.

Lo cual si nó lo hace muy apetecible, lo avalora como muy meritorio.

¿Quienes son los indeseables?

Cuando os explique el campo de este apostolado, o sea las personas sobre las que ha de ejercerse, comprenderéis ese misterio de las tres D.

Indeseables han sido llamados en *argot* periodístico y policiaco esos desgraciados profesionales de propagandas subversivas y espionajes, conspiradores y embaucadores de oficio contra el orden social y que, con habilidad suficiente para no pillarse los dedos ni dar la cara en ninguna de las fechorías por instigación y complicidad de ellos preparadas, se pasan la vida vigilados por el recelo y temor de la policía y errantes de destierro en destierro por las protestas y sustos que su presencia vá levantando.

Hombres inofensivos, al parecer, y hasta simpáticos y atrayentes, disfrazados unas veces de grandes señores, y de harapientos mendigos otras, pero en realidad espíritus inquietos, tenebrosos, oblicuos

egoistas y siempre mal avenidos con la paz y bienestar de los demás, que por falta de pruebas claras no han podido ser reducidos en un presidio, ni en un manicomio, a pesar de las grandes afinidades que con los que viven en esos lugares presentan, han sido clasificados con el nombre, sin duda por eufemismo, de indeseables, que si nó define su naturaleza, explica la posición que se han ganado con el miedo, la antipatía, el recelo y el funesto augurio con que por todas partes son recibidos. ¡De nadie deseados! que bondadosamente equivale a esto otro: ¡Por todos temidos!

Otros indeseables

Aparte de esos indeseables públicos de la sociedad y algo a ejemplo de ellos, no es raro encontrar en el seno de las familias más buenas, de las comunidades más observantes, de las corporaciones más ordenadas, aun de las reuniones más expansivas de amigos, individuos que, por sus trazas y procederes, bien se tienen ganado el título de indeseables, que casi, casi en justicia y en caridad equivalga al de insoportables.

Y cuenta que no llamo así a los obstinados descaradamente en el vicio; que esos se llaman malos o viciosos y ya se sabe cómo han de ser tratados; ni a los que, por enfermedades o tribulaciones, pueden ser carga pesada para los que les rodean, para los cuales la caridad y la compasión tienen

sus recetas conocidas; ni a los clasificadamente locos que para ellos hay manicomios, o camisas de fuerza; no son esos los de mi caso sino esos otros incalificables e inclasificables que no pueden ser llamados malos, porque se dicen y no pocas veces son o parecen buenos; ni enfermos ni sanos, porque de todo tienen en cada hora del día; ni locos ni cuerdos, porque para lo uno les sobran razones y para lo otro les faltan; ni amigos ni enemigos, porque todo lo que les falta de corazón y valor para ser lo uno o lo otro les sobra de cara para aparentarlo; ni virtuosos ni viciosos, por las promiscuaciones y variaciones de sentires, quereres y pensares..... Son seres tan atrayentes e interesantes, cuando son poco conocidos, como repulsivos e insoportables, cuando son tratados de cerca...

Su partido suele ser, no el más racional sino el más ventajoso; su postura la más airosa al parecer, pero en realidad, la más cómoda; su Superior más bueno el penúltimo, o sea el que ya no manda; su mejor amigo el que está más lejos o de quien por el momento esperan más; su más urgente obligación salirse con la suya, su derecho más sagrado, quitar la razón a todo el mundo y no dársela a nadie; tan elocuentes a veces de palabra, como disolventes con sus ejemplos; Catones en el censurar a los demás y Sanchos en su vivir...

¡Tipo extraño! ¿verdad? ¡pero desgraciadamente no raro! Extrañeza que ha inducido a no pocos médicos y psicólogos a considerarlos, más como tipos

clínicos, que como tipos morales; más como enfermos, que como seres responsables, y se han inventado y, con más o menos acierto aplicado los nombres de histerismo, neurastenia, psicastenia, etcétera, etcétera.

Sea sólo por enfermedad o por temperamento como ocurre no pocas veces, sea por estado moral o por un poco de todo, que quizás sea lo más frecuente y que yo clasificaría de *egoismitis* crónica, complicada con falta de educación y sobra de nervios, lo cierto es que los desgraciados poseedores de los caracteres señalados se hacen y son en la familia, comunidad o reunión en donde les toque vivir o estar, cargas insoportables y verdaderos indeseados e indeseables.

¿Sus apóstoles?

¿Quién los apostoliza?

¿Quién es el valiente que se pone a ganar para Dios y para la paz y la unión con razones a quien no las da nunca, con buenos ejemplos a quien para todos ellos tiene un ridículo, con favores y mimos a quien está tan pronto para recibirlos, como para no agradecerlos, con buena cara a quien se insolenta con ella, con saludable rigor a quien contesta con exasperaciones iracundas a los que cree dominables, o con sumisiones fingidas a los que juzga dominadores?...

¿Cómo se puede hacer bien a estos pobrecillos indeseables?

Y como al fin y al cabo tienen alma redimida con la misma Sangre divina que la mía, y como son prójimos y hermanos míos por la carne o por el espíritu, si yo amo de verdad a Dios, Padre nuestro, de ellos y mío, no puedo, no debo pagar la indeseabilidad de ellos con la indiferencia mía, ni mucho menos con la aversión o el odio, a que constantemente ellos están haciendo oposiciones con sus irregulares procederes.

¿Cómo se puede hacer bien a los indeseables?

Y aquí surgen las tres D del principio con magnitud aterradora.

¿Cómo hacer bien al alma de un hombre o de una mujer (que no escasean las indeseables) que unas veces obran como si no la tuvieran y otra como si tuvieran dos o más, según la multiplicidad y posturas que adoptan?

¿No son esos desgraciados los que el Espíritu Santo definió con aquellas palabras: «El varón doble de ánimo es inconstante y embustero»?

Pero hasta un grado y con un tesón y fingimiento inconcebibles.....

Y como todos tenemos indeseables en grado máximo o mínimo, por lo menos para postre de nuestras comidas, me limito a decir lo probado por la experiencia.

La receta del apostolado

1.º El indeseable, chico o grande, es prójimo y hermano mío.

2.º Mientras viva, pues, si es un enfermo curable del cuerpo o del alma, debo por caridad hacer algo para curarlo, y si incurable, por compadecerlo.

3.º Por muy atinadamente que yo proceda, lo más probable es que mis palabras o mis obras le caigan mal; pero mis oraciones y sacrificios por él nos harán siempre bien a él y a mí, aunque ni él ni yo lo veamos. No hay calmante más eficaz para la venganza que rezar un Padre nuestro o hacer un sacrificio oculto por el que la provoca.

4.º Para que aún mis palabras y mis obras le hagan siempre bien, aunque no me lo agradezca ni reconozca, me conviene conocer bien lo que es y tratarlo como si fuera lo que debiera ser, buen superior, buen súbdito, buen amigo, buen vecino, etcétera.

5.º Dios no pide a mi apostolado fruto, sino trabajo con buena intención.

Y 6.º que desde el punto y hora en que el Corazón de Jesús, el más digno de ser deseado y querido de todos los hombres, ha venido a parar, por la rudeza y la injusticia de éstos, a ser el indeseado de los Sagrarios de la tierra, ¿no sería justo y útil que el tiempo que tuviéramos para indignarnos con los indeseables, lo invirtiéramos en compadecerlo y desagraviarlo?...

VIII El apostolado de la sonrisa

Ibant apostoli gaudentes...
Los apóstoles iban muy gozosos...
(Act. V, 45.)

No me diréis que me he ido al fondo de las cosas terribles o difíciles para buscar el instrumento de apostolado que hoy hónrome en presentaros. ¡La alegría! ¡La sonrisa! ¿Qué os parece mi misionero?

Y ¡cuidadito con que os creáis que a ese misionero está confiado sólo el negociado de los chascarrillos y donaires y le está vedado decir y enseñar cosas de provecho y hasta muy hondas!

Para el apostolado de la sonrisa no hay zonas vedadas; a todas partes debe y puede llegar ese gracioso apostolado que pudiera llamar tan fructuoso como difícil.

Y para que nos entendamos mejor, comenzaré por definiros.

La sonrisa apostólica

Nace de un corazón en paz con Dios y con los hombres y en guerra constante consigo mismo. San Juan Crisóstomo dijo que nada hay más violento, o que cueste más violencia, que la mansedumbre apostólica.

Se alimenta de Eucaristía y de este principio: La gloria y el cuidado de mí y de mis cosas para Dios, el trabajo de este instante para mí.

La *digestión* y *asimilación* de este alimento y principio produce un estado de alma en el que ésta no se ocupa ni preocupa más que de esto solo: hacer muy bien y muy en paz *lo de ahora*, lo que en este instante me pide Dios por medio de mi deber; y ese estado de alma habitual a la par que abre todas las válvulas del corazón para que por él circule en corriente libre el oxígeno de una sólida esperanza y de un sano optimismo, afloja todos los músculos duros y tirantes de la cara y dibuja en ella la más angelical y beatífica de las sonrisas. Sonrisa que no es el gesto de la hipocresía ni de la ligereza, ni de la disipación, ni de la broma picante, ni del chiste a todo pasto, ni de la despreocupación... sino de la *cara buena* y del *alma buena*.

Lo difícil de la sonrisa apostólica

¡Que si lo es!

Primero, por la dificultad de sus padres, que, como he dicho, son la *guerra* constante con nuestras pasiones, nerviosidades y egoísmos, que son los que ponen las caras agrias, duras, tiesas y largas, y la *paz* con Dios y con los prójimos. ¡Con lo difíciles que son algunos Mandamientos de Aquel y lo inaguantables que se ponen a las veces algunos de estos!....

Y segundo, que es a su vez efecto de lo primero, por la facilidad de cambiar los términos del programita: la *gloria* y *cuidado para mí*, el *trabajo para Dios o para los demás*.

Y ¡claro! el buscar nuestra gloria nos trae el orgullo, la vanidad y la ambición con toda su familia de hambres sin saciar, de inquietudes sin descanso y de envidias corrosivas y el pechar con todos nuestros cuidados sin confiarlos a Padre Dios es meter en el corazón, en la cabeza y en la sensibilidad un torbellino de afanes, recelos, miedos, suspicacias, desasosiegos capaces de poner triste, sombría y amarga la vida más llena de bienestares y elementos de felicidad terrena.

Y dicho se está, que si faltan los padres de la criatura, o sea, la sonrisa habitual, o a ésta le falta su alimento, se queda sin nacer o se muere presto.

Lo fructuoso de la sonrisa apostólica

¡El bien que puede hacer la palabra apostólica que sale al mundo acompañada de esa sonrisa! Diríase que es *aceite* que suaviza engranajes y quita chirridos y estridencias, que es *resplandor* de cielo irradiando sobre las sombras de nuestras tristezas y miedos, es *aroma* y es *dulzura* que obliga sin violencia a oler y a tragar lo desagradable y lo repugnante a nuestra sensualidad, es lo difícil presentado fácil, lo grande de Dios, de su doctrina y de sus preceptos desmenuzado en pedacitos muy chicos para que hasta los más pequeñuelos e inapetentes lo coman... La sonrisa habitual del Apóstol en lo próspero y en lo adverso, en lo que le halaga como en lo que le denigra, en la apoteosis

como en el martirio, es el gesto más parecido al de Dios cuando nos mira a través de su cara de Niño de Belén, de predicador del Sermón de las Bienaventuranzas y de paciente Amigo que espera detrás de la puertecita dorada del Sagrario...

El libro de los *Hechos apostólicos* nos describe la primera salida de la cárcel, después de haber sido cruelmente azotados los Apóstoles, con estas tres palabras: *Salían muy gozosos.*

¡Sonrisa de los Apóstoles de Jesús, que no te borras ni en las cárceles ni en los tormentos, sé el adorno imborrable de la cara de mis Sacerdotes y de sus auxiliares las Marías y personas de celo, de mis seminaristas y de la mía!

IX El apostolado de las enhorabuenas

Ved aquí un apostolado al parecer fácil y hasta casi como de juego y de hecho poco practicado quizás por difícil.

En qué consiste

Sencillamente en dar con *sinceridad* la enhorabuena a quien quiera que sea, amigo o enemigo, alto o bajo, conocido o desconocido, bueno o malo por cada acción digna de ella que con *serenidad de juicio* les veamos realizar o sepamos ha sido por ellos realizada.

Y subrayo la *serenidad de juicio* y la *sinceridad* para prevenirme contra

El enemigo de este apostolado

O sea el *amor propio.* Este bullicioso e inquieto vecinito nuestro dispara sus sentimientos de torpe y baja envidia, más de lo que nosotros podemos creer, con la toga de severo e imparcial crítico y riguroso depurador de los actos del prójimo, especialmente si lo tiene por igual o de poco superior categoría y está cerca...

Nuestro amor propio es muy pródigo en elogios y parabienes para con los que viven en la gran China o poco más allá y con los que vivieron en los tiempos de Mari-Castaña..... ¡Ah! ¡qué hombres aquellos! ¡qué sabios! ¡qué...!

Pero a medida que se van acortando las distancias en el tiempo o en el espacio se va también acortando la prodigalidad en el parabién...

¡Qué dificultosamente se da con *sinceridad* la enhorabuena al compañero de colegio o carrera por la buena nota a el ascenso ganado, al amigo por la buena noticia recibida y hasta diría al pariente por el encumbramiento a que ha sido elevado!.. ¡Pícara condición humana más propicia a *compadecer* en sus penas y derrotas amigos y prójimos que a admirarlos en sus buenas acciones y a gozarse con sus alegrías y triunfos!

Los frutos

La práctica constante y generosa de este apostolado ¡qué ricos frutos produce en el apóstol y en los *apostolizados!*

En el apóstol, ese estar alerta sobre las buenas cualidades, obras y ventajas, y no sobre los defectos del prójimo, para alabarlos y gozarse en ellas, es una trituración constante del amor propio y de su hija natural la envidia y a la vez un adelgazamiento y refinación de la caridad que mientras más benigna en el pensar, en el sentir y en el hablar, más caridad es.

Y en el *apostolizado,* porque, a la corta o a la larga, en esa sinceridad, nobleza y benevolencia tan desinteresada, con que es aplaudido y agasajado por su amigo o su enemigo, tiene que reconocer la caridad fina de Cristo y dejarse prender por sus lazos.

Un ejemplo

Y que vale por una gran prueba.

El Maestro divino en el momento quizás más negro de su Pasión, cuando recibe el beso del Apóstol traidor, todavía tiene para Judas una palabra buena, la palabra de ¡amigo! y una acción mejor, la de dejarse besar por aquella boca sacrílega y fementida.

Si el Maestro encuentra todavía razón para aquella palabra y aquella acción ¿nos parecemos a El cuando andamos regateando elogios, y esquivando atenciones a los prójimos con los que tan pródigos somos en censuras y severos juicios?

Corazón grande y generoso que palpitas en la Hostia callada del Sagrario: ¡que los corazones, que te tocan cada día o muchos días, se hagan cada vez más grandes y generosos en regatear censuras envidiosas y en prodigar alabanzas y enhorabuenas!...

X El apostolado de la piedad casera

Lo que enseñaba un Maestro

Decía un Maestro mío que el pueblo andaluz era tan intensamente piadoso que en un puesto de verduras, en cinco minutos, se hacían más invocaciones jaculatorias a Dios que en un Convento de religiosas extranjeras en un día entero.

Y lo probaba con el siguiente diálogo cogido al azar de cualquier puesto de nuestras plazas de abasto:

—¿A cuánto están las *papas?*

—A cuatro gordas, hija.

—¡El *Durcísimo* Nombre de *Jezú!* ¡Ave María Purísima! ¡Aplaca, Señor tu ira!... ¡Ni que fueran las *papas pa* el rey *Heroe o pa Ponsio* Pilato!...

—Dios me libre de *tené* cuenta con estos herejes ¿te enteras? que las *papas* están a cuatro gorda *pa lo cristiano* por la *grasia* de Dios y de nuestro *Señó* Jesucristo..... que *sabe tú que jasta pierdo* casi el dinero de mano a mano.

—Permita *Dió* que lo que tú pierda me lo *jaye*

yo..... ¡ay! ¡Padrecito de mi *arma!* ¡que no se va pudiendo ya *comé ni papa en paseo!*

Y contraponía mi Maestro a esta escena en esa y parecidas formas repetidas en la que el Nombre de Dios y el recurso a El y a los motivos sobrenaturales brotan a cada paso, escenas de sorpresas, sustos, admiraciones ocurridas en otros países y aun entre personas religiosas y lo más que obtenían de los sorprendidos, asustados y admirados era un ¡oh! un ¡ah! o un ¡uf! más o menos prolongado y sostenido.

Lo que se va echando de menos

Tenía nuestro pueblo tan metido en su entraña el sentir cristiano, el espíritu de Fe, el criterio sobrenatural, que cuanto veía, oía, sentía y entendía era siempre al través de esa Fe viva visto, oído, sentido y entendido.

Así, para la noticia triste de uno que caía enfermo tenía al punto en su boca la frase y la oración: «El Señor lo alivie»; para la noticia del agonizante, la de «El señor lo recoja en buena hora»; para la de la muerte, la de «El Señor le dé la gloria»; y miles parecidas.

Para expresar la admiración o la sorpresa, el ¡Dios mío! ¡Jesús! ¡Ave María Purísima! ¡Santo Dios!, para atraer la compasión o manifestar la gratitud, el «por amor de Dios»; «Dios se lo pague»; «Por las Animas benditas»; «Por la salvación de su

alma»; a más de las cristianísimas formas para el saludo y la despedida, los pésames y las enhorabuenas, como el «Dios guarde»; «Alabado sea el Santísimo Sacramento»; «Ave María»; «Santos y buenos días nos dé Dios»; «Quede Vd. con Dios»; «Que el Señor nos reuna en el cielo»; «Si Dios quiere»; «Dios mediante» y miles y miles de frases tan corteses como castizas, tan cristianas como finas con que nuestro pueblo embalsamaba y ungía con unción de hermoso y esperanzador sobrenaturalismo su conversación, sus sentimientos y su vida.

La piedad casera

Esa, esa es la piedad excelsa que une y estrecha a los hijos con su Padre Dios hecha manjar y bebida y respiración y perfume y adorno y encumbramiento de los cristianos.

Esa es la piedad que yo llamo casera y que tanto se va echando de menos en los hogares cristianos y porque se va echando de menos, se va echando de más la peste del laicismo y del naturalismo en el hogar formado por gentes que todavía se llaman cristianas y hasta piadosas.....

¡Qué feos, fríos, prosaicos y pesados los hogares descristianizados!

Y ¿los apóstoles?

Hacen falta apóstoles discretos, pero tenaces, que con la gracia y naturalidad del aire propio y la

espontaneidad del espíritu de familia y con las finas y santas ingenuidades de las almas apostólicas trabajen por la vuelta de la *piedad casera* a la conversación, a las expansiones y a las manifestaciones de la vida del hogar.

Hacen falta apóstoles menudos y anónimos que sugieran el rezo del responso junto o al paso de un cadáver, del Angelus y de las Animas a su hora, de la bendición y acción de gracias de la comida, del Santo Rosario en familia, de la invocación piadosa o jaculatoria en el momento oportuno.....

Apóstoles de la piedad casera, sin sermones ni excomuniones, con caras buenas e ingenios agudos ¡cómo podéis trabajar por la vuelta de Jesús al hogar!... ¡al hogar de donde lo va echando el nuevo paganismo que le va entrando en el vestir, en el hablar, en el sentir y en el vivir a los viejos cristianos!...

XI El apostolado de las dos varas

¿Media o entera?

Hace muchos años, cuando comenzó a alarmarnos la irrupción de la poca tela y del poco pudor de las mujeres con las faldas *entrevés* y cortas y las desnudeces de pecho y brazos, creí yo poner una *pica en Flandes* proponiendo a los amantes de la vergüenza el *Apostolado* de la *media vara*..... de tela a los trajes que se iban acortando y encogiendo.

Al cabo de una porción de años de crecientes e inverosímiles acortamientos y encogimientos de tela y... de pudor, debo confesar que el apostolado de la *media vara* debe ser abolido por del todo insuficiente y sustituido por el de la *vara entera* y..... no permita Dios que llegue a hacerse necesario el de las *dos varas*.

¡Que al paso que vamos, los salvajes de las selvas van a estar más cubiertos que nuestras elegantes civilizadas!

Las dos varas

Y ¡vaya! que para que no me tomen la delantera esta vez, desde luego me decido por el *apostolado de las dos varas*..... ¡pero no de tela las dos! y permitidme que me enfade, que motivos sobran para arder de indignación.

Dos varas, a saber: una *real* de tela para empalmarla a tanto *medio vestido* de niña y de mujer semidesnudas y otra..... ¿lo diré sin que se me asusten ni escandalicen mis sensibles y susceptibles aludidas?... otra simbólica, o sea, de *corrección* ¡así! que *mida* y *decore* las espaldas de tanto padre y marido y jefe que tolera, permite, aprueba, si no llega a imponer tiranamente a sus respectivas hijas, mujeres y súbditas la desnudez impúdica y bochornosa de la moda triunfante.

¿Razones?

Y si la alarma que os levanta el apostolado pro-

puesto os deja todavía con ganas y serenidad para pedir y entender razones, os diré que el empleo de la *primera vara*, o sea la de tela, no tiene duda que está justificadísimo y que es urgentísimo, si no es que la pobre sociedad en que nos ha tocado vivir está llamada ya a sumergirse en los lagos de pestilente betún de Sodoma y Gomorra..... y el empleo de la segunda, la de corrección, llámese multas, cárcel, exoneración de derechos civiles y familiares, inhabilitación social, algo que reprima y castigue esa ausencia de hombría, esa deserción de deberes elementales y sagrados, esa degradación y rebajamiento de carácter, esa incomprensible y monstruosa complicidad con la insensatez y la locura, ese trocar el alto oficio de Padre y Esposo, Sacerdote del hogar, modelador de almas y forjador de caracteres, por el de paseantes y expositores de muñecas costosas, barnices, pinturas, bisuterías y *dinamitas* destructoras de la pureza y el pudor...

Condeno hechos y salvo las intenciones que a Dios sólo toca juzgar; pero ante el hecho, hasta nuestros tiempos nunca visto, de la desnudez impúdica y provocativa de la esposa y la hija (sin duda más vanidosas y alocadas que malas) paseadas, exhibidas y llevadas a bailes inverosímilmente indecorosos y repugnantes por los propios complacientes maridos y papás, hay que repetir la palabra del Espíritu Santo a los padres de familia: «El que perdona la vara, odia a su hijo».

Y si sobre los hijos y los que del padre depen-

den no hay quien asiente ni esgrima la vara de la debida corrección, es preciso, es urgente que por quien tenga autoridad sobre los padres se impongan correcciones saludables y enérgicas que corten y remedien el mal de la moda impúdica que está minando los mismos fundamentos de la familia y de la sociedad.

Un caso fulminante de vara simbólica

Los que lo presenciaron me cuentan un caso que bien merece ser consignado por la cruda ejemplaridad que reviste.

Suben y entran en un tranvía un señor dando el brazo a una señora a la última moda de ropa de menos, coloretes de más y ausencia total de recato y pudor.

Se sientan frente por frente a un veterano malagueño de tantos años como buen humor, que desde que entra la elegante no deja de mirarla desde los pies a la cabeza con mirada entre socarrona y alarmada.

Molesto por la insistencia del mirar, el que parecía marido, en el más agrio y descompuesto de los tonos dice al curioso vecino:

—¿Qué mira Vd.?

Y sin descomponerse el interrogado y trocando la socarronería de la mirada en severidad de tono, responde:

—Caballero, miro *lo que Vd. me deja ver...*

Una risa estrepitosa del público móvil y un ¡Pare Vd.! dicho en seco al conductor por el descompuesto y mohino caballero fueron el eco del *estacazo* tan oportunamente propinado al complaciente marido como incumplidor de sus deberes conyugales y sociales...

¡Apostolado de las dos varas.....
Apostolado de la vergüenza!.....

¡Con qué prisa, con qué urgencia debe extenderse y aplicarse ese apostolado!

Yo, que muchas veces he creído que el mundo se acababa por *falta de calor* de caridad y *sobra de frío* de egoísmo, hoy estoy convencido de que se acaba, se muere y se pudre y se lo comen los perros y los gusanos por *¡indigestión de lujuria* y *anemia de vergüenza!*

....

Almas temerosas de Dios y que *aún hacéis caso* de vuestros Confesores, de vuestros Obispos y del Papa, ¡a empuñar la vara que podáis, de *tela* para cubrir desnudeces grandes o chicas, primero en vosotras y después en los demás, y de *corrección* para impedirlas, cortarlas o desagraviarlas! Almas de Marías, de Religiosas, de Madres e hijas de familia, *todavía* buenas, que sentís pena de ver a Jesús tan lastimado y abofeteado por *manos de mujer* y ¡quizás como nunca lo haya sido! orad, mortificáos, ofreced desagravios y, el mejor de

todos, vuestro corazón y vuestra vida lo *más purificados* que podáis.

¡*Se siente tan avergonzado Jesús Sacramentado entre tantas desvergüenzas!* de **¡hijas suyas!...** ¡Os lo aseguro!

XII El apostolado de la buena cara

> Cuando ayunéis no os pongáis caritristes como los hipócritas; que desfiguran sus rostros para mostrar a los hombres que ayunan. En verdad os digo, que ya recibieron su galardón.
>
> Tú, al contrario, cuando ayunes, perfuma tu cabeza, y lava bien tu cara.
>
> (S. Mat., V - 16 y 17.)

Conocéis sin duda el apostolado de la buena palabra predicada o escrita; pero el de la *buena cara* ¿verdad que no estaba *catalogado?*

Pues allá voy a ver si lo consigo con estos rengloncillos.

Si el refrán popular enseña que el mejor partido que se puede sacar del *tiempo malo* es ponerle *cara buena*, una experiencia larga y nutrida me ha enseñado que no sólo del tiempo malo se puede sacar partido con esa simple receta, sino de otras muchas más cosas y aun personas.

Qué es

Y ante todo, lector amigo, hágote saber que esa *buena cara* de este menudo apostolado no es la cara buena de los *tontos* o *bobalicones* que a todo dicen

amén, ni la de los *payasos* que de todos sacan risa, ni la de los *burlones*, que todo lo convierten en tijeras, ni la de los *caramelosos* que chorrean almíbar hasta el empalago..... no, esas caras no las quiero yo para mis menudos apóstoles.

La cara *buena* de mi caso es una cara ante todo *muy natural*, (claro; a fuerza de fuerza sobrenatural) con un *par de ojos* abiertos para mirar con benevolencia a todo el que me busque, con un *par de oídos* dispuestos a oir con *interés* a todo el que me quiera hablar, con *una boca* ni arrugada ni estirada por males de genio, de nervios o de humor, sino pronta a entreabrirse para dejar pasar una sonrisa que venga a decir, sin decirlo, algo de esto: ¡qué bueno es Vd.! ¡qué interesante su conversación¡ ¡qué ganas tengo de servirle! ¡qué gracia me hace Vd.! y esto, *a pesar* de la revolución de bilis, de nervios o de sangre que las majaderías, insultes o injusticias, durezas, oídas o presenciadas, levanten o provoquen, y multiplicado por tantas horas cuantas tiene el día y por tantas personas agradables o desagradables y tantos asuntos gratos o ingratos que me busquen u ocupen.....

¿Qué os parece mi cara? *Buena*, pero... *cara* ¿verdad?

Lo que cuesta

¡Ahí es nada! Como el *celo* es la *llama* del *fuego* de la caridad del apóstol, la *buena cara habitual* es la *flor* del *roble* de la *fortaleza* apostólica.

¡Con cuánta razón decía S. Juan Crisóstomo, que hablaba de lo que por él pasaba *nihil violentius hac mansuetudine apostolica* o en romance, nada más violento o fuerte de conseguir que la mansedumbre apostólica!

¡Vaya si cuesta *cara* esa *buena cara de todas las horas!*

Lo que produce

En compañía de otros apostolados y solo.

Acompañado: Es de tal eficacia esta buena cara, que sin ella los otros apostolados, los clásicos, el de la palabra y el de las obras, se exponen a la esterilidad, si no caen en ella.

Un apóstol, un misionero, un propagandista con toda la elocuencia que queráis y hasta con el don de milagros, pero con cara de pocos amigos, con ojos acusadores, con oídos indiferentes a lo que escuchan, con gesto o aburrido o avasallador ¿verdad que tiene mucho andado para una plaza de *predicador en el desierto?*

Solo: Ponedlo en medio del pueblo o grupo más indiferente u hostil al Sacerdote o al apóstol. Decidle que ponga su *mejor cara* para el pequeñuelo que alborota o le tira piedras, para el altanero transeunte que no le responde al saludo, para el impío que ha jurado comérselo crudo, para el calumniador que a todas horas lo muerde, para el empalagoso que lo asedia y abruma..... es poco orador y predica torpemente, es pobre y no tiene qué dar, carece,

si se quiere, hasta del atractivo de una buena figura, es feo..... pero, pero dejad que las gentes, las buenas, las malas y las regulares se den cuenta de su cara *siempre y a pesar de todo buena* y ya me diréis de quién es el triunfo.

Jamás falta el triunfo al que se *vence hasta el fin.*

Y este es precisamente el apostolado de la buena cara.

Lo que renta

¡Vaya si renta interés una cara bien administrada!

Y lo renta en la tierra y en el cielo.

En la tierra cuenta con la *bienaventuranza* ofrecida a los *mansos* la posesión de la tierra o de los corazones de los que viven en la tierra que al fin y a la postre acaban por rendírsele.

Y en el cielo, ¡allí sí que le esperan pingües ganancias!

Cuando el Maestro daba el precepto de la *buena cara* a los que dan limosna, oran y se mortifican, según el capítulo 6.° de S. Mateo, a cambio de esas ocultas, silenciosas y generosas abnegaciones y victorias de sí mismo, ofrecía ese regaladísimo y sabroso premio: *Vuestro Padre que ve en lo escondido os pagará.*

¡La mirada complacida del Padre que está en los cielos descansando e irradiando por los siglos de los siglos sobre la cara buena de su apóstol!

¿Qué más premio?

Maestro de la cara buena de todas las páginas del Evangelio y de todas las horas de Sagrarios de la tierra ¡que te imitemos!

XIII El apostolado de dar la razón a los que mandan

El nombre

Rarillo ¿verdad? pero en un momento quedará disuelta la rareza.

Han de saber ustedes, señores y amigos lectores, que una de las cosas que voy aprendiendo en mi ministerio de tratar y salvar prójimos, es que a la mayor parte de ellos les cuesta más trabajo *dar la razón a otros que dar el dinero.*

Y ¡cuenten que hay *epidemia* de bolsas y manos cerradas!

¡Dar la razón!

Ahí es nada la generosidad que esa dádiva supone en la mayor parte, y casi diaria en la totalidad del género humano civilizado y..... ¡no digo nada del por civilizar!

Y *dar la razón* a los que están un dedo más alto que nosotros, con prontitud y sinceridad, sin reservas ni recámaras de segundas o terceras intenciones..... ¡heroísmo, heroísmo!

Lo razonable y lo no razonable

Ante todo advierto que el apostolado que ahora

preconizo no es apostolado de dar la razón a troche y moche, ni a ojos cerrados.

El negar la razón a lo no razonable puede ser tan meritorio como darla a lo razonable.

El error, el vicio, el escándalo y lo que envuelve peligro de unos u otros males, expóngase por quien se exponga, por alto que esté y preséntese como se presente, no merece más que esto sólo: desprecio y reprensión.

Pero fuera de lo no razonable ¡cuántas cosas razonables se dicen y hacen por nuestros superiores que no sólo no logran el agasajo de nuestra razón sino que tienen que sufrir el arañazo, el desplante o la burla de nuestra contrariada, mohina y descontentadiza razón!

Y no se diga que son cosas del otro jueves o de las que depende el equilibrio europeo contra las que nos *ensañamos* (ésta es la palabra hartas veces) quitándoles la razón, sino minucias y nonadas y cuando más, manifestación de opiniones o sentimientos personales para las que no nos piden voz ni voto, ni nos dan arte ni parte.

¿No habéis observado, por ejemplo, con qué calor y enfado solemos negar o discutir la razón que nuestro pariente, amigo, vecino y transeunte tiene para ir quejándose o riéndose, vestido de blanco, de negro o de verde, mirando hacia arriba o hácia abajo, diciendo que hace buen tiempo o malo y una lista de etcéteras interminable y de cosas tan *transcendentales* como las de la lista anterior?

Pues bien, si ese prójimo discutido tiene la *suerte* de ser *superior*, ¡que busque impermeable o coraza para defenderse del chaparrón de discusiones sobre sus gestos, dichos, actos, intenciones y hasta asomos de intención!

Yo creo que hay hombres y mujeres para los que el día más feliz de su vida sería aquel en que se convencieran de que en todo el mundo nadie *llevaba razón más que ellos.....*

Una nueva clase de avaricia

Y ahondando un poco en la psicología de este fenómeno tan extendido y tan intenso, de esa fuerte propensión del corazón humano a *quitar* o *no dar razón*, me inclino a establecer una nueva clase de *avaricia, la de no dar la razón*, como la hay de no dar dinero.

Sus leyes

¡Así! ¡leyes ogánicas de avaricia!

En general con más fuerza, tesón y, hartas veces diría, con saña, se niega la razón a un superior que a un inferior, a un superior próximo que a uno lejano.....

Quizás pudiera establecerse una ley parecida a la de la *atracción universal;* como esta se ejerce en proporción directa de las masas e inversa del cuadrado de las distancias, la *avaricia de razón* se ejerce en proporción directa con las categorías e inversa con las distancias; esto es, que mientras

más categoría tiene sobre mí un prójimo, más *ganas* o *más avaricia* me entra de quitarle la razón en cuanto dice, dispone, opina, aconseja o hace y que mientras *más lejos* de mí en tiempo o en espacio está ese superior, *menos ganas* o *avaricia* siento de quitarle la razón.

¿Qué os parece la formulita?

¡Casi, casi estoy por gritar el *Eureka* de Alquimedes al dar con su famosa ley de peso específico de los cuerpos!....

¿Pruebas?

Al alcance de la más modesta fortuna intelectual están cuantas se quieran y del calibre que se deseen.

¿Quién ordinariamente *da* menos *la razón* a un padre o a una madre, que saben y quieren serio de verdad? ¿Los vecinos de enfrente? ¿El barrendero de la calle? ¿Los habitantes de la Luna? ¡Cá! ¡cá! ¡sus propios hijos y sus propias hijas!

Ya pueden esos buenos papás pedir a sus hijos, besos, caricias, palabras buenas y hasta sacrificios de comodidad y de dinero y los obtendrán con facilidad..... ¿pero que les *den la razón* en cuanto les mandan o les prohiben singularmente en puntos de amistades, modas, espectáculos, lecturas?

¡Son tan *antiguos*, tan *maniáticos*, tan *machacones*, tan intransigentes, tan..... nuestros papás!...

¿Verdad, niños y niñas, mozos y mozas?

En cambio los papás y las mamás de los Estados

Unidos y de la gran China ¡qué gente tan razonable! ¿verdad?

Y en vez de papá y mamá, poned Rey, Presidente, Archipámpano, Rector, Superior, Maestro, Jefe de cualquier grado y en vez de hijos e hijas poned los respectivos súbditos y contad que la ley de las masas y de las distancias en la *avaricia de no dar* la razón a los respectivos jefes se cumple en una enormidad de casos por los respectivos súbditos quizás con más exactitud que la misma ley de atracción de los cuerpos.

Jamás se me olvida la frase de profunda psicología en que una gran persona que había ejercido autoridad muchos años condensaba sus experiencias:

— «Mire Vd., decía a un superior que se lamentaba de la indocilidad y dureza de sus súbditos, no se apure, de ordinario para los súbditos *el mejor superior es el* PENÚLTIMO.....!

¿Véis la ley del *cuadrado de las distancias?*...

Un capítulo de cumbres

Suponed que todos los que han sido puestos por Dios para mandar en cualquier orden o esfera de la vida pudieran celebrar capítulo o asamblea con el consabido fin de obtener *mejoras de clase*.....

Como es tan penoso este oficio de mandar a gente tan desmandada como esta inquieta familia de Adán y Eva yo propondría este tema previo: «Declaren

qué prefieren los gobernantes de sus súbditos, ¿su dinero? ¿sus honores y reverencias? ¿sus halagos de buenas caras y palabras dulces? ¿su razón?» y yo estoy seguro, segurísimo de que el *capítulo* se pronunciaría con unanimidad aplastante por esta conclusión: «CON QUE SINCERAMENTE NOS DEN LA RAZÓN nuestros respectivos súbditos, siempre que no conste de modo *evidente* que no la llevamos, tenemos bastante».

¡Pobres superiores, víctimas predilectas de la *avaricia de razón* de sus subordinados...!

¡Y de las uñas y dientes afilados por esa avaricia; y de las babas y salivas por ella envenenadas y escupidas!

¡Pobres buena fama, buenas intenciones, buena fe, buena voluntad de los que mandan, condenadas a arañazos y mordiscos perpetuos de sus avaros súbditos!

El remedio

Contra el mal del amor propio, que no es otro ese taimado y levantisco *Avaro en dar razones*, el remedio de la justicia, el de la caridad y el de la humildad de un corazón sinceramente cristiano y piadoso.

Y ante mi afán desordenado de comentar en público o a mis solas cada orden, precepto o consejo del que está sobre mí o junto a mí con el gesto de la desconfianza o de la rebeldía, la mueca de la burla o del ridículo, con la palabra de la duda, dis-

cusión o tergiversación de las intenciones rectas... frente a ese afán inconsiderado y temerario de mi amor propio, la inclinación habitual de mi espíritu a aceptar *generosamente* la determinación, el consejo, el aviso, el ruego de mi superior.

Las leyes del remedio

Como es natural, han de ser a la inversa de las del mal que se trata de curar.

Si la *justicia* me dice que mi superior tiene más asistencia de Dios y más abundancia de elementos de juicio para acertar mandándome, que yo para censurarlo, a *más categoría* sobre mí, más generosidad en darle la razón.

Si la *caridad*, que debo a los que, como superiores hacen de padre conmigo, me dice que se duele y se resiente harto con las discusiones, riñas y recelos de mi inconsiderado y altanero proceder, de quitar la razón a los que tengo más cerca, la misma caridad me pide que a *más proximidad menos avaricia* en dar la razón.

La *humildad*, por último, me dice que debo recelar siempre de mi propio juicio y por consiguiente, fuera de los casos en que tengo certeza sobrenatural o natural, no romper lanzas con altos, bajos ni iguales por quitarles su razón o imponerles la mía.

Apostolado menudo

llamé a este principio y tentado estoy de elevarlo a *grande, inmenso*, al cerrar estas reflexiones.

¡Cómo están pidiendo a gritos la paz de los pueblos, de las familias, de las Comunidades, Hermandades y Agrupaciones de hombres y la amistad de los corazones y el buen orden de la vida la intervención y multiplicación de los *Apóstoles de dar la razón* y por medio de su apostolado el apaciguamiento, el consuelo, la rehabilitación, la concordia, la cordialidad de las almas heridas y lastimadas por esta funesta *avaricia de no dar la razón* al que manda!

Corazón de Jesús, tan generoso en dar la razón al César en lo que es del César y tan sereno y apacible en negarla en lo que no lo es, multiplica entre tu pueblo los menudos apóstoles de dar la razón al que en tu Nombre manda...

XIV El apostolado del Amén

«No se debe hacer lo que es malo por ninguna cosa del mundo, ni por amor de alguno; mas por el provecho de quien lo hubiere menester, alguna vez se puede interrumpir la buena obra o también emprender otra más perfecta.

De esta suerte no se deja de obrar bien, sino que se muda en mejor.»

(Imitación de Cristo, lib. I, cap. XV.)

Apostolado bueno

Este sí que es el apostolado de las tres B: ¡Bueno, bonito y barato!

Bueno, como fundado, adornado y aliñado con la caridad humilde del que ríe con los que ríen, llora

con los que lloran, arde con los que se queman y está presto a sufrir cualquier quebranto por no dárselo a su prójimo.

¡Vaya si es bueno pasarse la vida repartiendo *amenes* a amigos o enemigos, conocidos o desconocidos, altos o bajos y con todos los que hayamos menester tratar sin más límites que el que la justicia marca!

El *apostolado del Amén* es tener para todo gusto lícito del prójimo que tratamos, para toda opinión en materias opinables, hasta para cualquier capricho inocente o indiferente, un *amén* de apacible, cariñosa y sincera conformidad o deferencia respetuosa al menos.

Y esto por una doble razón, de justicia, la una, y de caridad, la otra.

Por justicia yo no debo oponerme a los gustos, opiniones y aun caprichos no malos de mi prójimo y además obligarle o forzarle a que acepte los míos, que es en definitiva a lo que tiende toda discusión o diatriba, porque ni Dios ni autoridad ninguna me han impuesto ese deber; pues se trata de personas sobre las que no tengo obligación de ejercer el oficio de corrector o educador y de cosas que en definitiva pueden ser como las ve mi prójimo y no como yo las veo y juzgo; y por caridad, conforme al viejo refrán de que «más se alcanza con una dedada de miel (que a eso equivale la condescendencia de mi amén) que con una cuba de hiel» (que

no a otra cosa vienen a parar las discusiones de los gustos y opiniones de los que trato).

Apostolado bonito

Por las fealdades que impide y por las bellezas que aporta.

Fealdades: ¿Han visto Vdes. una cosa más fea que una cara iracunda o descompuesta por una discusión?

Yo recomendaría a los aficionados a salirse con la suya a todo trance y a fuerza de notas altas y caras feas, el uso de un espejito de bolsillo para estos casos ¡les auguro el remedio eficaz!

Y si la cara se pone tan fea y a su vez es el espejo del alma ¿me queréis decir cómo se pondrán las almas de los porfiados y tercos mantenedores de sus pareceres y opiniones? ¡No hay placa que resista esa fotografía!

Bellezas: En cambio ¡qué irradiación de paz, dominio de sí mismo, caridad atrayente y simpatía proyecta el amén prodigado afable y discretamente a esos mil tropiezos que el genio, los nervios y el amor propio de los demás nos regalan cada día, y cuando la naturaleza del tropiezo no lo permita sin mengua de nuestra conciencia, un gesto, al menos, que expresando la disconformidad, insinúe deferencia y respeto al contrario!

Todo lo que de atracción, bondad y hasta acatamiento pone esa prodigalidad del amén para con

los prójimos que tratamos, pone de repulsión, sino de grotesca ridiculez, el *pero* o el *contra* de los eternos contradictores.

Estos están para siempre ridiculizados en esta frase: Señores, señores,—se supone que dicen al llegar a cualquier reunión de conocidos,—que yo digo lo contrario de lo que Vdes. estaban diciendo... ¿qué decían ustedes?...

Y Apostolado barato

Tan barato, que al paso que otros apostolados exigen hacer o decir algo, este del *amén* precisamente exige lo contrario: *no hacer y no decir.* ¿Cabe más economía de fuerzas, tiempo y dinero?

Ahora, que como este no hacer y no decir lo impone no la *comodidad* de no molestarse por nada ni por nadie, ni la *complicidad* cobarde o interesada del que se busca a sí mismo, ni la *bonachonería* de pasar por todas, sino la *caridad* que ante todo ha de ser *paciente* y *benigna*, como la definió San Pablo, ese *no hacer* y *no decir* de nuestros *amenes*, si es verdad que no cuesta fuerzas, ni saliva ¡vaya si cuesta a las veces tragar de ésta y violentar aquéllas para que no se nos ponga la carita propia del espejo de marras!

En suma

Que si muchos *amenes* de oraciones al cielo llegan, según reza el adagio, muchos amenes de

estos vencimientos propios, por caridad a nuestros prójimos, a éstos y a nosotros al cielo pueden llevar.

Un reparo

¿No podría Vd. darnos una regla del uso de estos amenes para que no degeneren en complicidades culpables?

Sí, amigos: mientras nuestros amenes no se opongan al *Amén* que rezamos después del «Credo» y del que rezamos después de los «Mandamientos» ¡echen Vds. amén a opiniones, gustos, caprichos y hasta majaderías de sus prójimos! ¡Sin miedo y por caridad!

¡Amén!

NOTA: Ved. *Apostolado de la media vara.—Tres tipos de apostolado popular. — Apostolado del aceite.*

(GRANITOS DE SAL.—2.ª serie).

ÍNDICE

JESÚS CALLADO O LA EUCARISTÍA ESCUELA DEL SILENCIO.—Cartilla para aprender a callar. Librito de bolsillo. - 150 páginas. - En tela, 2 pesetas.

FLORECILLAS DE SAGRARIO O EN BUSCA DEL ESCONDIDO.—356 temas de conversaciones o meditaciones para reuniones, viajes, visitas al Sagrario y conquistas de almas. - 205 páginas. - 4.ª edición. - En tela, 2 pesetas. En rústica, 1,50.

SEMBRANDO GRANITOS DE MOSTAZA. Notas del gran mundo de la gente menuda. Los niños revelando su alma y los modos de cultivarla, 284 páginas.—En cartoné, 2 pesetas.

PARTIENDO EL PAN A LOS PEQUEÑUELOS.—(5.ª edición). Pedagogía práctica o modos de llevar a los niños al conocimiento, amor e imitación del Corazón de Jesús que vive en el Sagrario. - Encuadernado en cartoné, portada a dos tintas, 270 págs., 1,75 ptas.

NUESTRO BARRO. — Avisos y ejemplos para hacer santos, a pesar de él. - 1,50 pesetas.

MANUAL DE LAS MARÍAS. - Libro tan imprescindible para las Marías de los Sagrarios-Calvarios, ve sucederse sin cesar las ediciones. - 11.ª edición. - a 1,25 en tela y 0,75 en rústica.

MANUAL DE LOS DISCÍPULOS DE SAN JUAN.—En tela, al mismo precio. - 2.ª edición.

EL ABANDONO DE LOS SAGRARIOS ACOMPAÑADOS. (5.ª edición.) - Sugestivo librito revelador de los abandonos más insospechados y menos reparados de Jesús en su vida eucarística. - 106 páginas. - Encuadernado en tela, 1,50 pesetas.

APOSTOLADOS MENUDOS.—Recetas para ser apóstol perenne a poca costa. - 1.ª serie, 5.ª edición, 150 páginas. - En cartoné, 1,50 pesetas.

ARTES PARA SER APÓSTOL COMO DIOS MANDA. (2.ª serie de «Apostolados Menudos»). - 155 páginas. 1,50 pesetas.

ARTE Y LITURGIA.—En él se estudia el arte y la liturgia en sus mutuas relaciones y también la Pedagogía de la Misa. - Encuadernado en cartoné con grabados en el texto, 165 páginas. - 1,50 pesetas.

PIA UNIÓN DE LAS TRES MARÍAS DE LOS SAGRARIOS - CALVARIOS. — (8.ª edición). - Organización y espíritu. - En tela, 1,50. - En rústica, 1 peseta.

LA GRACIA EN LA EDUCACIÓN O ARTE DE EDUCAR CON GRACIA.—Encuadernado, 2,50 pesetas.

EL ROSARIO SACERDOTAL, ó los gozos, dolores y glorias del Sacerdocio en Jesús, en la Madre Sacerdotal y en el Sacerdote. - Encuadernado en tela y con grabados, 2 pesetas.

CARTILLA DEL CATEQUISTA CABAL, ó los Catequistas que hacen falta. - En rústica, 0,75.

Precio de toda la colección: 35 pesetas.

Descuento según el número de ejemplares pedidos.

FOLLETOS

«¡Todos Catequistas!», 0,10. - «El Corazón de Jesús al corazón del Sacerdote», 4.ª edición, 0,25. - «El decrecimiento de las vocaciones sacerdotales y sus causas» 0,25.

HOJITAS DE PROPAGANDA

NO SE SIRVE MENOS DE UN CIENTO DE CADA CLASE.

A 2 pesetas el 100 y 18 el millar.

Fin de año, (examen de conciencia.) - El Padre nuestro de los cinco minutos. - Alabanzas y desagravios a la Sma. Virgen. - ¿Qué son las Marías? - Indulgencias por la compañía a Jesús Sacramentado. - Por el honor y desagravio de la Comunión diaria y frecuente.

A 1,50 el 100 y 13,50 el millar.

Una hora ante el Sagrario. - Carta a mi condiscípulo el señor Cura de..... - Carta a una Religiosa y a muchas. - Una lección de Geología espiritual. - ¡Marías, hay que hacer locuras! - Ejercicios del cristiano: oraciones de la mañana y noche. - Carta a un Cura novel. - Apostolado del Aceite.

A una peseta el 100 y 9 el millar.

Mi Sagrario. - ¿Todos son triunfos? - Fragmento de una conversación del Corazón eucarístico de Jesús.— Oración para ofrecer la visita. - Las golondrinas de los Sagrarios.

HOJAS EUCARISTIZADORAS

Núm. 1, Los Discípulos de San Juan. - 2, Mi Comunión de María, (Ante el Portalico). - 3, Mi C. de María, (Negaciones de Jesús). - 4, Mi C. de María, (Tiberiades). - 5, La Queja. - 6, El Evangelio vivo. - 7, Pan vivo. - 8, El Maná escondido. - 9, La Ascética de la Misa. - 10, Avisos a las señoras. - 11, El abandono de la Liturgia de la Comunión en el vestir. - 12, Apostolado de las enhorabuenas. - 13, Apostolado de la piedad casera. - 14, Apostolado del amén. - 15, Apostolado de las dos varas. - 16, Modo de acompañar al Corazón de Jesús en el Santo Rosario. - 17, Apostolado de la sonrisa. - 18, Apostolado de dorar espaldas. - 19, A las muchachas divertidas. - 20, Quiénes no deben ser Marías. - 21, La vida de la María. - 22, Preces para el fomento de las Vocaciones eclesiásticas.— 23, Niños Reparadores.

Pídanse a la Admón. de EL GRANITO DE ARENA

Santo Domingo de Guzmán, 17 y 19.

PALENCIA






D·D· Emmanuel· Gonzales· et Garcia· Dei· et A· Sedis· G· Episcopus· Malacitanus


D·D· Emmanuel· Gonzales· et Garcia· Dei· et A· Sedis· G· Episcopus· Malacitanus

Manuel González

Obispo de Málaga

Apostolados menudos

Albéniz

1.ª SERIE

Manuel González

Obispo de Málaga

Apostolados menudos

Albéniz

2.ª SERIE

Manuel Gonzalez
Obispo de Palencia



Apostolados menudos

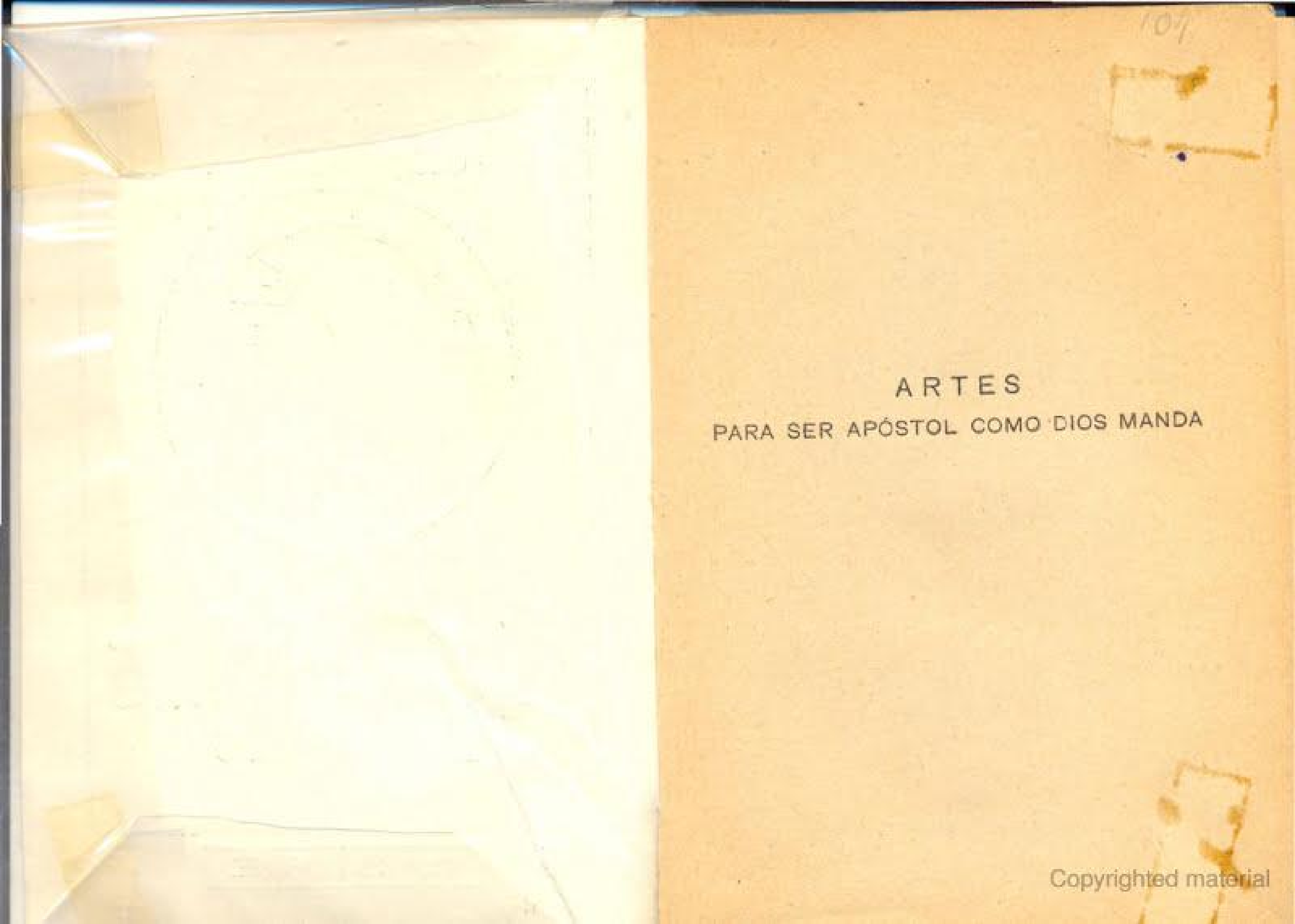
1.ª SERIE

Manuel Gonzalez
Obispo de Palencia



Apostolados menudos

2.ª SERIE



ARTES

PARA SER APÓSTOL COMO DIOS MANDA

MANUEL GONZÁLEZ

OBISPO DE PALENCIA (antes de Málaga)

Artes

para ser apóstol como Dios manda

(Segunda serie de "Apostolados Menudos")

TERCERA EDICIÓN

1938

Biblioteca de "El Granito de Arena"

PALENCIA

IMP. URANIA - MOSQUERA, 9. - MÁLAGA

Artes para ser Apóstol como Dios manda

¿ARTES...?

Vacilante he andado, queridos amigos, en llamar así o *Apostolados menudos* a secas, esta segunda parte del librejo mío que por esos mundos de Dios vuela con este segundo título, y aunque me he decidido por el primero, no quiero sentarle partida nueva de bautismo ni separarlo de su padre, que tal proceder no sería de cristiano ni de bien nacido.

No temáis, sin embargo, que al preferir para el hijo ese título de *Artes...* que huele a algo de industria o apaño humanos, he olvidado lo sobrenatural de los principios, medios y fines del apostolado en que tanto y tan machaconamente insistió el padre y que, por consiguiente, os vaya a dar en el presente unas recetas de polvos de *Madre Celestina*, o de condumios de *Fierabrás* para obtener infaliblemente toda suerte de triunfos apostólicos y deshacer todo encantamiento o mala ventura del enemigo de todo apostolado, el demonio.

Tampoco cuquerías

Y con toda la prisa que me permita la agilidad de mi pluma, salgo al encuentro del reparo, que pudie-

ra venir a las mientes de algún curioso lector, es a saber: que el arte o las artes que aquí trato de encarecer para atraer y ganar almas no tiene el menor sabor a *cuquerías* interesadas o a medros personales mal avenidos con la lealtad y desinterés que deben brillar en las obras y en la intención de todo buen apóstol, chico o grande, de Jesús.

Ni cucos, ni bobos,

No, no, amigos queridos, yo no quiero devotos *cucos* para lo suyo ni para lo ajeno; pero tampoco quiero devotos *bobos* que no sepan por donde andan ellos ni por donde vienen sus enemigos.

Quiero apóstoles, sean sacerdotes, o seglares, condimentados con la sencillez de la paloma y la *prudencia* de la serpiente, como los quería el Maestro, porque sólo cuando tienen el condimento en punto, están en condiciones de practicar las difíciles *artes* del apostolado.

Arte de artes

Si San Gregorio el Grande llamó Arte de artes el gobernar a las almas y todo arte por desmedrado fin que tenga exige aprendizaje, ¿cómo no lo ha de exigir el arte de las artes de arrancar almas y pueblos de las garras del demonio, del mundo y de la carne, entregárselas a Dios y conservarlas a El unidas, que es toda la obra del apostolado católico?

Escuelas de Bellas Artes abren por doquier los

Estados modernos para enseñar artes, que por muy bellas que sean, tienen fines humanos.

¡Vaya si hacen falta aprendizaje y escuelas para el arte, el más bello y bueno y alto de todos los artes, del apostolado!

¿Pero hay artificio al que no hayan echado mano los enemigos de Dios y de las almas para atraer y retener a estas en frente de Aquel?

¿Qué resorte de arte, de ciencia, de pasión, de placer, de vanidad, de comodidad, de ilusión dejan de tocar para atraer y aprisionar y enloquecer a las almas?

¿Por qué los amigos de Dios y de las almas no han de poner en juego, para impedir y destruir aquella acción, juntamente con los auxilios sobrenaturales de fe, gracia y caridad, todos los naturales de talento, ingenio, imaginación y toda clase de influjo humano honrado?

¡Plegue al Espíritu Santo, que debe ser el único espíritu de todo apóstol, echar a volar con un soplo suyo estas paginillas para que produzcan muchos *apóstoles con arte y muchos artistas del apostolado...!* ¡y no como los forja el falso celo del amor propio...! sino *¡como Dios manda...!*

Para la segunda edición

Plugo al Espíritu Santo echar a volar este librillo, como le pedía en la 1.ª edición, y sé que muchos ejemplares encendieron fuego de apostolado en no pocas almas, como también sé que un buen montón de ellos fué pasto del incendio que destruyó mi Palacio y todas mis cosas en la noche sacrílega del 11 al 12 de Mayo del año que acaba de morir.

Vuelvo a pedir al Espíritu Santo que sople sobre estas paginillas y a la vez que las haga volar, apague los fuegos del odio a Jesús y encienda y avive los del amor a El.....

Ronda, Vigilia de la Epifanía 1932.

† M. G., O. de M.

Para la tercera edición

Nuevos fuegos en la invasión de la horda de 1936, volvieron a quemar una buena parte de la segunda edición.

En *venganza* ¡allá van para abrasar en llamas de amor!

† M. G., O. de Palencia.

1938.

Arte de sacar partido apostólico de todo

Un ejemplo

de este arte, aunque en otra esfera de acción, explicará mejor que una definición de escuela lo que yo entiendo por él.

Lo tomo de la vida de las Hermanitas de los Pobres. Visitad cualquiera de sus casas y uno de los pormenores que os interesará más agradablemente será la falta de *uniforme* de asilo.

Allí veréis ancianos vestidos con los trajes más variados: desde la correcta levita y el atildado chaleco de piqué hasta la blusita modesta del artesano, desde la empingorotada chistera o empinado *bombín* de la *penúltima* moda hasta el gorro de dos picos de los quintos del tiempo de Castelar.

Y lo propio digo de las ancianas: un pintor de costumbres puede sacar de ellas modelos de todas las vestimentas y modas de un siglo para acá.

¿El secreto?

La caridad ingeniosa de las Hermanitas, que sabe a las mil maravillas el *arte de sacar partido* de las prendas usadas, pasadas de moda, o retiradas de la circulación por cualquier motivo, que les dan

sus bienhechores, para elaborar con ellas esa variada indumentaria de sus ancianos y saciar de esta suerte el deseo muy legítimo de cada cual de vestir como siempre vistió, y, si cabe, un poquito mejor.

¡Cuántas veces he presenciado gozando esas transformaciones de prendas y de personas!

Que no solamente con este arte *sacan partido* las Hermanitas de los trapos, sino del carácter y del espíritu del ataviado con ellos.

¡A cuántos ancianitos y ancianitas muertos en sus ilusiones y en su espíritu he visto *resucitar* con sólo pasear y lucir esas *galas*, recuerdo, y en la apariencia al menos, continuación de tiempos mejores!

La aplicación

Hagamos eso mismo en favor de las almas.

Pongamos los apóstoles grandes y chicos a contribución y hasta en aprieto las sutilezas de nuestro ingenio, las delicadezas de nuestra caridad y los resortes de nuestro celo a fin de sacar partido en favor de nuestras ovejas de todo lo que nos rodee.

Toda persona, todo acontecimiento y toda cosa que de algún modo nos atañe, por muy malos que sean o se presenten, siempre tienen algo bueno, o al menos algo aprovechable.

¡Qué campo tan dilatado se abre ahí a la práctica de ese arte!

¡Qué fecunda labor para el celo de un apóstol, de un Párroco! Sacar partido en favor de las almas lo mismo de la generosidad de sus feligreses que de

su tacañería, de su buen genio como de su mal humor, de sus adhesiones como de sus rebeldías, de sus riquezas como de sus escaseces, lo mismo del buen tiempo como del malo, de la guerra como de la paz, de los triunfos como de las derrotas, de las caras buenas como de las de perro..... de todo.

¡Feliz el Apóstol que hace de su celo varita mágica que saque bienes de las cosas malas!

Y no creed, amigos míos, que esté soñando en cuentos de encantamientos, que estoy hablando de cosas reales y verdaderas que nosotros los hombres de las almas, podemos obtener si queremos de verdad.... ¿Que cómo?

El modo

Los ingredientes que, según mi pobre caletre, disponen a las mil maravillas para el recto ejercicio de ese arte son los siguientes:

Límpiese el *recipiente* de todo *amor propio*, y de sus raicillas y frutos, como dureza de juicio y de corazón, rarezas, caprichos, exagerado apego de la propia dignidad, de los cuartos y de los derechos, celos, etc., etc.: métase en la cabeza, y bien metido, este principio de S. Pablo: *Diligentibus Deum, omnia cooperantur in bonum:* (Para los que aman a Dios todo se convierte en bien), métase muy adentro del corazón aquel otro de Ntro. Señor Jesucristo: *Bonus pastor animam suam dat...* (El buen pastor da su vida por sus ovejas), con la tra-

ducción legítima de que si debe darse la vida, que es lo más, deberán darse el trabajo, el sudor, el ingenio, el dinero, la paciencia, la buena cara, el buen modo, que es lo menos; póngase de espuelas a la voluntad el *posui vos, elegi vos, ut eatis...* (Yo os puse, os elegí, para que vayáis), avívese la esperanza con el *confiditi ego vici!...* (Confiad, yo vencí el mundo), arrímense todas las dudas, vacilaciones, decaimientos, frialdades, desencantos, pesimismos al calor y a la luz del *omnia possum in eo!....* (todo lo puedo en El), tómese por norma única de procedimiento el *omnia omnibus factus* (hacerse todo para todos) y hágase circular por el alma y los nervios y la sangre el *aire de la Hostia callada*, de la Misa y del Sagrario, y todo esto, reunido en un operario evangélico, hará de él

El gran artista

1.° Con valor para todo.

2.° Que en definitiva vence siempre.

3.° Que siendo pobre, enriquece a muchos; siendo cordero, domina a los lobos; viviendo entre angustias, reparte consuelos; siendo flaco, confunde a los fuertes.

4.° Que cuando todos se van para no volver, él siempre se queda.

Y 5.° Que nunca está más cerca del triunfo, que cuando está más clavado en la cruz o más guardado por sus enemigos en el sepulcro.

¿No es ese el sacerdote y no es esa su obra

cuando tiene fe en su sacerdocio? ¿no es ese el apóstol?

Tan cierto es eso, que hasta nuestros adversarios lo afirman, si nó con sus palabras, que a tanto no se atreven, al menos, con sus obras.

¿Cómo? Con su odio al sacerdote y al apóstol: ese odio que no se parece a ningún otro odio de los que se guardan los hombres, que es un odio *sobrehumano*, más que odio es *miedo* al poder del sacerdote, es la *fe* de los demonios en la invencibilidad del sacerdote y de los que de algún modo participan de su apostolado...

¿Quién podrá contra él?

¿Y no es cosa triste que hombres que pueden tanto se acobarden o se enfurezcan, se retiren o se desesperen, porque un pobre monterilla o un pobre escritorzuelo lo hega blanco de sus furores o denuestos, o porque un pobrecillo señorón o señorona le amenacen con retiro de sus favores, o porque unos pobrecillos, más ignorantes que malos, lo tomen a burla y a chacota, o porque el pobrecillo rebaño de la Parroquia se obstine en no venir y en quedarse lejos?...

¿No creéis que sería más práctico, seguro y eficaz, que ese afligido hermano *dejara pasar la hora de los pobrecillos* que ciertamente pasará y esperára en paz, *la hora de Dios*, que infaliblemente llegará?

Y no ciertamente allá sólo en el día del juicio, sino antes, aquí en la tierra, en el mismo lugar de los

agravios y de las humillaciones y de las esterilidades aparentes, vendrá esa *hora de Dios*, que es la hora del triunfo de sus Ministros.

La fórmula

de *este arte de sacar partido* de todo podría ser: si las personas o cosas, que me afectan, son *malas* o *indiferentes*, procuraré aprovechar lo *bueno* que tengan, que siempre algo tendrán, y con mi trabajo, industria y confianza en el Corazón de Jesús que se hagan buenas; si son *buenas*, contaré que, aun así, tienen su parte flaca por ser humanas, y por lo tanto, aguantaré ésta y aprovecharé lo *bueno*. Y en todo caso por *lo menos*, sacaré estos *tres partidos buenos;* un *poquito* de gloria a Dios, otro *poquito* de bien para mi alma y otro, a pesar de ellas mismas, para las almas por las que he trabajado.

¡En el servicio de Dios y de las almas, nunca se trabaja en vano!

II

Arte de hacer la guerra apostólica en paz

¿Sabéis lo que quita a los apóstoles grandes y menudos la paz y los cruza de brazos, y los envuelve en el más agrio y negro pesimismo y frustra por consiguiente todo el *buen partido* que podrían sacar de las circunstancias de que Dios los rodea?

Quiero señalar singularmente:

El mal de la prisa

Sí, parece por nuestras inquietudes por el buen éxito, y nuestros miedos al fracaso, que tenemos más prisa que Dios en salvar las almas e impedir el mal de estas, y en traer su reinado a la tierra.

Creedme, que habría mucho que escribir, y que hablar *del mal de la prisa.*

Y ahí está la explicación de muchos fracasos de excelentes proyectos y de gestiones por otra parte muy laudables.

Buena lección sobre ese mal nos da el Evangelio de la *cizaña.*

¿Recordáis la *prisa* inconsiderada de los operarios en arrancarla y la *calma prudente* del Amo en

dejarla crecer hasta la siega, no ciertamente por amor a la cizaña sino al trigo?

Y a propósito de este Evangelio, que yo llamaría fundamental de la vida apostólica ¡qué poco lo meditamos los apóstoles! y por esto ¡cómo se nos achican los horizontes y encoge el corazón!

A estas prisas, *no en el trabajar*, que en esto no cabe tasa, *sino en el esperar*, hay que atribuir no poco malogro de fruto, de trabajo, de sacrificio y hasta de gracia de Dios.

En cambio a los que esperan sin prisa, a los que como los buenos israelitas hacen *la guerra en paz* ¡qué sorpresas tan agradables les reserva el Señor de conversiones inesperadas, de trueques imprevistos, de facilidades no soñadas, de auxilios no vistos venir, de triunfos reales hasta entonces imaginarios!....

¡Dios mío, Dios mío, qué cerca y qué bueno se te siente en esos momentos!

Y no vayáis a creer que son raros esos regalos o que los reserva el Amo para el día de la siega total o sea el día del juicio, no, amigos, que entra muy dentro de sus planes de gloria para El y de salvación para las almas, hacer sentir con frecuencia en la tierra, que *El es Dios* y que *El está con sus apóstoles*.

¡Apóstoles de Dios! Razón tienen para temerles los amigos del demonio tanta como sinrazón para desanimarse y acobardarse los que llevan esa altísima representación!

Contra esa prisa por el fruto que impacienta, desconsuela, desanima, entristece y seca, sea nuestra consigna: *trabajar a prisa pero sin precipitación y esperar en paz.*

Y dejad que los de enfrente y quizás los mismos de casa os llamen *loco* o *cuco*; que el Angel de vuestra guarda os llamará delante de Dios con vuestro nombre propio, de apóstoles buenos de Jesús.

Remedios al mal de la prisa

Al apuntar el nombre y la existencia de un mal en el que, muy pocos paran mientes jamás, el *mal de la prisa*, tengo como vulgarmente se dice, tela cortada para rato.

¡Hay tanto que hablar de ese mal o enfermedad en que por igual caen o están expuestos a caer los operarios de la Viña del Padre celestial tanto los activos como los perezosos!

Sí, amigos míos, unos y otros; los activos porque confunden frecuentemente la actividad con la precipitación, y los perezosos, porque quizás el afán de acabar pronto para descansar más, o el empeño de cohonestar ante ellos mismos su indolencia con una actividad que les cueste poco, les hace acometer a la par, con prisa desmedida, muchas obras para no acabar ninguna.

Creedme, aunque os parezca una paradoja, con ser tantos los estragos que en los *activos* hace la prisa, los hace mayores entre los *perezosos*.

Conozco varios remedios y todos contrastados por la experiencia ajena o propia.

Expondré en el que tengo más confianza y el que positivamente, cortando el paso a la prisa, robustece y multiplica la actividad, perfumándola por añadidura con las ricas esencias de una inalterable paz.

Mi teoría

Todos los Sacerdotes y hombres de acción somos *operarios* destinados por misericordioso designio del Padre de familias a cultivar su heredad, que son las almas, empezando por la nuestra...

En esa heredad, a usanza de todos los campos, se puede trabajar por uno de dos procedimientos: *a jornal* o *a destajo*.

Los que entienden en estos achaques agrícolas, a pesar de la antigüedad de estos usos, no se han puesto aun de acuerdo sobre qué modo es más conveniente, tanto para el amo como para el obrero.

No me toca a mí dirimir esa contienda, pero sí tener para mi gobierno y decíroslo por si lo queréis tomar para el vuestro, que al Amo nuestro y a nosotros y a la heredad misma le trae más ventajas el trabajo a *jornal que el por cuenta* o *a destajo*.

Cierto que éste con la ganancia de mayor lucro y de más pronto descanso, despierta y desarrolla más vivamente el interés y la actividad del obrero,

pero, aparte de que este interés y afán por hacer mucho en poco tiempo no siempre andan a la par con la buena calidad del trabajo realizado, envuelven también el peligro de separar con incomunicación de egoísmo al obrero del amo y a éste de aquél.

Toda la relación de un amo con un destajista suyo es esta: ajustar el precio y pagarlo; y toda la relación de éste con aquél es: cobrar su ajuste y..... volver las espaldas.

Cierto también que el *jornalero* está más tentado, por la seguridad de su jornal, *a dejarse ir* o *a hacer que hace* y de esta manera sacar su salario con poco esfuerzo propio y harto daño de la heredad; pero ¿no está salvado o contrarrestado este peligro, supuesta desde luego la buena voluntad de ambos, con la ventaja para el obrero de ganar su jornal con el trabajo que *buenamente* puede dar en la jornada y con la satisfacción para el patrono de verse servido cada día en la manera que mejor va conviniendo a su finca?

La aplicación de la teoría

Supongo desde luego en el espiritual operario *intención recta*, o sea, de trabajar por Dios o por la paga que da.

Trabajar en nuestro ministerio a *destajo* o *por cuenta* es tomar por *fin inmediato* del trabajo el hacer *obras completas;* (luego explicaré lo que entiendo por esto). Trabajar *a jornal* es hacer cada

día y cada hora lo que el Amo nuestro nos va pidiendo sin preocuparnos de la *obra total* y sin pretender otro salario que el de verlo contento.

La diferencia principal entre uno y otro modo de trabajar, más que en la *obra* exterior, está en el modo de verla y de orientarla.

Uno y otro operario mira a Dios, es verdad, pero a *distinta distancia;* mientras el *destajista* lo mira cada *temporada*, o sea, cuando acaba la *obra contratada*, el *jornalero* lo mira no sólo cada día, sino *cada hora* para ir recibiendo de esa mirada la dirección del trabajo que hay que hacer y la aprobación del que queda hecho.

El uno pondrá en su obra, es verdad, todo el interés y toda la actividad de su amor propio por ser *cosa suya*, pero también encontrará en ella por el mismo motivo más ocasiones de engreimientos, si gana, y de desalientos, si pierde.

El otro quizás haga menos *obra material* o exterior, porque ¡triste cosa es! no siempre nos dejamos mover con la misma intensidad del amor de Dios como del amor propio, pero la que realice será más sólida, recta y fecunda que la primera.

No quiere decir ésto que al *jornalero* esté prohibido hacer *obras completas*, sino sólo el proponérselas como *fin inmediato*, para que de este modo se cierre todo peligro de que se atribuya el mérito, la gloria, el acierto, el triunfo de la obra acabada al *jornalero* que la ejecutó, sino al Amo, al querido Dueño de la heredad que la dirigió.

Un ejemplo

que rodee de la claridad posible estas distinciones que a alguno quizás parecerán excesivamente sutiles.

Encargan a un Sacerdote de la predicación de una novena, del arreglo de una Parroquia, de la conversión de un alma, de la dirección de un negocio difícil.

Suponiendo en él desde luego el deseo de prestar ese servicio, porque Dios se lo manda y para gloria de El, puede hacerlo de uno de estos dos modos:

1.° Echando sobre sí, no sólo todo el *trabajo* en aquella obra, sino *todo el cuidado* de su dirección, de sus averías, peripecias y accidentes, y buscando como *paga inmediata* la satisfacción de verla acabada. Esto es trabajar *por cuenta propia* ¿no es verdad?

2.° Tomando para *sí sólo el trabajo*, dejando para Dios el *cuidado* de la dirección, y de la defensa contra todos los accidentes que puedan sobrevenir y no queriendo otra *paga* que el gusto de sentir contento *cada hora* a su Amo.

Esto es trabajar *a jornal*.

Es decir

Que el uno dice en el desempeño de sus ministerios: la *gloria* para Dios, el *trabajo* y el *cuidado* para mí.

Y el otro: Para Dios la *gloria* y *el cuidado* de mis obras, para mí el *trabajo*.

¿Cuál de los dos está en lo cierto?

Mi respuesta es que *ensayen* el segundo de los procedimientos, y la paz, la fecundidad y la dulce seguridad que vendrán sobre vuestros trabajos os traerán a la memoria para perpetuo recuerdo y al

corazón para agradecimiento perenne la palabra de los Salmos:

Jacta super Dominum CURAM TUAM.....

Y ¡echad sin miedo cuidados al Señor que ya veréis con qué rumbo cumple el

Ipse te enutriet y *el non dabit fluctuationem!...*

(El te alimentará y no dejará fluctuar al justo).

La práctica del Maestro

¡Qué soberana lección para moderar esa *prisa* de hacer obras *completas pronto*, de sembrar y cosechar enseguida, nos da el Maestro!

A pesar de la necesidad urgentísima que el mundo tenía de oir su palabra y ver sus ejemplos y de ser redimido, de sus treinta y tres años de vida mortal entre los hombres, dedica *treinta* al cumplimiento *silencioso* de la Voluntad de su Padre en una vida totalmente oculta y anónima y sólo *tres*, y no completos, a vida pública. Y como cosecha *visible* de aquellos treinta años de oblación en silencio y de estos tres de milagros y beneficencias y predicaciones y sacrificios imponderables, le quedan a la hora de su muerte, al pie de su Cruz, su Madre, unas piadosas mujeres, un discípulo fiel y un ladrón convertido...

Y ahora, en su vida eucarística, de la *siembra en* silencio de Hostias consagradas en miles y miles de pueblos y en millones de almas ¿qué cosecha recoge? y las que recoge ¿a qué plazo muchas?

Paciencia incansable de Jesús desairado, abandonado, profanado en miles de sacrilegios ocultos cuánto enseñas al sembrador de tu doctrina!

III

Arte de tratar gentes a la apostólica

Este tan difícil arte, que algunos confunden con la manoseada *gramática parda*, se aprende y practica con sólo saber defenderse del mal de la *acepción de almas*.

Como no he olvidado del todo mis hábitos escolásticos, voy a proceder, *por partes* como allá.

¿Qué es la acepción de almas?

Según el Diccionario de la Lengua, «acción de favorecer o inclinarse a unas personas más que a otras.»

Y aunque apenas me llamo Pedro, ni me meto en menoscabar los respetos del Diccionario, atrevome sin embargo, a ampliar esa definición con el sentido que así la Sagrada Escritura como los escritores y Códigos antiguos dan a esa frase: Acepción de personas es acción de favorecer a unas personas más que a otras por *desigual* e *injusta* aplicación de la ley, a sabiendas y cediendo al influjo de ciertas presiones o de ciertos motivos personales, como simpatía, odio, envidia, ambición, etc.

Aplicad esto al gobierno y trato de las almas

y tendréis explicado el *quid sit* de la *acepción de almas*.

Podría decirse que es el trato y aprecio *injustamente desigual* de las almas.

Y subrayo esas dos palabras, porque confieso de plano que no toda desigualdad en el trato y aprecio de las almas es acepción, sino sólo la injusta.

Ni todas las almas *necesitan* el mismo cuidado, ni *se merecen* el mismo cariño, aunque sí todas necesitan cuidados y merecen cariño.

¿El orden de preferencia?

Ya lo he indicado: el que establezcan la *necesidad* o el *mérito*, pero entiéndase bien, en el orden *espiritual*, puesto que estamos hablando de almas.

El ser más rico, más simpático, más poderoso, más elegante *no deben* ser nunca razones de preferencias de *almas* porque son todas de orden profano o temporal: en cambio el ser más bueno, más débil, más tentado, más fecundo para el bien, más desamparado, más ilustrado o más ignorante, más dócil, o más rebelde, etc., sí son razones adecuadas de esas preferencias.

Ahora para entender mejor el mal de la *acepción de almas*, voy a permitirme responder a esta pregunta:

¿Qué es un apóstol?

El apóstol es el *hombre de las almas*.

Para eso y sólo para eso lo ha hecho su Maestro Jesús; es tan suyo ese oficio, que todos los otros

que pudiera ejercer y todas las buenas partes que pudiera ostentar como artista, literato, rico, sabio, etc., sólo deben servirle para su oficio de *hombre de almas*, so pena de traición o sacrilegio.

Para el apóstol, las almas son lo que los enfermos para los médicos, lo que la belleza para los artistas, lo que el dinero para los comerciantes, es decir, su ocupación y su preocupación que pudiera llamar genuina, característica, antonomástica. Y ahora quiero singularmente hablar del Sacerdote.

Más que el herrero es el hombre de los hierros, y que el alfarero es el hombre del barro, y que el literato es el hombre de las buenas letras, y más que todos los profesionales son los hombres de su profesión, el Sacerdote es el *hombre de las almas:* porque todos esos hombres tienen su profesión por afición, por carrera, por modo de vivir, el Sacerdote es Sacerdote por *consagración* y por *estado*.

El sacerdocio es un *estado consagrado* por Dios para el servicio de las almas.

Un médico puede dejar de ser médico, cuando le plazca, el Sacerdote y más el Párroco no puede desentenderse de las almas *nunca*.

El médico que deje su profesión, podrá llamarse un jubilado, un retirado, un cesante... El Cura que deje las almas se llamará siempre por Dios y por los hombres un apóstata y un detentador sacrílego.....

Toda la ciencia del Sacerdote y con más razón de un Cura, se reduce a esto: Que él como Jesucris-

to, *propter nos homines et propter nostram salutem descendit*... Descendió por nosotros los hombres y por nuestra salvación.

Su único trabajo no puede ser más que éste: *intendam et superintendam pro animabus*... su única pena esta: que se pierdan las almas; su única alegría: que las almas malas se hagan buenas y que las buenas se hagan santas; su norma: sacrificarse por el bien de las almas; su ambición: *da mihi animas, cœtera tolle;* su sueño: morir por ellas.....

Sí, el Cura es el hombre de la *Obsesión de las almas.*

Yo sé que todo esto es el A. B. C. de nuestro ministerio y que parece pueril que yo me ponga a darlo y celebrarlo como una novedad; pero también sé que tanto daño y no menos yerros, causa la verdad *ignorada* como la *olvidada* y... se olvida harto lo que nunca debiera olvidarse.

¿Por qué insisto

en marcar ese oficio nuestro?

Sin duda habréis oído frases parecidas a ésta: ¡Para qué hartarse de predicar para cuatro beatas! ¡Para qué trabajar tanto si no vienen más que viejas! ¡Para qué solemnizar y repicar tanto nuestra fiesta, si no vienen más que chiquillos! ¡Para qué dar catecismo, si no se reunen más que tres o cuatro colilleros! ¡Para qué prepararse un buen sermón para los cuatro palurdos que lo van a oir! ¡Para qué...! qué lista tan larga podría hacerse de frases de esas y aún más que de frases, de hechos y

procederes que traducen ampliadas esas frases...

Y ahora viene el *an sit* de la cuestión.

¿No creéis hermanos, que esas frases trascienden a la legua a *acepción de almas?*

Aplicad la doctrina dada.

¿Es que las *beatas* no tienen alma? ¿Es que las viejas no necesitan el calorcito del cariño pastoral? ¿Es que los chiquillos no son cristianos? ¿Es que los colilleros no necesitan catecismo? ¿Es que los buenos sermones no pueden ser entendidos por los ignorantes...?

Las matemáticas desconocidas de las almas

¿No véis un montón de *injustas desigualdades* en ese apreciar las almas por las arrugas de la cara, por el falso concepto del *beaterio*, por los remiendos de la ropa, por la posición social, y hasta en ese castigar con el mal humor y el poco pasto a los que vienen, la falta de los que no vienen? ¿No creéis que se ahorraría buenos berrenchines y desasosiegos ese Cura, si se pusiera a pensar un poquito en lo que él es respecto de esas almas y en lo que son esas almas respecto de él? ¿No creéis que se evitarían muchos desalientos y no pocas quejas de la inutilidad de los ministerios, si, dejando de ver las cosas y las personas como las ve el mundo y despojándonos de sus oropeles, nos pusiéramos a verlas como las debe ver el Sacerdote, como las veía San Pablo cuando decía: *omnibus omnia factus sum?*

Omnibus, ¿estamos? lo mismo para las almas *forradas* de sedas y oro que para las forradas de *harapos* ¡Omnibus! Que después de todo...

¿Quién es capaz de pesar y medir un alma? ¿quién se atreve a decir que ésta vale más que aquélla, fundado sólo en indicios y conjeturas exteriores?

Porque si no conocemos el valor de las almas, ¿con qué razón podemos quejarnos o gozarnos de que sean tales o cuales las que vengan a nuestros ministerios?

Y ¡cómo nos exponemos a engañarnos miserablemente, despreciando o tratando con menos interés el alma de una viejecita arrinconada, porque nos parece poca cosa, y prefiriendo a ella el alma de un *gran* hombre o de una *gran* dama, que nos parece de más valor!

Todavía no se han escrito las *Matemáticas del espíritu* que servirían no poco para hacernos ver nuestros *tiempos perdidos* en trabajar por ciertas almas, de puro tontas inútiles, nuestros *palos de ciego* en edificar sobre... arena movediza o sobre estopa inflamable, nuestros *toques de violón* en gastar saliva, palabras y tiempo en acompañar el conocido estribillo de «acúsome padre de que por un oído me entra y por otro me sale»... y también nuestros *desvíos* injustificados, nuestras *indiferencias* irritantes, nuestro tratar *a galope* a unas almas y a paso *de tortugas* a otras... porque sí...

¡Cualquiera, cualquiera se atreve a escribir esas *Matemáticas!*

Lo que se conoce

De todos modos sin ellas sabemos que las almas tienen como los números en aritmética dos valores: uno *absoluto* y otro *relativo*.

Que el valor *absoluto* de un alma es fácil de conocer pero imposible de comprender porque un alma vale tanto como la *Sangre* de Nuestro Señor Jesucristo con que ha sido rescatada y elevada.

Que el valor *relativo* de un alma, o sea el grado de *esfuerzo propio* y de *fidelidad* que ha puesto para *hacer suya* esa Sangre redentora, no lo conocen *de cierto* más que Dios y *por conjetura* alguna vez los hombres.

Por eso, porque sabemos tan poco o nada de esas interioridades, nos engañamos tan frecuentemente en atribuir el buen éxito de una empresa, la conversión de un alma o de muchas y cosas a estas parecidas a una buena reputación, a una voz elocuente, a un golpe de habilidad, a circunstancias exteriores, etc., cuando en realidad el secreto de aquellos triunfos está en la silenciosa abnegación, en el sacrificio oculto, en la oración constante y humilde de un alma desconocida o al parecer insignificante.

Lo que hacía el Maestro

¡Con qué gusto traslado aquí esta bella página de S. Gregorio Magno, comentando la conducta del Maestro, con el hijo del rico Régulo y el pobre criado del modesto centurión!

«¿Qué significa que rogado Jesucristo por el

Régulo para que visitase a su hijo, rehusa ir corporalmente y, sin embargo, se ofrece a acudir corporalmente para curar al criado del centurión, sin que se lo pidiesen? No se digna visitar con presencia corporal al hijo del Régulo, el que no se desdeña de asistir al criado del centurión. ¿Qué es ésto sino abatir nuestra soberbia, porque no veneramos en los hombres la naturaleza, en la cual han sido hechos a imagen de Dios, sino las riquezas y los honores? Mas nuestro divino Redentor, para demostrarnos que las cosas que los hombres tienen por elevadas, deben despreciarse, y las que tienen por despreciables deben ser estimadas no quiso ir al hijo del Régulo y se mostró dispuesto a ir al criado del centurión.

Con esto queda condenada nuestra soberbia, porque no sabe estimar a los hombres por sí mismos. Sólo aprecia las cosas que rodean a los hombres y, no atendiendo a la naturaleza, no reconoce el honor de Dios en los hombres. Notemos que el Hijo de Dios no quiere ir al hijo del Régulo y, no obstante, está dispuesto a ir a dar la salud al siervo. Ciertamente, si nos rogase el siervo de cualquier hombre que fuésemos a su casa, al punto respondería tácitamente nuestra soberbia diciendo: No vayas, porque te degradas, se rebaja tu honor y te envileces entrando en semejante lugar. He aquí que no se desdeña de visitar al esclavo el que ha venido del cielo, y, sin embargo, los que somos de la tierra no queremos humillarnos en la tierra.»

El gran corolario

A mí pues, me enseña todo esto, que: 1.° si quiero evitar engaños, desilusiones, e injusticias en el trato y aprecio de las almas, debo *quererlas a todas mucho* porque *todas*, sean de ricos o de pobres, de altos o de bajos, de viejas o de nuevas, son *imagen* de Dios y *precio* de la sangre de mi Señor Jesucristo. 2.° Que me guardaré mucho de *clasificar* almas, y por consiguiente, de alegrarme o de entristecerme porque son almas de *esta clase* o de *la otra* las que se aprovechan o participan de mi ministerio. 3.° Que ciertamente en el día del juicio no me han de preguntar por la *clase de almas* que he salvado, sino si he trabajado por salvarlas, sean de la clase que sean; y 4.° Que toda preferencia concedida a las almas que no esté fundada en su *valor* verdadero o en su *necesidad* es fea y ruin *acepción de personas*.

Aplicad, amigos apóstoles, sacerdotes o seglares, éstas que podéis llamar, si os place, perogrulladas apostólicas, y veréis qué disgustos os ahorráis, qué satisfacciones os preparan y qué *galones* os pondrán hasta los mismos enemigos, que se verán forzados a repetir de vuestro apostolado el elogio que del Maestro tuvieron que hacer los suyos:

Maestro, sabemos que tú eres veraz y que no tienes *acepción de personas*...

IV

Arte de no quedarse nunca cesante en el apostolado

El gran peligro del apostolado

Y mejor diría: El gran peligro de los que andan en apostolados; que éstos, si son de buena ley y de misión cierta, no son jamás peligrosos.

Pues bien, creo no estará de más echar un cuarto a espadas sobre los peligros y riesgos a que están expuestos los apóstoles menudos y los apóstoles grandes en el punto en que olvidan tomar las debidas precauciones.

¡Quiera el Amo bendito conceder a estos renglones sonidos de clarín que alarme y prevenga a los que no han caído y que despierte o resucite a los que cayeron y quizás murieron para la vida apostólica!

Un caso frecuente

Surge un apóstol chico o grande de la palabra, de la pluma, de la acción y con su palabra escrita o hablada o con sus obras de celo ardiente excita atenciones, atrae miradas, subyuga corazones, enardece almas, forma grupos de incondicionales,

funda obras y por medio de esos grupos y de estas obras centuplica su acción y su apostolado... ¡Qué oriente más espléndido y esperanzador el de éste sol!

Pasan unos meses, unos años y, cuando habría derecho a esperar un bello cenit para aquel astro, volvemos a mirar y nos lo encontramos en todas las apariencias de un triste ocaso..... Negros nubarrones de maledicencias y discusiones, recelos y desalientos, quejas de descontentos y protestas de desengañados presagian para aquel sol caído, una noche de tempestades y muertes...

¿Qué ha ocurrido? Quizás más que sol en ocaso, sea sol de mediodía en eclipse de pruebas de Dios o en tempestad de pasiones y flaquezas de hombres, pero eclipse y tempestad que pasarán, dejando reaparecer más brillante el sol; pero quizás, quizás sea verdad que el sol de tan riente aurora, sin pasar tal vez por el medio día, se ha sepultado en un ocaso tenebroso del que no volverá a nacer más.

Y ¡ojalá no fueran tan frecuentes esas tristes y prematuras puestas de astros apostólicos!

¿Por qué?

Aparte de la ley biológica a que están sujetos todos los seres vivientes de la tierra, del nacer, crecer, decaer y morir, y dejando a un lado causas que pudiera llamar parciales de decadencia de las obras de apostolado, como la falta de competencia

o de medios adecuados o sobra de malas voluntades e intenciones torcidas en los que las ejercen o las reciben, quiero fijarme y pedir la atención sobre el que yo llamaría el gran peligro y el gran por qué de las esterilidades y fracasos de los apóstoles de Jesús en grande como en menuda escala.

Antes de llamarlo por su nombre, debo recordar lo que nunca deberían olvidar los apóstoles:

La ley suprema del apostolado

Si apóstol no significa ni es otra cosa que enviado, la ley única, la norma suprema y esencial de todo apóstol es pensar, querer, sentir, proyectar, hablar, hacer y padecer, no como Juan, Pedro o como se llame, sino como tal enviado, y siéndolo nada menos que de Jesús, pensar, querer, sentir, proyectar, hablar, hacer, y padecer a lo Jesús y en nombre de El.

Esta es la ley.

¿No es esto claro, lógico y justo?

Y mientras a lo Jesús se conduzca por dentro y por fuera, apóstol de Jesús será él y apostolado de Jesús será el suyo, y fecundidades y aciertos y hasta milagros de Jesús serán los gajes de su apostolado, y esto a pesar de todos los eclipses con que Dios quiera probar y ejercitar su humildad y paciencia y de todas las nubes y tempestades de las propias flaquezas y las ajenas pasiones.

Como la cumplieron los apóstoles

¿No era esta ley la que con sus palabras y sus obras nos enseñaron nuestros Padres en la Fe los Apóstoles del Testamento nuevo?

«Yo no tengo oro ni plata, lo que tengo te doy», decía el Príncipe de los Apóstoles al baldado que le pedía limosna en la puerta del templo, «en nombre de Jesús Nazareno, levántate y anda.»

Ese es el tesoro, el único, el gran tesoro del Apóstol y el manantial de todo su poder: obrar en nombre de Jesús.

Yo, Pablo, predicaba el Apóstol de las gentes, no soy nada y lo puedo todo..... «Por la gracia de Jesús, que mora en mí soy lo que soy.» Y de tal suerte se sentía trocado el Apóstol en Jesús, que su boca era la boca por la que hablaba Jesús; y sus manos, las manos por las que obraba Jesús; y sus pies, los pies por los que andaba Jesús; y su corazón, corazón por el que amaba Jesús.

Ese trueque del Apóstol en Cristo y de Cristo en el Apóstol es el que autoriza a decir: «Vivo yo, mas no yo, sino que vive en mí Cristo» y «mando, no yo, sino el Señor,» y a San Juan Crisóstomo para proferir aquel grito, tan atrevido como verdadero: «El Corazón de Cristo, corazón de Pablo; el corazón de Pablo, Corazón de Cristo.»

El apóstol pues no es un simple empleado, un viajante de la marca de Jesús, con nombramiento escrito en un título de papel y con mayor o menor

sueldo, para que hable o haga propaganda de su marca a hora y en lugares determinados; nó, el apóstol de Jesús es Jesús mismo vestido con la túnica de Pedro o de Pablo, con la sotana del Sacerdote, con la toga del magistrado, con la chaqueta del maestro, con la blusa del obrero y hasta con la falda de la mujer, y dado a conocer y a amar, y a imitar no sólo por la palabra a horas fijas sino por la vida de todas las horas de esa mujer María, de ese obrero cristianizador de sus compañeros, de ese maestro modelador de cristianos, de ese magistrado y de ese Sacerdote que de todos los actos de sus ministerios hacen apostolado de Jesús y atracción de almas.

Consecuencias

Puedo, pues, deducir de la ley suprema del apostolado, que antes senté, estas consecuencias:

1.ª Que no hay más apóstoles de Jesús, que los enviados por El, con carácter sacramental perpetuo, oficial e imborrable, como los Obispos; o por participación del apostolado jerárquico como los Sacerdotes y los miembros de la Acción Católica, o con carácter, que pudiera llamar amistoso y privado y para fines particulares, como son todos los que se sienten impulsados, a hacer bien a las almas de sus prójimos llevándolas a Dios por cualquier medio que les sugiera el celo, como la beneficencia, la enseñanza, la predicación, el buen ejemplo, la amistad, etc.

2.ª Que la eficacia y fecundidad del apostolado,

pudiendo tener por instrumento las prendas y aptitudes del apóstol, tienen siempre por causa principal y esencial la virtud y gracia de Dios que lo ha enviado.

3.ª Que a más unión del instrumento, el hombre apóstol, con Dios, y a más imitación del enviado de la vida del único Autor de todo apostolado, Jesús, más eficacia y fecundidad en la acción apostólica; y a menos o nula unión e imitación, menos o nula eficacia y fecundidad en la misma. «El alma que está unida con Dios, escribe el doctor San Juan de la Cruz, el demonio la teme como al mismo Dios,» y si así la teme, es porque ve en el alma unida a Dios, el poder mismo de Dios.

Ahora puedo responder brevemente a aquella pregunta: ¿Por qué se precipitan en un tenebroso e inesperado ocaso no pocos astros del apostolado? ¿Por qué acaban tan desastrosa y vergonzosamente obras apostólicas y de acción católica que tuvieron brillante aurora? ¿Cuál es el secreto de la cesantía de tantos apóstoles?

Váis a permitirme que la respuesta os la dé bajo una forma un poco extraña.

Muchos apostolados y obras de acción católica fracasan por esto sólo: por haber decretado, si no con palabras con los hechos:

La censatía de Dios

¿Os parece dura? Pronto veréis que es más verdadera que dura.

¿Qué es Dios para el apóstol?

El Apóstol ha levantado una casa, ha construído un templo, ha establecido un centro, ha formado un grupo de almas más buenas, más valientes, más abnegadas, ha reformado por su palabra, por su ejemplo, por su saber, un pueblo, una sociedad.

Vuelvo a preguntar: ¿Qué es Dios para ese apóstol y para esa obra?

Y aplico la vista y el oido a las obras y a los dichos de no pocos apóstoles y oigo decir con insistencia jactanciosa, más o menos embozada: Yo he hecho..... yo he formado..... yo he creado..... y me siento tentado de exclamar para mis adentros:

Aquí por lo pronto, Dios Padre a quien en verdad se atribuye toda creación vá quedando cesante.....

Y sigo escuchando: Y he hecho, formado, atraído, convertido, creado a fuerza de sudores míos, de habilidades mías, de talento mío, de dinero mío, de simpatías mías.....

¡Si no hubiera sido por mí!.... Y vuelve la tentación diciéndome: Aquí va quedando cesante Dios Hijo, que con su pasión y muerte se hizo la única causa meritoria de toda gracia de atracción, conversión y santificación.

Y prosigo con el oido atento..... Y gracias a mis estudios, a mi técnica y a mis aciertos dirijo admirablemente esta obra, y la he hecho valer más que las otras semejantes o anteriores, y mis disposiciones y orientaciones sobre ella son inmejorables, insuperables, e irreformables, aún por autoridades superiores, que sabrán mucho de lo suyo, pero de

esto mío, no... E insiste la tentación: Si toda dirección y todo acierto en acciones y obras para llevar almas a Dios viene del que se ha llamado por la Iglesia Dedo de la diestra del Padre, o sea el Espíritu Santo, el único Iluminador, Director, Guía y Santificador de las almas, en esa obra tan rebosante de criterio humano y de direcciones humanas y vacía de oración dejan poco o nada que hacer a Dios Espíritu Santo, es decir, que también está amenazado de cesantía.

¡Ay Dios mío! ¡Te siento tan despedido, como cesante, en las puertas de tantas obras y casas que se llaman cristianas y hasta piadosas!

Somos canales, pero porosos, como de barro, y, si no nos vidriamos bien con el desprecio propio y el amor de la gloria de Dios en un constante espíritu de oración, absorbemos, e inutilizamos el jugo que pasa de Dios para las almas y de las almas para Dios.

Somos esponjas que deden empaparse de lo que rebosa el Cáliz y el Copón y exprimirse apretadas por el trabajo apostólico sobre las almas. Trasegadores de las bodegas de Dios. ¡Nos es tan fácil creernos que damos de lo nuestro y no de lo de Dios y que lo nuestro (nuestra simpatía, virtud, influencia) hace y no lo de Dios!....

¿Y qué le queda a un apóstol de Jesús y a su obras si despide de ella a Dios Padre, a Dios Hijo y a Dios Espíritu Santo?

Para él, la cesantía más vergonzosa y para su obra el fracaso más ignominioso.

Ni más ni menos.

Y si no desaparecen rápidamente esas obras y por algún tiempo siguen aparentando vida, es para que les dé tiempo a escribir con lágrimas de despecho y con uñas afiladas por la desesperación el epitafio para la tumba del Apóstol y que poco más o menos deberá decir:

Aquí yace N. N.
Apóstol cesante.

Amigos y hermanos apóstoles ¡ojo con el gran peligro de la cesantía!

V

Arte de ser apóstol a todas horas

El cumplimiento del propio deber en cada hora

¡El deber! Diríase que a fuerza de tanto hablar de *derecho* se va antigüando la palabra *deber*.

Y hasta cuando se trata de apostolados y propagandas, hartas veces se deja arrinconado o por lo menos, en baja estima el deber propio y no se suele tener por hombre muy apostólico al que se limita con cumplir con su deber; parece como que tácitamente se ha convenido en que el celo, la propaganda, el apostolado, caen fuera de la acción del deber de la mayor parte de los cristianos y para algunos aún de los mismos Sacerdotes.

Pues bien, yo quiero volver por el honor del *deber* demostrando precisamente que el cumplimiento asiduo, minucioso y concienzudo del *propio deber* es un *apostolado permanente* al que todos estamos obligados y con el que se obtendría la salvación del mundo o de la porción de mundo en la que tal cumplimiento se diera.

Y esto principalmente por la eficacia de la *buena obra* y del *buen ejemplo* que con ella se da.

Abundando en esos pensamientos publiqué años atrás una *Instrucción Pastoral*, dirigida singularmente a mis Sacerdotes, sobre «La parte del Clero en la hora presente» y las multiplicadas ediciones de esa Instrucción y las reiteradas peticiones de ejemplares de la misma me demostraron que el citado documento a falta de otras prestancias tenía la de haber llegado a tiempo.

Por esta misma razón estimo no fuera de lugar el transcribirla aquí, porque aunque desmedradamente, expone un arte de apostolado al alcance de todos y bajo la obligación de todos.

Y ¡ojalá la lectura de esos renglones acelere o fomente la multiplicación de los apóstoles del *buen ejemplo* por medio del deber propio, bien y a conciencia cumplido!

La parte del Clero en la hora presente

La hora presente

Convertido el mundo en un gigantesco cinematógrafo, vémonos obligados los que en él vivimos a presenciar el desfile vertiginoso de instituciones, figuras, ideas, obras que crearon las generaciones y consolidaron los siglos y su sustitución por instituciones y obras de ayer, de hoy, del instante presente para, con la misma rapidez con que subieron, caer en el foso de la oscuridad de donde salieron.

He buscado datos para componer o formular

una definición *de la hora presente* y no he hallado ninguno contundente, fijo y exclusivamente característico, donde quiera que me he acercado en demanda de ellos, en vez de una respuesta he recibido una pregunta:

¿A dónde vamos?

Es la pregunta que, con miedo o con esperanzas y cada cual bajo una forma, todos los hombres y todas las instituciones se hacen a sí mismos en estos momentos de rebeldías triunfantes, de pasiones hasta ahora hipócritas y desde ahora desvergonzadas, de anhelos legítimos tan prontos a convertirse en bellas realidades como en quimeras absurdas.

¿A dónde vamos?

Se pregunta la política y el derecho de gentes y el de propiedad, y la moral y el orden social y los valores todos hasta ahora recibidos, y un encogimiento de hombros general es la respuesta que se obtiene.

¿A dónde vamos?

Nos preguntamos también los católicos, ¿al caos, a la casi total desaparición de la Fe, precursora del Juicio final o a la aurora del día de la Justicia y de la Paz para con Jesucristo y su Iglesia?

Y, aunque la Iglesia sabe siempre a donde va, porque el dedo de su Fundador *Jesucristo* infalible e indefectible está señalándole sus senderos y el punto definitivo de llegada, no deja de experimentar zozobras y angustias al prever y presentir en estos momentos de lucha descomunal la sangre y las

almas de hijos suyos que se le van a quedar por los campos de batalla.....

No es mi intento detenerme aquí en explicar las causas, el desarrollo, los efectos y la trascendencia en los distintos órdenes de la vida de ese fenómeno quizás único o muy pocas veces repetido en la historia que nos ha tocado presenciar.

Nó, la índole de este rato de conversación familiar que estoy echando con mis amados sacerdotes, no me permite entrar en ese estudio que habría de ser prolijo; sólo me pide que haga constar ese fenómeno de transformación radical, de conmoción honda, de inquietud universal, de discusión y de crisis de todos los valores y de todos los conceptos, de esa gran disgregación en que están dividiendo a nuestras sociedades el miedo y la esperanza de una misma cosa futura, igualmente desconocida para los que temen como para los que esperan..... Sí, amados Colaboradores, basta detenernos y fijarnos en ese fenómeno o cúmulo de ellos, para que deduzcamos primero, la convicción y la persuasión de que nos encontramos en momentos críticos, difíciles, transcendentales, y segundo, la necesidad de tomar resoluciones y normas de conducta tan serias y vigorosas como graves son las circunstancias que las imponen.

¿Pleito propio o extraño?

Y tanto más cuanto que el pleito que aquí se agita, el problema que tan inquieto y convulso trae

al mundo contemporáneo, no es, aunque a primera vista lo parece, un pleito, un problema meramente político, económico, internacional o social; más que todo eso y fundamentalmente es religioso, es asunto de dogma y de moral, de si hay o no hay Dios, soberano Legislador de individuos y de pueblos, si hay o no hay Mandamientos de Dios, si hay o no hay Evangelio con su *Padre nuestro* de todos los hombres hermanos, con sus *Bienaventuranzas* de los humildes y pequeños, con su *Eucaristía* de todos los hambrientos, con su *Cruz* de todos los redimidos..... sí, sí, el problema del día es el problema de hace veinte siglos, es el eterno litigio entre el *pusillus grex* del Cristo de la pureza, de la abnegación, del amor hasta la cruz y la turba multa del Barrabás de las concupiscencias sueltas y de los apetitos sin freno, de todas las tiranías, sean de la fuerza, del poder, del número, de la violencia..... en suma y en definitiva, el fondo de todos los problemas del día es éste:

¿Catolicismo o Laicismo?

¿Catolicismo con todas sus consecuencias de paz con Dios y con los hombres, respeto mútuo, fraternidad, justicia social, sumisión del pueblo a la autoridad y sumisión de la Autoridad y del pueblo a Jesucristo?

¿Laicismo con todas sus consecuencias de socialismo, anarquismo, nihilismo, y *bolcheviquismo?*

¡Quiera Dios, que, ya que no se ha querido ver a

la luz de la Fe, se vea, siquiera a la siniestra lumbre de las hogueras que está encendiendo el Laicismo triunfante, la imposibilidad, la ineficacia y la inestabilidad de los *partidos medios de orden* sin Ordenador supremo confesado y obedecido, *de libertad* humana sin Ley divina acatada, de *fraternidad* universal sin Paternidad común, de *buen* gobierno de hombres sin contar con Dios!...

Todos pleitean

¿A dónde vamos? os decía que se preguntan economistas, sociólogos, políticos, patronos, obreros, propietarios y hombres de estudio, y, aunque es verdad que no han podido responderse más que con el encogimiento de hombros de la incertidumbre o de la duda, también lo es que todos ellos se aprestan con febril diligencia a tomar precauciones y preparar defensas o ataques.

Y los unos con sus mitines y conferencias y *Lock-out* y los otros con sus huelgas y *boicotages* y organizaciones de solidaridad, y estos con la prensa, y la propaganda y con el soborno y aquellos con la amenaza y la sedición y la revuelta y todos con calor, con prisa, sin reparar en medios ni en riesgos posibles, se aperciben a la lucha.

Y aquí es donde, amados sacerdotes, quería llegar para preguntaros ante esa pobre sociedad que se desmorona y que no se sabe si huye o avanza, si es que se va, o es que se viene.

¿A dónde queréis que vaya?

Sacerdotes, ¿cómo queréis que se resuelva el pleito?

No os extrañe la pregunta.

A pesar del desprecio con que esa pobre sociedad afecta prescindir del clero en la gestión de su pleito, el clero católico en definitiva, *si quiere*, es *el único* que puede eficazmente, darle solución equitativa, pacífica y permanente.

Repetimos: *Solo* el clero, *si quiere*.

Que lo de económico, político, social que tiene ese pleito lo arreglen los economistas, los políticos o los sociólogos; como la esencia es de dogma y de moral, el pleito en definitiva tendrán que tratarlo y definirlo de un lado, el Sacerdocio católico, *único* depositario de una doctrina dogmática y moral divinamente cierta y definida, y de otro, los corifeos del partido más extremo y radical y rabiosamente revolucionario, y digo en definitiva, porque al fin y al cabo aquellos y estos son los únicos que pueden hablar y obrar en nombre de la lógica; son los dos únicos radicalismos, el de la afirmación y el de la negación con todas sus consecuencias.

Una somera excursión por el campo de la Historia de la Iglesia y de los pueblos en los 20 siglos que esta lleva de existencia, nos daría esta misma conclusión.

Al representarme de esta manera, que creo exacta, la situación del mundo, y reflexionar que he sido constituído por Dios capitán de una sección de ese ejército, que necesaria e ineludiblemente

ha de entrar en acción con enemigos tan formidables y sañudos, siguiendo la comparación militar, no puedo menos de *pasar revista* y este es el fin que me propongo en la presente Instrucción.

O más concretamente: ¿qué le toca hacer a nuestros Sacerdotes en estos momentos?

Dos respuestas malas

Me atrevo a calificar así las respuestas que a esa pregunta están dando bajo distintas formas dos malos consejeros: La *confusión* y el *pesimismo*.

La procacidad y el aire de triunfo con que casi por sorpresa se han introducido en la circulación de la vida de familia y de los pueblos, doctrinas, usos, modas, procedimientos hasta hace muy poco tolerados solamente en los antros y tugurios de la gente perdida; la lectura de periódicos, aun bien orientados, con sus pinturas trágicas de males sin cuento, con sus clamores y combinaciones por soluciones inmediatas urgentes, con sus excitaciones al trabajo y a la lucha, que por dirigirse a masas heterogéneas, en unas cosas han de pasarse del justo medio y en otras no llegarán a él, y junto con esas lecturas, ese levantarnos cada día con un nuevo conflicto a la vista y acostarnos con la amenaza de terribles cataclismos para el día venidero, y el desasosiego, que todo esto trae consigo, mantienen a los espíritus, aun los más templados y equilibrados, en un estado de confusión y de pesimismo que se suele manifestar de una de estas dos maneras: o por un

afán, que mejor se llamaría frenesí, de moverse, hablar, discutir, ir y venir, andar y desandar sin otro rumbo ni guía que la impresión producida por la última noticia recibida, o el último artículo leído, o por esta frase, *esto está perdido: ¿a qué hacer nada?* La primera es la respuesta de la *confusión*, la segunda del *pesimismo;* dos respuestas evidentemente malas.

Sabemos que el *espíritu de la confusión* está susurrando al oído de los nuestros que, abandonando los caminos trillados por ineficaces y viejos, se echen por trochas nuevas, que se atrevan a ciertos procedimientos y actitudes, que lleguen hasta... ¡qué momentos estos tan propicios para las exaltaciones y los desbordamientos! Sabemos también que entre no escasa porción de hermanos nuestros forcejea el *pesimismo* por meterse en sus corazones y obturar sus válvulas, y en sus brazos para dejarlos inmóviles, y en su lengua para dejarlos mudos y en su actividad toda... ¿para qué trabajar, si todo esto se muere?

La respuesta buena

Desechadas estas dos respuestas, damos la que a nuestro juicio es ciertamente buena.

¿Qué le toca hacer a nuestros Sacerdotes? Respondemos sencillamente: QUE CADA CUAL CUMPLA CON SU DEBER.

¿Perogrullada?

¿Solución inocente?

¿Sobra de candidez y falta de sentido de la realidad?

Llámesele como se quiera.

Yo estimo esa respuesta en el fondo de mi conciencia, y en la rectitud de mi intención y en la honradez de mis convicciones la *única eficaz y completa.*

El triunfo por el deber

Que una Diócesis, y no aludo aquí a ninguna en particular, tenga Canónigos cuya piedad y cuyo recogimiento en cantar las divinas alabanzas en el coro se den la mano con su adhesión leal y colaboración inteligente y abnegada para con su Prelado; que tenga Párrocos que tomen la delantera a sus ovejas en ir al templo por las mañanas para facilitar, aun a los más ocupados, la recepción diaria de la Santa Eucaristía; que prediquen el Santo Evangelio y el Santo Catecismo a grandes y chicos con su palabra los Domingos y Fiestas y con su ejemplo todos los días y todas las horas del día; que dedique a los enfermos sus visitas más cariñosas y a los pobres sus saludos más afectuosos y a los extraviados sus sacrificios más constantes y a todos, buenos y malos, seguidores y perseguidores, una palabra buena, una cortesía cristiana, un rasgo de generosidad, una industria de celo; que tenga Coadjutores, Capellanes y simples Sacerdotes agrupados y disciplinados en torno de sus Párrocos y formando con ellos una sola familia, en la que se

discuta, no el interés o la preeminencia, sino el puesto o la obra de mayor trabajo y más penoso sacrificio; que tenga Comunidades religiosas, atentas en su vida interior a procurar la más rigurosa observancia de sus santas Reglas y mediante ella la santificación de sus miembros y en su vida exterior a hacer obra netamente católica, y como tal, no suelta ni disgregada, ni parcial, sino coordinada, articulada con la acción católica diocesana, y conforme con la perfección y abnegación de su estado, prefiriendo, en caso de opción, lo más arduo, lo más pobre, lo menos brillante, lo menos retribuido y apreciado, y que Canónigos y Párrocos y Coadjutores y simples Sacerdotes y Religiosos todos fundamenten esa acción tan compleja y difícil de sus ministerios en el *espíritu de oración* y *de obediencia*, único que puede darle raíz, savia y fecundidad, y que, más que la misma acción es característico de los que son por antonomasia, los *Hombres de Dios*, los *Cristos visibles*, los *Intermediarios* entre el cielo y la tierra, y esa Diócesis será una Diócesis en la que Jesucristo está en triunfo o en vísperas de él y en triunfo con Jesucristo la paz de las familias, las virtudes no sólo morales, sino cívicas, la autoridad y el orden, el respeto mutuo y la justicia en los contratos y la caridad en las palabras y en los corazones y en las obras.

Lo que puede un Sacerdote

Muchas veces bendigo al Señor que se ha

dignado regalar a mi alma una Fe tan viva y una confianza tan ciega y tan sin límites en el poder, o mejor dicho, en la omnipotencia de estas tres cosas.

El *Evangelio*, la *Eucaristía* y el *Sacerdocio*.

Tres cosas que en realidad no son más que esto solo: *El Verbo hecho Evangelio y Eucaristía hablando, andando y obrando por medio del Sacerdote.*

Por esto compendio mi Fe en aquellas tres cosas en esta sola: *Creo en el Sacerdote que cumple con su deber.*

¡Ese es el que en cierta manera puede llamarse el Sacerdote-Evangelio, el Sacerdote-Eucaristía!...

No es una figura retórica o una ilusión devota la que aquí os presento, venerados y queridos Sacerdotes, es una verdad rigurosamente cierta: en el punto en que nos decidamos a ser esto solo: *pies* para llevar el Evangelio a todos y a todas partes y *boca* y *manos* para que por ellas hable y obre la Eucaristía, que nosotros consagramos, que para eso y no para otra cosa, hemos venido a la tierra, todo el poder iluminador, medicinal, renovador y salvador que Jesucristo ha puesto en su Evangelio y en su Eucaristía, pasa a ser poder de nuestra palabra, de nuestro trabajo, de nuestra oración y de nuestra inmolación, es decir, *poder todo nuestro.*

Sacerdotes, ¡creed en vosotros mismos!

¡Cómo desearía ahora elocuencia y calor y fuerza de persuasión para llevar esta Fe viva a todos

mis hermanos, los Sacerdotes, no sólo de esta diócesis sino del mundo entero perseguidos, instigados en estas horas de convulsiones horrendas y de locuras sin ejemplos por la tentación del mal espíritu de la confusión o del pesimismo que los empuja a hacer lo que no deben, o los ata para que no hagan lo que deben.

Nó, no es una ciencia nueva o una técnica desconocida, o unas escuelas o soluciones económicas o políticas a las que tenéis que dedicaros para con ellas salvar el mundo que parece que agoniza.

Confiad en vuestro Ministerio

Nó, hermanos queridísimos, esos dos bandos de ricos y de pobres en que se divide el mundo y que ni os miran ni os oyen, entre otras razones, porque no les queda tiempo más que para odiarse y temerse alternativamente, esos dos bandos, repetimos, no irán a la reconciliación y al abrazo de hermanos para lo que el Padre celestial los crió, ni por la ciencia, ni por la técnica, ni por la economía, ni por la fuerza.

Algo de eso podrá ayudar, sino es que, como a las veces ocurre, entorpece y dificulta; pero ¿llevar hasta el fin?

Una triste experiencia de más de un siglo está respondiendo con claridad bastante, que a pesar de lo mucho que evidentemente se ha progresado en todo aquello, el abismo se ahonda y se ensancha cada vez más...

«Un problema tan grande, decía *Luis Blanc*, citado por Donoso Cortés, necesita tener un ministerio especial que lo resuelva.»

Y según el atinado comentario que el mismo eximio orador le añadió: «Su error, empero, consistió en creer que ese ministerio no existía, y ese ministerio no estaba vacante, ese ministerio venía desempeñándose diez y nueve siglos ha por la Iglesia Católica.»

Ese ministerio es el vuestro, el mejor preparado para la distribución equitativa y armónica de los elementos que han de traer la solución ansiada, la *Justicia* y la *Caridad*, ese ministerio es el ministerio de los hombres-Evangelio, de los hombres-Eucaristía...

¡Sacerdotes, sin desdeñar otros medios buenos, en definitiva sólo confiad en vuestro ministerio!

¡Aun en la hora de los ojos y oídos cerrados!

No importa que en esta hora no se os oiga, ni se os tenga en cuenta para nada.

Seguid en vuestros puestos, aunque os rodee la soledad y el silencio del abandono; que vuestra boca no deje de abrirse para hablar del Evangelio, aunque nadie os oiga, y que vuestras manos no dejen de extenderse para ofrecer con la una la Eucaristía que alimenta las almas, y con la otra el pedazo de pan de vuestra pobreza que sostiene el cuerpo, aunque no tropiecen con bocas ni manos que os lo reciban; que vuestros pies no dejen de moverse *para ir*, como mandaba el Maestro, *ir siempre*, aunque las espinas siembren vuestro camino y ni unos ojos amigos crucen su mirada con los vuestros;... seguid en vuestros puestos, pase lo que pase; que por lo pronto vosotros dáis gloria al Padre celestial que os envía, os cerráis la entrada a los remordimientos y a la responsabilidad de las conciencias infieles, aminoráis y retardáis, sin duda alguna, el triunfo del mal, dáis ejemplo, el ejemplo de que tanto necesita el mundo en estos momentos, de que las batallas se ganan, no desertando del deber, sino cumpliéndolo, y.....

Jesucristo siempre vuelve

¿Quién sabe? si en los designios de Dios no entra que el mundo llegue aun a sus postrimerías, esa hora de locura y de cegueras que lo envuelve hoy, pasará, y el ruido ensordecedor de los cañones y de las bombas cesará, los combatientes sentirán hambre de descanso y de paz, y entonces, en esa hora de silencio y de buen juicio que la Providencia de Dios impondrá, surgirá de entre las ruinas de los templos por ellos mismos demolidos o abandonados, la voz reposada, serena, sencilla, solemne, iluminadora y santificadora *que sigue anunciando el Evangelio y la Eucaristía de Nuestro Señor Jesucristo...*

Y ¿quién impedirá entonces que se repita una vez más la vuelta de los pueblos, que se fueron, *que-*

mando lo que adoraron y adorando lo que quemaron?

Ciertamente ni la Iglesia ni la Historia se sobrecogerían de sorpresa.

¡Tantas veces han presenciado esas vueltas!

¿Reparos?

Quizás a algunos les asalte, mientras lean, el mismo temor que ha intentado detener mi pluma, mientras escribo.

¿Bastará esa receta tan simple y tan elemental para remediar y prevenir esa espantosa irrupción de mal que en parte nos oprime ya, y en parte nos amenaza como inminente?

¿No hay que hacer más que eso, cumplir nuestro deber?

La respuesta de S. Pablo

El temor en que se funda ese reparo se desvanecerá, si atentamente se medita esta página de la Epístola (1) del Apóstol de las Gentes a su Discípulo y Santo Obispo Timoteo.

Parece escrita expresamente para nuestro tiempo.

«Erit enim tempus, cum sanam doctrinam non sustinebunt... sed ad sua desideria coacervabunt sibi magistros, prurientes auribus;

Et a veritate quidem auditum avertent, ad fabulas autem convertentur.....»

(1) Cap. IV, 3 y siguientes.

Ese tiempo ¿no es nuestro tiempo? Ese tedio y desprecio de la sana doctrina, ese erigir a montones maestros que sólo busquen halagar oídos y exacerbar pasiones, y como consecuencia y castigo, ese tener cerrados los oídos a la verdad y abiertos sólo a la fábula insensata que seduce y adormece... ¿no es nuestro tiempo?

Pues ved la receta del Apóstol a su Obispo y en él a los que le sigan y obedezcan.

«Tu vero vigila, in omnibus labora, opus fac evangelistæ.»

Ministerium tuum imple...

Estar vigilante, trabajar con constancia, hacer obra de evangelista y como fórmula y compendio de todo eso, *cumplir en todos sus pormenores con el propio ministerio*, es el remedio, *esa es la parte del Sacerdote.*

Y no dejan de tener, una especial significación las dos últimas palabras de ese mismo versículo: *Sobrius esto.*

Es la sobriedad del espíritu, no la del cuerpo, la que aquí se recomienda, es la calma llena de sabiduría que es necesaria a los pastores de almas en los periodos de crisis y de turbación.

La consigna

Amadísimos Sacerdotes seculares, los que os sentáis en las primeras sillas de la Catedral, como los que pastoréis la apartada aldea, no como incul-

pación contra transgresores, sino como excitación a lo más y a lo mejor, que empiezo por dirigirme a mí mismo, recibid y guardad en vuestros corazones esta sola palabra que os doy como consigna, para esta hora tan llena de confusiones que exaltan, como de pesimismos que acobardan y deprimen, en esta hora, no sé si de ocasos funerarios o de auroras misteriosas: *Ministerium vestrum implete*.

En nombre de Jesucristo que os *eligió* y *puso*, de la Madre Iglesia que os necesita, de la sociedad que al fin y a la postre os echará de menos, de las almas paralíticas que claman por el hombre que las haga andar, de los pequeñuelos que *piden pan*, de vuestros propios intereses, los espirituales y aun los terrenos.....

¡Guerra a la huelga de las manos consagradas!

¡Cumplid vuestro deber!

¡Todo *el deber, el de justicia y el de caridad!* Y después..... ¡Esperad tranquilos!

VI

Arte del más eficaz apostolado

El apostolado por medio de la Eucaristía

Negaría mi historia de Sacerdote y de Obispo del Corazón Eucarístico de Jesús, cerraría los ojos a la evidencia, haría traición a lo que debo a Dios y a mis hermanos, si en este breve y familiar tratado de *artes de apostolados*, yo no colocara como el más eficaz en sus resultados, el más probado por muchos y por mí y el que hoy evidentemente quieren el Corazón de Jesús y la Madre Iglesia que se emplee, no con exclusión, pero sí con preferencia a todas las demás artes apostólicas. Me refiero al *Apostolado por medio de la Eucaristía*.

Decíame un muy amigo mío, que parece que Jesús cansado de verse tan mal defendido por los hombres, se ha puesto Él mismo en su Eucaristía a defenderse.

Es lo cierto, que si los triunfos de la Iglesia han sido siempre de algún modo eucarísticos, los triunfos de hoy, no lo son de algún modo, sino de todos los modos y bajo todos los aspectos eucarísticos.

Y, aunque puedo asegurar, y Dios sea por ello

bendito, que cuanto tengo escrito y hablado en mi vida sacerdotal, de un modo o de otro, todo se reduce o encamina a exponer la necesidad urgentísima, los procedimientos prácticos y frutos ópimos de ese arte del apostolado por la Eucaristía, quizás la carta pastoral, que como programa de mis Sacerdotes y mío, publiqué al tomar posesión de la Silla de Málaga, represente más al vivo la necesidad y los modos de *eucaristizar*, y valga la palabra, todos nuestros ministerios y obras de celo.

De esa carta entresaco:

PAZ Y SALUD

Sustinui... qui consolaretur et non inveni. (Ps. LXVIII, 22).

Busqué... quien me consolara y no lo hallé.

....

El nombre, la queja y el anhelo

...¡Cómo se nos viene a la memoria en este momento de angustiosa pobreza una palabra que oímos al venerado Cardenal Spínola, glorioso pontífice de esta Iglesia y Padre nuestro queridísimo, de quien recibimos los sagrados Ordenes y nuestro cargo de Arcipreste de Huelva!: «Yo no sé hacer grandes cosas, pero sé sacrificarme por mis hijos.»

Y con esas palabras, que queremos hacer nuestras, porque son programa completo de un pastor y

cifra de cuanto por su pueblo puede hacer, y éste esperar, deberíamos poner punto a nuestra presentación, si no fuera porque nos parecería que hacíamos traición a nuestra conciencia y a nuestra historia, si no aprovecháramos esta primera página que, como Obispo propio, escribimos, para estampar en ella un *nombre*, una *queja* y un *anhelo*.

Ese nombre es el *Corazón de Jesús Sacramentado*.

Esa queja es el *sustinui qui consolaretur* que perennemente profiere desde su Sagrario.

Y ese anhelo, el quitar el *non* que sigue a la queja y precede al *inveni* con que termina.

Entre ese nombre, esa queja y ese anhelo, y sólo entre ellos, queremos y pedimos de todos los modos que sepamos querer y pedir, que se mueva y se desenvuelva toda nuestra vida y nuestra acción de Obispo.

El lema

Ese *sustinui* es el lema de nuestras armas y a él hemos consagrado nuestra pluma, nuestra lengua, los entusiasmos de nuestro corazón y los alientos todos de nuestra vida, y fuera de ese lema o no ordenado a él, no queremos dar un paso, ni proferir una palabra, ni exhalar un sólo aliento.

La queja del Corazón de Jesús : y el anhelo de su Obispo :

Y porque no hay queja como esa queja que más

males deplore; ni anhelo como ese anhelo que más bienes procure, y porque somos padre y a fuer de tal estamos dispuestos a dar la vida por ahorrar males y traer bienes a nuestros hijos, firmemente creemos que con la exposición de esa queja y de ese anhelo damos a conocer a éstos de una vez para siempre, todo el mal que podremos evitarles y todo el bien que podremos acarrearles, si Nos ayudan a apagar aquella queja y a satisfacer este anhelo.

Ojalá lean estas páginas escritas con cariño del alma más que con tinta, todos nuestros hijos, todos, los sacerdotes y los seglares, los buenos y..... no podemos decir los malos, que para un padre, que quiere ser bueno, no hay hijos malos.

I

LA QUEJA

Solus ibi... (Math. IV, 23)

Hace veinte siglos que Jesucristo vive con sus hermanos los hombres en la tierra, en las casas, ricas o pobres, decorosas o indecorosas, que éstos tienen a bien prepararle. Y en cada uno de los días de esos veinte siglos ¡qué triste es decir esto! las puertecitas de esas casas más veces han sido traspasadas por lamentos que salen de dentro que por alabanzas y caricias que entran por fuera. En cada una de las horas de esos días y de los minutos de esas horas y de los segundos de esos minutos el Corazón de ese Huésped divino que está allí, no en

símbolo ni en figura, sino en realidad viva y palpitante, no ha dejado de irradiar luz, calor, salud, paz y virtud de resurrección y vida sobre cada uno de sus vecinos y ¡sigue la triste confesión! en la mayor parte de esos segundos, minutos, horas y días no llegan en justo homenaje de agradecimiento ni un acento de cariño, ni un gesto de correspondencia, ni una mirada de respuesta.

Solus ibi.....

Con el mismo rigor de verdad que S. Mateo (1) escribió esa desgarradora frase de Jesús en la tarde del día de la multiplicación de los panes y los peces, podría esculpirse sobre el polvo y la verdina de las paredes de no pocos Sagrarios cristianos... ¡Jesús solo! Y ¡más que solo!

Relicto Eo...

Sola está la madre en su hogar mientras el hijo parte a tierras lejanas a ganar para los dos el pan que la tierra propia les niega..... Pero eso no es la soledad de Jesucristo Sacramentado; sus hijos no están con El, porque en el Gethsemaní de sus agonías *han huído abandonándolo*... Es ¡abandono! Y ¡qué abandono!

El se hizo en el Sagrario *Evangelio vivo* para alumbrar con luz del cielo los pasos de los hombres por la tierra, y los hombres, amando más las tinieblas que la luz (2), ¡desconocen y desprecian el Evangelio y el Catecismo...!

(1) Math. XIV, 23.
(2) Joan. III, 19.

El se hizo en el Sagrario *Alimento* para saciar todas las hambres y robustecer todas las flaquezas, y los hombres, suicidas o locos, siguen pretextando excusas para no comulgar...!

El se hizo en el Sagrario *Maná escondido*, para que los que lo *gustaran* con el paladar de una piedad rendida y sólida, vieran lo bueno y suave que es el Señor, y los hombres, ¡obstinados en saborear desabridas ollas de Egipto!

El hizo de sus Sagrarios tronos de su Divinidad y de sus templos alcázares de su realeza, y los hombres ¡no le dan adoración ni reverencia, ni obediencia ni compañía...!

El se hizo en el Sagrario *Providencia* de nuestros días y de nuestras noches, y los hombres, tan indigentes y pobres, ¡empeñados en no contar con El...!

El se hizo en el Sagrario *Ejemplar* de hombre perfecto y modelo de toda virtud, y los hombres ¡casi no han empezado aun a copiar, ni a entender un sólo rasgo...!

Sui Eum...

Y cuenta que no son gentiles, ni judíos, ni herejes los que abandonan, que éstos podrán negar, desconocer, pero abandonar, nó: Son los cristianos, los confidentes, los consagrados, *los suyos*, los que creen, los que fueron alguna vez y quizás sigan yendo con el cuerpo, pero dejándose el alma y el gusto y el interés del cariño fuera, muy fuera, allá en el negocillo de metal, en el medro de ilusión, en

el placer de tierra, en el honorcillo de barro..... ¡éstos: éstos son los que de verdad abandonan!

Creen firmemente quien es El que está en el Sagrario, lo que desea y ofrece, y no obstante, se encierran en una inconsecuencia sin ejemplo entre las inconsecuencias humanas y en una dureza de corazón tan no usada en las relaciones entre los hombres, y crean para Jesús Sacramentado, Dios, Rey, Señor, Padre, Hermano, Amigo y Huésped un trato inferior al que se da al último mendigo, por no decir que está aún más bajo que el concedido al perro de la casa.

Si inimícus meus maledixisset mihi..... ¡Si fuera el hombre enemigo el que hiciera esto con él! pero tú, *homo unanimis?...* pero tú el que comes de su misma mesa...?

El dolor sobre todo dolor

Y como ese Jesús abandonado es un Jesús vivo con todas las grandezas, excelsitudes e infinitas harturas de un Dios, ¡es verdad! pero con todas las exigencias y necesidades de un hombre con ojos para mirar, sonreir y derramar lágrimas, con manos para dar, bendecir y atraer, con brazos para estrechar, con boca para hablar, con oídos para oir y con corazón para querer y estremecerse de emoción en la correspondencia del amor; como es un Jesús *tan hijo del hombre* el Jesús de nuestros Sagrarios, al verse en ellos sin miradas con las que cambiar las de sus dulces ojos, sin manos que llenar de la abundancia de las suyas, sin pechos ni cabezas que

estrechar, sin oídos que escuchen, ni bocas que hablen, ni corazones que se le pongan cerca, y todo esto ¡repetido por El y por nosotros en cada uno de los miles y miles de Sagrarios que se han levantado sobre los altares de la tierra durante veinte siglos de cristianismo! Como hombre que es, se pone triste y ¡se queja! ¡Sustinui...!

¡Busqué..... quien me consolara y no lo hallé!

¿Conocéis desprecio como ese desprecio, abandono tan largo en su duración, tan intenso en su malicia, tan variado en sus formas, tan sostenido en su fondo al par que tan horriblemente injusto para el Abandonado y tan incalculablemente funesto para los que abandonan...? ¿Conocéis un dolor sobre ese dolor...? ¿Conocéis queja más misteriosamente lúgubre que el *Sustinui.....* del Sagrario?

II

EL ANHELO

A la vista de ese dolor, que pesa de modo misterioso e incomprensible por su estado de gloria, pero verdadero, sobre Jesús Sacramentado, ¿qué hacer?

¿Cruzarnos de brazos, encogernos de hombros y..... seguir nuestro camino?

El Evangelio no se sorprendería, porque ya ha visto pasar hombres silbando por delante de Jesús agonizante en la Cruz..... ¡pero la justicia, la gratitud, el más elemental sentimiento de humanidad se estremecerían de espanto...!

Nó, ante ese dolor de un Jesús tan nuestro, y después de todo causado por nosotros y por amor a nosotros llevado, no cabe más respuesta que la reparación de nuestra compañía pronta, generosa y perenne manifestada en una *compasión* sin medida para lamentarlo y en una *acción* sin descanso por repararlo evitándolo o disminuyéndolo.

Ese es nuestro anhelo: *la compañía reparadora*,

1.° por la *Compasión sobre toda compasión*,

2.° por la *Acción esencialmente eucarística*.

Compasión sobre toda compasión

¿No tendrá siquiera derecho, ya que no se le dió el amor, a que se le dé la compasión?

¿Y no merecerá esa queja derecho preferente de compasión entre todas las quejas que exhalen todos los doloridos de la tierra?

No creemos que ninguna boca cristiana y ¿qué decimos? ninguna boca tan sólo honrada, que admita siquiera hipotéticamente la real presencia de Jesús en el Sagrario, vacilara en conceder la supremacía en el derecho a la compasión de los hombres al Corazón de Jesús Sacramentado y abandonado. ¡Triste privilegio, en verdad, y primacía lamentable!

Esperad, pues, huérfanos y hambrientos de pan y de cariño, pobres explotados por la usura, obreros esquilmados por la codicia, mujeres ofendidas por esposos infieles, corazones heridos por la mordedura de la envidia o envenenados por la baba de la calumnia; esperad, duelos por hijos únicos muertos,

amarguras por desilusiones de la vida, desesperaciones por ruinas de fortunas, languideces de enfermedades largas o incurables, desolaciones de la vejez, desencantos de la amistad inconstante; esperad llagas y penas, lástimas y miserias del alma y del cuerpo individuales y sociales de nuestros hermanos los hombres, que antes que a vosotros debemos el jugo de nuestras lágrimas, el interés de nuestras miradas, el auxilio de nuestras manos, la celeridad de nuestros pasos, las ternuras de nuestro corazón a una pena mayor y más acerba que todas vosotras, a un triste, más triste que todos los que devoráis esas penas, a una queja más fundadamente proferida, más injustamente ocasionada y más digna de ser prontamente atendida que vuestras quejas más sentidas y justas.

Esperad, sí, a que sea compadecido el perpetuo Abandonado del Sagrario. La justicia, la más alta y estricta justicia lo pide. Y vuestra conveniencia también; que en nadie como en los débiles afligidos y despreciados, a fuer de representantes suyos, redunda lo bueno o lo malo que por El se haga, y que mal pueden esperar estar de pie derechos de débiles y perseguidos mientras esté pisoteado el derecho y el deseo de Jesucristo Sacramentado, fuente y defensa de todo derecho, de ser conocido, comido, gustado, esperado e imitado.

¿Extrañáis, pues, ahora, A. H., que en medio del trágico concierto de lamentos que al mundo actual arrancan tantos problemas, luchas, conflictos, injus-

ticias y dolores, y más cerca aún de nosotros, en medio de ese cúmulo de necesidades y apremios de orden intelectual, moral y económico que pesa sobre nuestra Diócesis, vuestro Obispo al lanzar su primer grito de padre que ve amenazados a sus hijos al trazar su primera norma de gobierno, al bosquejar su programa de acción, enmudezca ante la gritería que levantan tantos dolores y recoja todas sus fuerzas y guarde el rubor de su vergüenza y la energía de su indignación y la amargura de su espíritu para que la primera vez que se presenta a sus hijos, éstos lo vean avergonzado, indignado y apenado de este ludibrio sobre todo ludibrio, de esa injusticia, mayor que toda injusticia y de esa pena más acerba que todas las penas que se llama el *abandono del Sagrario?*

No queremos ni podemos aparecer ante vosotros de otra suerte.

Mucho nos duele la condición del pobre huerfanito, del pobre niño del arroyo, del pobre obrero, de la pobre viuda, de los pobres todos, y para cada uno de ellos queremos tener un bocado de nuestro pan, una prenda de nuestro abrigo, y lo que más vale, un lugar en nuestro corazón, una preocupación en nuestra solicitud y una preferencia en nuestros desvelos; pero por mucho que nos duela la condición de todos esos queridos pobres, nos conmueve incomparablemente más, hasta destrozarnos el alma, la triste condición del *pobre Jesucristo* en cada uno de sus Sagrarios.....

Para nuestros oídos no hay más que un quejido: *Sustinui..... qui consolaretur: Busqué quien me consolara..... y no lo hallé*, que está atravesando constantemente las rendijas de las puertas desvencijadas de los Sagrarios abandonados.

Para nuestro corazón no hay, ni queremos que haya mientras lata, más que una ocupación la de volcar constantemente el torrente de su compasión sobre ese dolor, más fuerte que todo dolor, que se llama: *Jesús abandonado.....* y no dar compasión a ningún objeto digno de ella sino después que a El, por El y en cuanto lo represente a El.....

La compañía reparadora por la acción esencialmente eucarística

Y para nuestras manos y nuestra boca y nuestra actividad toda, tampoco queremos más ocupación que ésta: Apagar la queja que arranca aquel dolor, llevando y procurando con toda urgencia consuelos al Pobre Abandonado del Sagrario.

¿Cómo?

Con una *acción esencialmente eucarística*, encaminada directamente y no como por accidente o de rechazo a cortar en su raíz los gérmenes de ese abandono; a saber, orientando *todo* nuestro ministerio a obtener o tratar de obtener que

El Evangelio vivo sea conocido.

El Pan vivo sea comido.

El Maná escondido sea gustado.

El Dios del Sagrario sea reverenciado.

La Providencia que en él vive sea tenida en cuenta.

Y el Modelo vivo que en él se exhibe sea copiado.

El Evangelio vivo conocido

¡Cuánto debe el hombre al Evangelio! Lo que sabe de Dios, de su alma y de cuanto más le interesa, a él lo debe. Ningún libro le puede enseñar tanto ni proporcionarle más elementos de felicidad verdadera.

¿Jesús se ha hecho en el Sagrario *Evangelio vivo?*

¿Se reproducen en su vida eucarística las enseñanzas y los milagros de su vida mortal?

Pues ved aquí la que queremos que sea *primera* ocupación de nuestro ministerio: *predicar el Evangelio de la Eucaristía* y predicarlo no sólo con la lengua, sino con la pluma, el ejemplo y de todos los modos que pueda ser predicado.

¡Oh! ¡qué bien les hará a los hombres saber no sólo lo que hizo o dijo en su vida mortal hace veinte siglos, sino lo que hace y dice el Corazón de Jesús en su vida actual de Sagrario!

¡Qué bien les hará enterarse de que aquella mano que se posaba sobre los niños de Galilea y sobre los heridos y enfermos tendidos a orillas de los caminos, sigue levantada en cada Sagrario para caer bendiciendo sobre las cabecitas de niños presentados por sus padres y sobre todas las llagas y lástimas, y que aquellos ojos del dulce Nazareno

siguen mirando a los Pedros que niegan y lloran, a las Magdalenas que pecan y ungen, a los ladrones que piden perdón; que aquella augusta boca, que se abría en lo alto del monte, sigue predicando Bienaventuranzas de pobres de espíritu y de perseguidos por la justicia (1); que aquellas sienes benditas siguen coronadas con punzantes espinas de blasfemias de hijos, y que aquel costado sigue abierto para dar entrada al mismo Corazón que hizo la Eucaristía y se dejó crucificar una vez en el Calvario y millones de veces en las aras consagradas!...

Ayudadnos, amados Cooperadores en el sagrado ministerio, a llevar con prisa al pueblo ese *Evangelio* de la Eucaristía; el pueblo ha dejado de sentir por Jesucristo aquella irresistible simpatía que le impelía a seguirlo, hasta olvidándose de la comida, porque ha dejado de verlo. Jesús y el pueblo se entienden con sólo verse.

Esta es la mejor obra de caridad individual y social que podemos vosotros y Nos hacer por el pueblo; mostrarle a Jesús, hacérselo ver ¿cómo? predicándole el *Evangelio vivo de la Eucaristía*, y predicándoselo con tal desnudez de pretensiones oratorias, con tal viveza de Fe, con tal persuasión de palabra y conformidad de vida a la palabra, que al eco de nuestra predicación, llegue el pueblo casi a oír y ver y sentir al Jesús de sus hasta naturales simpatías en la Hostia consagrada.

(1) Math. V., 3, 10.

Esa enseñanza constante del Evangelio a niños y a hombres, a pobres y ricos auxiliada por la del *Catecismo* que es el *Evangelio explicado*, (1) y de la *Liturgia* que es el *Evangelio sentido*, devolvería al pueblo la noción verdadera del Sagrario que un Jansenismo de muchos estilos, que ha pasado junto a él, le ha ido obscureciendo y tergiversando.

¡El Sagrario *Casa paterna* más que *Trono empíreo* y que *Palacio real!*

¡Casa para vivir y no *armario* para guardar cosas, aunque sean muy ricas!

El Pan vivo comido

¡Qué poco se comulga! ¡Mensa Domini despecta est! (2).

A pesar de habernos tocado vivir en días de indiscutible reacción eucarística y de incuestionable superioridad de número de comuniones sobre los que nos precedieron, volvemos a exclamar: ¡Qué poco se comulga!

Pueblos y pueblos en los que se pasan meses sin que se abra el Sagrario, en los que se perdió la costumbre, a la vez obligación, de comulgar por

(1) ¡Cuánto Nos viene gustando y edificando el proceder de nuestro Excmo. Cabildo y de no pocos Párrocos que, deferentes a un ruego que hace tiempo les hicimos, vienen cada Domingo y fiesta explicando o leyendo el Catecismo en las Misas rezadas a hora fija! ¡Cómo ansiamos ver extendido ese ejemplo por todas las iglesias!

(2) Malach., I, 7.

Pascua, en los que hace años que no comulga ningún hombre ni se administra el Santo Viático a ningún enfermo, en los que..... ¡sabemos tantas cosas tristes...!

Y entretanto Jesucristo hecho *Pan de vida* en el Sagrario devorando la amarga contrariedad de no verse comido por sus hambrientos hijos.....

Entretanto las almas pasando del hambre a la anemia, de la anemia a la postración, a la agonía y ¡a la muerte por hambre! ¡a un paso del Pan de vida!

Párrocos y guardadores de Sagrarios, que pasáis por la dolorosa afrenta de tener que consumir cada semana las mismas Formas que consagrásteis la semana anterior y que nadie ha venido a buscar o recibir.

Sacerdotes todos a quienes duela ese sacrílego desaire que padece permanentemente ese *Pan* de vida no comido.

¿Vamos a echarnos por calles y plazas, por caminos y encrucijadas a buscar con todo el ingenio y todo el calor de nuestro celo comensales que llenen la *Mesa vacía* de nuestro Padre?

No regateéis incomodidades ni sacrificios, sentáos en vuestros confesonarios antes que salga el sol, para que los pobres y los ocupados puedan acercarse al Sagrario, y aunque nadie se acerque, sentáos siempre y prestáos de cuantos modos podáis para facilitar la aproximación de las almas al Sagrario.

Y ¿los niños? ¡Cómo le consuelan al Corazón de

Jesús las Comuniones ingenuas y limpias de los niños!

¡Qué pena nos ha dado al saber que en algunos pueblos o parroquias por la escasez o la enfermedad o la vejez de los Sacerdotes, los niños tienen que contentarse con visitar al Señor sin recibirlo, porque no encuentra quien los confiese!

Y ya que de Comunión de niños hablamos, aprovechamos la ocasión para dirigir un ruego con todo el interés de nuestro corazón a los buenos Maestros católicos de nuestra Diócesis, Religiosos y Seglares, a saber: *que siembran en el alma de sus alumnos muchas Hostias consagradas.....* Mientras más abundante y prematura sea esa siembra, más arraigadas quedarán en esas almas las otras siembras de sus buenas enseñanzas.

No, no quisiéremos que se contentaran con la Comunión anual, ni aun con la mensual, sino que se tendiera a la semanal sin parar hasta llegar a la diaria.

Dificultades tiene, lo sabemos; pero también sabemos que un celo ilustrado e ingenioso las vence, así como que quedan muy compensados los esfuerzos por vencerlas con el precioso y rico fruto que se obtiene con esas Comuniones infantiles en la formación del carácter, en la conservación de la pureza del alma y hasta en el despejo de la inteligencia y en la robustez del cuerpo.

Ut impleatur domus mea. Que se llene la Casa, ya que no de hijos mayores, que no quieren ir, de los pequeñitos!...

¡Que no quede ni una migaja de Pan partido y sin comer en la Casa de nuestro Padre! Que eso es pena honda y desprecio amargo para El y enfermedad y muerte para nosotros.

El maná escondido gustado

Jesús comido es sostén; Jesús saboreado, regalo y dulzura de exquisita miel sobre todas las mieles labradas en las colmenas de la tierra.

Como más que explicación razonada de ideas, estamos haciendo índice de deseos del Corazón de Jesús y anhelos del nuestro y modos de satisfacerlos, nos contentaremos con repetir aquí las palabras de S. Bernardo cantando las excelencias del dulcísimo Nombre de Jesús.

Jesu..... in aure dulce canticum,
In ore mel mirificum,
In corde nectar cœlicum.

Eso es Jesús tratado en la intimidad de su vida eucarística, *mirado despacio* con los ojos de la Fe viva y tratadó familiarmente en la meditación afectuosa y paladeado en la acción jugosa de gracias de Comuniones bien preparadas. *Miel* en la boca que se abre para contarle penas y gozos, esperanzas y temores, aspiraciones del alma, arrepentimientos del corazón y alabanzas y agradecimientos.

Melodía regalada en el oido, que se pone a escuchar la respuesta, que más que con su boca con su Corazón da, a lo que contó o preguntó nuestra piedad.

Júbilo inefable en el corazón, que después de saborearlo, ya no sabe desear otra cosa ni suspirar más que por El.

Y, sin embargo, ¡qué poco se habla con Jesús Sacramentado!

Y más todavía ¡qué pocos de los que le hablan se ponen a escucharlo!

Ved aquí, queridos cooperadores, otro nuevo campo para vuestro celo y otra gran cosecha de consuelos que preparar para el Abandonado del Sagrario.

Comencemos nosotros por llenar nuestra boca de esa rica miel y nuestro oído de esa melodía y nuestro corazón de ese júbilo inefable, y lo que nos rebose, dejémoslo caer sobre las almas cuya dirección nos está encomendada.

¡Ah! no os déis por contentos con que vuestras Iglesias estén concurridas, vuestras Misas oídas y vuestros sermones escuchados; no descanséis hasta establecer *el diálogo* familiar e íntimo entre el Jesús de vuestros Sagrarios y cada una de aquellas almas; ni creáis que no tenéis nada que hacer entre los contados fieles que acuden, mientras quede, una viejecita o un niño, a quien enseñar a estar sin aburrirse en el Sagrario.

Tenemos motivos, y no Nos referimos ahora a Diócesis o lugares determinados, para declarar lamentándolo con todo el corazón que el mundo actual de las almas padece crisis horrible de Directores y padres espirituales. Son legión las almas desperdiciadas, desaprovechadas, inutilizadas, frus-

tradas, desorientadas que yacen alrededor de la *piscina* esperando al *hombre* que les dé la mano.

Y cuenta que no hay que pensar en formar *núcleos de escogidos* sobre los que fundar confiadamente la Acción Católica y por ella la reacción o resurrección moral y social de tantos pueblos muertos o agonizantes en la Fe, si no es entre las almas que sepan hablar, escuchar y saborear a Jesús Sacramentado.....

¡Maná escondido de nuestros Sagrarios, enséñanos a saborearte!

Y aquí faltaríamos a la justicia si nuestra mano no consignara una palabra agradecida de bendición y aliento a nuestros *Misioneros Eucarísticos Diocesanos* que tan a gusto de nuestros amadísimos Párrocos, a quienes con toda voluntad sirven, y del Corazón de Jesús y nuestro, van por los pueblos despertando hambres de Sagrario y regalando a las almas con las dulzuras inefables que les descubren y dan a gustar

Dios reverenciado

En medio de sus humillaciones y anonadamientos de Sagrario el Jesús que en él mora es Dios.

Y a Dios se debe adoración rendida y culto decoroso.

La tinta de nuestra pluma no es suficientemente negra, ni el acento de nuestra pena es bastantemente amargo para pintar y llorar cómo está Dios tratado en muchos Sagrarios y templos cristianos.

Unos techos que dejan pasar las aguas y los vientos, unos muros despintados, grieteados e inclinados como bajo el peso de una afrenta, un altar apolillado, mal remendado y peor adornado, un Sagrario ¡Señor, en qué casas os han visto nuestros ojos! desvencijado, unos ornamentos descoloridos y rasgados, el coro sin órgano ni aun un modesto melódium, los cargos de sochantre y sacristán vacante, porque ganan más los hijos del pueblo guardando cerdos que desempeñándolos.....

¡Señor de la gloria, Dios nuestro! ¿no es eso y a las veces peor que eso lo que te dan tus ¡hijos! en muchos templos?

Y ¡claro! las solemnidades litúrgicas, las augustas ceremonias, los suaves atractivos del culto externo y de la música sagrada ¡ni conocidos siquiera!

¡Cuántas quejas y cuántos planes de remedio nos suscita esa postergación y ese maltrato de Dios en su propia casa!

Estampando aquí con toda la fuerza de nuestra mano la más enérgica protesta contra tamaño ultraje, que tanto Nos viene doliendo, y dejando para otra ocasión el planteamiento de proyectos que devuelvan a la Casa y al culto de Dios su decoro, Nos limitamos ahora a pedir con todas las veras de nuestra alma a ese Dios deshonrado de nuestros templos ruinosos, que haga renacer en el alma de los feligreses de cada Parroquia, singularmente los preferidos de la fortuna, la conciencia de sus deberes para con su clero pobre y para con su culto y su templo paupérrimos y que desaparezca de entre los pueblos ¡cristianos! ese espectáculo sacrílega-

mente bochornoso de que la casa más pobre, descuidada y arruinada sea ¡la casa de Dios!

Queremos, sin embargo, aprovechar esta ocasión para agradecer a nuestro Excmo. Cabildo el ferviente empeño con que ha emprendido la reforma del Canto litúrgico y a los celosos Párrocos y Superiores y Superioras de Pensionados que con los niños, alumnos de éstos o de sus Catequesis van cooperando a esa reforma tan deseada, organizando *Sholas cantorum* y llevando al pueblo al gusto y a la práctica de la Sda. Liturgia.

La Providencia con que se cuenta

Si tuviéramos viva la Fe, y si no la tuviéramos como localizada en un rincón de nuestro entendimiento sin llenarlo todo entero y sin bajar a nuestro corazón y hasta a nuestros nervios circulando por todo nuestro ser espiritual, como la sangre circula por nuestro ser físico; si fuéramos consecuentes con nuestra Fe en la presencia real de Jesucristo en nuestros Sagrarios: ¡Cómo deberíamos pensar, querer, sentir y proceder de manera distinta a la en que pensamos, queremos, sentimos y procedemos!

El nacimiento de un hijo, el advenimiento de un pariente, la visita de un huésped pone a los de la casa en trance de contar con él. Más aún; somos por naturaleza tan indigentes, que nos interesa y hasta nos preocupa el rayo de sol que nos abriga, el sorbo de agua que nos refresca, la mirada afable y la palabra graciosa que condimenta con alegría

las seriedades de nuestra vida, y hasta tal punto llegan a influir en nuestro espíritu estas y otras pequeñeces, que la privación de cualquiera de ellas lo pone a las veces tan triste y variado, que le fuerza a enjuiciar de modo opuesto al que le dictaría la razón serena.

Llena está la historia de grandes hazañas y catástrofes espantosas producidas, al parecer, por la acción de grandes causas, y en realidad por la de esas pequeñeces.

Y ahora Nos preguntamos: La estancia de Jesucristo, Dios y Hombre verdadero, con todo su poder de Dios y toda su ternura de Corazón de Hombre, el que hace nacer cada mañana su sol para buenos y malos y provee de alimento abundante a las aves del cielo y de vestido misterioso a los lirios del campo (1), la estancia de Jesucristo, repetimos, en donde quiera que se reune un puñado de hombres ¿no merece ejercer influencia en la vida de éstos? ¿No merece siquiera que cambie un poco el gesto de sus caras, el enjuiciar de sus entendimientos, el aficionarse de sus corazones...?

Si hay un resto de lógica y de rectitud y de instinto de conservación en esos hombres, lo menos que pueden hacer con ese Jesús que se viene a vivir con ellos y a dormir bajo sus mismos techos es ¡fiarse de El! ¡contar con El!

(1) Math. VI, 26, 28.

¡Ay, hermanos queridísimos!, ¡qué poco, qué nada se cuenta con Jesús Sacramentado!

¡Qué hartos estamos de ver y oir a los ¡cristianos! y a los ¡más íntimos! ajustar sus cuentas en pagano, lo mismo que si El no existiera! ¡Lo mismo que si no estuviera repitiendo casi al oido de cada uno en su Sagrario: ¡primero *el reino de Dios!* y dispuesto en cada momento a cumplir su promesa: *¡después, las añadiduras!*

¡Cómo le dolerá verse influir menos que el rayo de sol, el sorbo de agua, la mirada de un transeunte...!

Y porque se ajustan así las cuentas, con absoluta prescindencia de El, sin miras sobrenaturales y sólo con matemáticas terrenas, que son siempre egoistas, ¡qué raquíticas *sumas totales* arrojan nuestras mismas obras de caridad y de celo y de acción social y de propagandas buenas...!

¡Ah! si nos fiáramos del *Evangelio vivo* del Sagrario, ¡cómo no habría que lamentar tanto laicismo en obras católicas y tanto trabajar sin fruto y moverse sin orientación y luchar por pasión y buscar auxilios en vano en obras de Dios, por no contar con Dios!

El modelo copiado

Y llegamos, a la última forma del abandono del Sagrario que Nos propusimos dar a conocer y a remediar y que es a su vez la última razón de todos los abandonos hasta ahora denunciados y llorados.

Jesús nació para ser Maestro...

Maestro fué en su vida mortal y Maestro sigue siendo en su vida eucarística. Y ¡cosa extraña! siendo la *Palabra de Dios*, ha querido manifestarse Maestro más veces y más tiempo por su ejemplo que por su palabra.

De los treinta y tres años de aquella vida, treinta obra, y tres sin dejar de obrar, habla.

En los siglos y siglos de su vida de Sagrario sólo obra, siempre calla.

Verdad es que las lecciones, o mejor, la única lección que las comprende todas, que ese Maestro soberano tiene que dar al mundo, es más para enseñarlas con obras y en silencio, que con ruido de palabras.

La lección única

Esa lección se reduce a esto: a que el hombre lleve su amor a Dios sobre todo y a los prójimos por El hasta el desprecio de sí mismo, esto es: el *reinado del amor a todos sobre la humildad de cada uno.*

Y decimos que esa es la *única lección*, porque ella sola basta y comprende todas las demás.

Si todo pecado y toda subversión del orden, tanto moral como social tiene su principio y su raíz en la soberbia, y toda soberbia es egoísmo, la lección que más urgentemente necesita el hombre, para rehabilitarse en el orden, es lección de caridad y de humildad.

Son ellas las que lo colocan aun socialmente en su puesto ante Dios y entre los hombres y sin ellas son miembros dislocados o amputados del cuerpo social, que bien pronto se gangrenarán y contagiarán a sus vecinos.

Sociedad, nación, pueblo, familia, individuo, que no se asiente sobre esos dos sillares de la caridad y de la humildad, tal como las predica la Madre Iglesia, estarán condenados a desorden perpetuo, inestabilidad perenne y constante amenaza de ruina, y a no llegar jamás a hacer paces duraderas ni con la justicia, ni con la libertad, ni con el respeto al derecho.

El Maestro único

No hay más Maestro que Jesucristo. El es el sólo Maestro; ningún otro cuenta con la autoridad con que El manda, con los auxilios con que puede hacerse obedecer, ni con la sanción que puede imponer.

El Magisterio de su palabra se lo ha confiado a su Iglesia visible, el del ejemplo se lo ha reservado para ejercerlo en su cátedra silenciosa del Sagrario.

Y ¡qué Pedagogía la de este Maestro!

Para enseñar *con obras* de caridad, inventa la traza de *darse* en cada Hostia consagrada a cada hombre que le busque, y para enseñar *con obras* de humildad, *se da en silencio* lo mismo al bueno que al malo, al agradecido como al ingrato, al que le alaba como al que le maldice, al que viene como al que abandona...

Ese, ese es el gran Maestro, esa la gran lección, ese el gran Modelo que los hombres y los pueblos necesitan copiar para que vuelvan a ser justos y rectos, y así se conserven.

Esa es la grande, la divina Pedagogía, la no entendida Pedagogía del Sagrario: el Maestro Jesús hecho *Hostia callada* para enseñar intuitivamente a los hombres a dar mucho sin pedir ni esperar nada, a entronizar su amor silencioso al prójimo sobre las ruinas de su orgullo charlatán, absorbente y dominante y de esta suerte hacer imposibles todos los conflictos y todas las contiendas entre aquellos.

Ahora una sola pregunta os dará la clave de los abandonos de Jesús en su Sagrario.

¿Reinan la caridad y la humildad entre los hombres? o mejor, ¿son caritativos y humildes los hombres?

La respuesta la hallaréis en el número de los que frecuentan el Sagrario.

El único por qué

¿Os explicáis ahora el misterio del abandono del Sagrario? ¿Véis por qué *Jesús Evangelio* no es conocido, *Jesús Pan* no es comido, *Jesús maná* no es saboreado, *Jesús Dios* no es reverenciado, *Jesús Providencia* no es tenido en cuenta?

Por esto sólo: porque *Jesús-Modelo* de caridad y humildad no es imitado.

¡Los hombres se obstinan en hacer lo contrario:

El ama a los demás hasta el anonadamiento de sí mismo!

El hombre se ama a sí mismo hasta el aniquilamiento de los demás.

Y ved aquí toda la trascendencia de ese mal del abandono, que para muchos es mal para ser deplorado y sentido sólo por almas pías o espíritus muy elevados entre las sombras del Santuario y cuyos efectos *sólo* se hacen sentir en un orden puramente ascético.

Ese mal del abandono del Sagrario empieza por poner en los labios del Maestro dulce el más amargo de los desaires para que perpetuamente los esté probando, pasa por las caras y las almas de los que *empiezan a irse*, como aire de infierno que marchita, calcina y endurece y acaba por poner en la mirada de los *que se fueron* el desdén o la fiereza del orgullo, en la cara el gesto afilado de la envidia, en el corazón el amargo acíbar del odio, en las entrañas todo un infierno de rebeldías, egoísmos, tiranías, enconos, venganzas insaciables..... Superbia eorum qui te oderunt ascendit, semper. (Ps. LXXII, 24.)

Amor callado, silencio solemne del Sagrario cristiano ¡cuánto haces y enseñas! ¡bienaventurados los que te entienden y se abisman en tus misterios! *Ascensiones in corde suo disposuit....* (1).

(1) Ps. LXXXIII, 6.

Compañía que acompaña

¡Caridad y humildad! Estas son las lámparas con las que quiere estar perpetuamente alumbrado en sus Tabernáculos el Jesús de la *Hostia callada*.

Esa es la compañía que de verdad le acompaña; y si lo que de El sabemos, comemos y gustamos y lo que en El reverenciamos y lo que con El contamos no lo convertimos en aceite que alimente esas lámparas, si *nuestro ir al Sagrario no nos hace vivir más para el amor cada vez más fino y abnegado de los hermanos y morir a nuestro amor propio*, ¡recelemos! nó de lo que se nos da, sino del modo como lo recibimos y lo usamos, y ¡oigámoslo bien! lo que dábamos por compañía, no lo era: nos engañábamos o tratábamos de engañarlo a El..... ¡Jesús seguirá sintiéndose abandonado y profiriendo su queja: SUSTINUI....!

....

Tibi derelictus est pauper

El tesoro de un Obispo son sus pobres y el cuidado de ellos su negocio preferente. El Padre celestial se los ha confiado.

Al Obispo dice mientras mira a cada uno de los pobres de su Diócesis:

«A ti se te ha dejado el pobre, tú serás el ayudador del huérfano.» (Ps. IX, 35.)

Ved aquí, en qué queremos emplear nuestra vida de Obispo.

El Corazón de Jesús, el Pobre más necesitado de cuántos pobres se Nos han confiado se queja mucho de verse abandonado en sus casas de la tierra.

Nos queremos que cada paso que demos, cada palabra que pronunciemos, cada gota de sudor que derramemos, cada aliento de nuestros pulmones, cada palpitación de nuestro corazón en cada uno de los días que Dios sea servido de tenernos entre vosotros sean otros tantos consuelos que respondan a esa queja.

Nos quisiéramos que cada día de nuestro Pontificado se señalara por una disminución de motivos de quejas.

¡Qué felicidad la nuestra si pudiéramos cerrar nuestro balance de cada año con esta fórmula: *Este año se ha quejado menos Jesús Sacramentado.....*

Y vosotros, pobres de nuestra tierra, niños sin madres, compañeros de abandonos y representantes del pobre Jesucristo, desvalidos sin protección, enfermos sin esperanzas, esperadnos también, que no acertamos a separarnos de vuestro augusto Representado. ¡A vosotros vamos, pero un poco después que a El! que es preciso que los ojos que os van a mirar y las manos que os van a levantar y las bocas que os van a consolar y los corazones que os van a compadecer se unían antes con el aceite bendito de la compasión del Sagrario abandonado, que esa unción dará multiplicaciones infinitas de virtud y santas fecundidades al interés de aquellas miradas, al poder de aquellas manos, al

acento de aquellas palabras al calor de aquellos cariños.....

Con quien contamos

Venerables Sacerdotes seculares y regulares, hermanos de nuestro corazón y cooperadores de nuestro Ministerio, querido seminario, niña de nuestros ojos, relicario de nuestras más acariciadas esperanzas, fragua de corazones apostólicos y escuela de consoladores de Sagrarios, carísimas Religiosas, *Marías* y *Martas* de las Betanias en que descansa y se recrea Jesús, Hermandades y Asociaciones de culto para Dios y la caridad para con sus pobres, fieles todos queridísimos, hijos de la Virgen de la Victoria, con el auxilio del Corazón de Jesús y el vuestro contamos. El suyo estamos ciertos que no Nos falta. ¡El Nos ha puesto aquí!

¿Nos faltará el vuestro? También estamos cierto que no Nos faltará.

La docilidad pronta, la generosidad larga, y ¿por qué no decirlo? el cariño sincero con que habéis acompañado al Obispo Auxiliar y al Administrador Apostólico son prenda y augurio de la cooperación dócil, generosa y afectuosa con que váis a acompañar al Obispo propio.

Corazón de Jesús de cada uno de los Sagrarios malagueños, espéranos; tu pueblo y tu Clero hacia Ti vamos..... para que te quejes menos..... para que no tengas de qué quejarte más.....

Madre Inmaculada, Patrona de la Diócesis y Madrina de su Obispo, Camino de los que van a

Jesús y Victoria de los que por El trabajan, Patriarca San José, Santos Patronos Ciriaco y Paula, San Patricio, glorioso Predecesor nuestro, B. Diego de Cádiz, Apóstol de nuestra tierra que dejaste regada con tus sudores y enjoyada con tus restos venerados, Santos Angeles de la Guarda de la Diócesis y de cada uno de sus pueblos y de sus hijos, Bienaventurados de la gloria nacidos en solar malagueño, enseñadnos a ir, a estar y a no volvernos.

¡Que no llore Jesús Sacramentado más abandonos de hijos!

Et...!! inveni

Hermanos e hijos queridísimos, Vosotros y Nos hemos un día de dar cuenta de nuestros actos a Dios, Juez inapelable de vivos y muertos.

Por disposición soberana de ese Juez, los pobres y abandonados de la tierra serán nuestros testigos, y lo que por ellos hayamos hecho o dejado de hacer, la causa de nuestro juicio.

Busqué quien me consolara en mis Sagrarios y en mis pobres... se ha de decir en aquel instante supremo, del que penderá nuestra eternidad, por los mismos labios del que tantas veces se quejó en nuestros Sagrarios y por la boca de sus pobres.....

¿No Nos gustará oir de esos mismos labios, dirigiéndose a cada uno de vosotros... Y LO ENCONTRÉ?

Amén, amén, amén.

VII

El Apostolado por medio de la Eucaristía puesto en marcha.

Conozco dos obras que por los años de vida y por los triunfos verdaderamente colosales y, hasta diría, milagrosos obtenidos, bien merecen citarse, como comprobación incontestable de lo que puede cerca del Corazón de Jesús y de los corazones humanos, aun los más duros, el apostolado por medio de la Eucaristía dada a conocer, amar, gustar, comer, imitar y desagraviar.

Esas dos obras son la de las *Marías y Discípulos de S. Juan de los Sagrarios Calvarios* y la de los *Misioneros Eucarísticos diocesanos.*

Por lo conocida y extendida que está la primera, prefiero detenerme en estas páginas, dando a conocer la índole y marcha de la otra, mucho menos extendida y conocida.

Los párrafos de una pastoral mía del primer Viernes de Febrero de 1918, os dirán *Cómo nació la Obra de los Misioneros Eucarísticos diocesanos.*

«Lo que vamos descubriendo

Médico y padre más que legislador, vamos recorriendo los pueblos con oídos y ojos abiertos para descubrir enfermedades y ¡ay! ¡cuántos Sagrarios han oído los gemidos que a nuestro corazón han arrancado la vista de tanto enfermo y ¿por qué no decir la verdad? tanto muerto del alma!

Si, a través de las férvidas y, más aún, delirantes demostraciones de cariño con que Nos reciben los pueblos que visitamos, reveladoras, sin duda alguna, de lo arraigado y añejo de sus creencias, y de la hidalguía de sus pechos y aun a pesar de su índole festiva y graciosa, y formando contraste con la belleza y esplendidez del paisaje hemos adivinado que padecen una *gran inquietud* o una *gran tristeza.* (1)

¿La causa? La hemos indagado. Verdad que nuestros pueblos padecen mucha falta de pan como consecuencia de la pobreza de la tierra y de la exageradión de los tributos. Pero no es esa toda la causa, hemos hallado otra más honda y más eficaz.

Nos la han revelado la pobreza rayana en la miseria y el estado de ruina o peligro de ella de la *mayor parte* de los templos que visitamos, la escasez en que vive el *único* sacerdote de pueblos de *dos, cuatro* y *seis mil* almas, obligado a sustentarse casi exclusivamente de exigua nómina oficial y sin contar apenas con un estipendio de Misa, la falta de solemnidad del culto por no poder costear cantor, ni órgano, ni organista, la ausencia casi completa o la languidez de vida de asociaciones religiosas o de caridad, y de otras organizaciones católicas de propaganda y, lo más triste, el número tan reducido de fieles, no que comulguen diaria o

(1) Cuando en 1938, después de la tragedia roja que ha vivido Málaga en 1931, 1936 y 37, leo estas páginas y exclamo: ¡Qué terribles son tus juicios, Señor!

frecuentemente, que esto no se conoce en hartos pueblos, sino que cumplan con el precepto de los días festivos y Pascual.

¿Hablar o callar?

Triste, es el cuadro en verdad y quizás parecerá a alguno que fuera más prudente no sacarlo a la luz; pero lo estimamos tan verdadero como digno de ser conocido.

Tratárase de un mal que se curara con lágrimas y lamentaciones y ya lo habríamos curado con tantas como nos viene costando; pero no es así; es un mal de muchos y en el que muchos tienen su parte.

Trátase de un mal de muchas gentes extendidas en muchos pueblos, y, así como la indolencia, el mal ejemplo, el descuido, la transgresión descarada, las condescendencias con las malas propagandas de no pocos de los de arriba tienen gran parte en esa desobediencia y olvido del deber en que viven los de abajo, también en esa obra de reforma, de resurrección espiritual hácese preciso la cooperación de muchos, de cuantos por lo menos han tenido parte en aquella gran falta con sus omisiones o comisiones.

El gran mal

Digámoslo de una vez, aunque el corazón se nos desgarre de pena: nuestros pueblos están desolados moral, espiritual y hasta económicamente porque *están a punto de quedarse sin Jesucristo, o se han quedado sin El.*

Y decimos que están a punto, porque, pese a las ideas, a los hechos y a la voluntad de los hombres de hoy, quedan en pie costumbres del ayer cristiano y rescoldos de Fe; pero de un modo o de otro prácticamente nuestros pueblos se han quedado sin Jesucristo.

¡Quedarse sin Jesucristo los niños al abrir los ojos a la luz, las doncellas al poner los pies en el plano inclinado de las ilusiones de la juventud, los mozos al entrar en la lucha ineludible entre el deber y la pasión, los ricos y los pobres en sus perpetuas contiendas, los moribundos en los últimos estremecimientos de sus agonías, los crucificados de la enfermedad, del dolor, de la calumnia, los perseguidos, los abrumados por el remordimiento!... ¿Quién puede medir toda la acerbidad de ese mal del pueblo y de ese gran dolor de Jesucristo?

¡Quedarse sin Jesucristo y sin sustitución! Que la experiencia y la historia enseñan, que Jesucristo es insustituíble y que por esa imposibilidad de la sustitución quedan en más deplorable situación los pueblos que lo pierden que los que nunca lo tuvieron.

¡Vivir tan cerca y tan separados Jesucristo y sus pueblos!

Y ¿no es ese el Jesucristo de nuestros pueblos? En la mayor parte de éstos El no es *comido* en la Comunión, *no es oído* en la predicación, *no es visitado* en su Casa, *no es suplicado* en la oración, *no es imitado* en las costumbres y *no es tenido* en cuenta para nada.....

¡Qué! ¿pueden llamarse seriamente pueblos *cristianos* los que así tratan a Jesucristo?

¿Puede un Obispo descansar sobre la Fe y la Religiosidad de pueblos que, sosteniendo tabernas y casinos a granel, ven impasibles la ruina y hasta la desaparición de su única Iglesia y sin ella se quedan años y años?

Podemos aseguraros, amadísimos Hermanos e Hijos, que cada vez, y son hartas, que llega a nuestra noticia el derrumbamiento o la clausura de un templo ruinoso, en nuestra mente y en nuestro corazón se reproduce la triste escena de Jesucristo *echado de su pueblo, Nazareth, Pertrasiens per medium illorum ibat*..... ¡Jesús que se va!

¡A eso nos saben esas noticias!

Una dolorosa experiencia nos viene enseñando que, salvo accidentes repentinos como rayos, terremotos, etc., todo templo, que se cae o se cierra por ruinoso, es *símbolo* y *efecto* de un pueblo también caído o ruinoso en su Fe y que, antes de ser echado de su templo material, lo ha sido de los *templos espirituales* de las almas de sus vecinos.

¡Que todo esto es duro! lo confesamos; pero tan cierto como duro y tan necesario por consiguiente de ser descubierto, no sólo para deplorarlo, sino para intentar urgentemente el remedio.

Nos llevaría más allá de nuestro intento el preguntar y responder ¿quién o quienes llevaron al cabo tamaña felonía? ¿Cómo se ha llegado en una tierra católica y aún enmedio de costumbres

a pesar de todo cristianas a esa desaparición tan cruel como injusta?

Nos llevaría, repetimos, demasiado lejos la respuesta que aplazamos para otro día.

Serán muchos los ratos que departiremos con vosotros sobre este tema, como son muchas las horas también en las que su consideración nos amarga el alma.

Pero ahora sólo queremos hacer constar este tristísimo hecho de la separación en que viven Jesucristo y muchos de nuestros pueblos, *como causa* de la gran inquietud y tristeza que padecen éstos y como una confirmación más de la palabra que el Maestro está siempre diciendo a las almas y a los pueblos: *Sin Mí nada podéis.*

El remedio

¿Cuál es? A nuestro entender, muy fácil de decir y muy difícil de aplicar.

Si el mal de nuestros pueblos que tratamos de curar y causa a su vez de incontables males de todos los órdenes es la *incomunicación* con *Jesucristo*, el remedio no puede ser otro que la *comunicación* con El.

Si los *sarmientos* se han secado porque se separaron de la *vid* no les queda otro recurso que o dejarse llevar al quemadero o esperar el *milagro*, que la naturaleza no sabe hacer, de una *nueva incorporación* a su *vid.*

Tratándose de pueblos cristianos, Nos no le reconocemos más que estos dos destinos y estos dos

estados, el del sarmiento unido a su vid o el del sarmiento separado de ella, y ambos con su historia escrita con una anticipación de veinte siglos en el Evangelio.

¿Viven los pueblos unidos de verdad en comunicación de Fe y de Caridad con su vid, Jesucristo?

Pues ved aquí su historia invariable: *hic fert fructum multum..... Quodcumque volueritis, petetis et fiet vobis...* (1). Recogerá frutos abundantes de vida y lo podrá todo...

¿Se apartan de El? Leed su historia. *Mittetur foras sicut palmes, et arescet, et colligent eum, et in ignem mittent, et ardet.....* (2).

Serán arrojados fuera, se secarán, serán apretados como haces de leña y arrojados al fuego.....

Sí, hay que *pedir* y que *preparar* el milagro de la *reincorporación* de estos pobres *sarmientos* de tan triste destino a su *vid.* ¡Esa, esa será la única y verdadera renovación!

¿Cómo?

Y aquí empieza lo difícil de la cura, como a primera vista lo demuestra la infinita variedad de procedimientos inventados para aplicarla.

Todos convienen, hablamos de católicos, en la naturaleza del remedio, que no puede ser otro que la *reincorporación*, o sea, la vuelta a Jesucristo.

Pero en cuanto al procedimiento o al modo de ese retorno ¡cuántas sentencias! ¡cuántos sistemas!

(1) Juan, 15. (2) Ibid.

Sin tratar de dictar una sentencia definitiva, creemos estar en lo cierto y marchar sobre seguro, si partimos de estos

Dos principios:

1.° *Que la obra de retorno del pueblo a Jesucristo es obra más que todo sobrenatural, que Dios se digna hacer a medias con nosotros.*

Dios dando lo principal, que es la *gracia*, de *conversión* a los que han de volver y de *perseverancia* y de *fecundidad* a los que trabajamos, y nosotros *preparando* y *secundando* la obra de Dios con nuestro *trabajo* y nuestra *oración*.

2.° *Que es más práctico, fácil y provechoso empezar a trabajar por ese retorno preparando el de los que están más cerca que el de los que están más lejos.*

Se gana tiempo, se ahorran energías, se multiplican los agentes auxiliares y se afirman los cimientos.

Firmes en estos dos principios tan indiscutibles como desgraciadamente tan poco tenidos en cuenta, hemos puesto mano en la ardua empresa de volver a nuestros pueblos a Jesucristo. Y como los más cercanos a El son los Sacerdotes, ¡trabajan tanto el mundo, el demonio y la carne por tenerlos separados! los niños y las almas que aún conservan la fe más o menos amortiguada, por ahí hemos comenzado.

A este plan obedece nuestra incesante labor por la santificación y mejoramiento en todos los órdenes de nuestro amadísimo y, podemos con gusto

añadir, dócil Clero, y de nuestro querido Seminario, objeto de nuestras predilecciones; a ese mismo plan obedece nuestro intento, a Dios gracias ya en camino de trocarse en risueña realidad, de creación de escuelas parroquiales netamente eucarísticas, nuestro empeño en urgir y fomentar la catequesis de niños y adultos en todas sus formas y principalmente, y os lo decimos con el alma henchida de esperanza, la Obra que hoy os presentamos y que va a buscar a esas almas que *todavía* no se han ido, *acaban* de irse o *están prontas* a volver.

La exposición que de ella os hacemos nos releva de encareceros su trascendencia y utilidad para el fin de que os hablábamos.

Obra de los Misioneros Eucarísticos Diocesanos

No os la presentamos como *panacea* de todos los males espirituales, morales y económicos que padecen nuestros pueblos, pero sí como *principio* o *condición* de remedio.

Podemos aseguraros que casi desde que comenzamos la Visita de los pueblos, Nos la está reclamando nuestro corazón de padre ansioso de llegar con remedios oportunos a los males que aquejan a sus hijos.

Lean con interés nuestros Párrocos y Sacerdotes esos renglones dictados por una *gran pena*, la de ver a nuestros pueblos tan lejos del Corazón de Cristo que tanto los quiere, y por un *gran deseo*, el de ver unidos el Corazón de Jesús y el corazón del

pueblo bajo la bóveda del Sagrario y bajo el techo del hogar.

Fin

Remediar los tres abandonos más perjudiciales de un pueblo, el de Jesucristo Sacramentado, el del Cura y el de las almas, mediante la formación y el sostenimiento de núcleos de almas sólidamente piadosas que desagravien y acompañen al Primero, auxilien al segundo y aproximen al Uno y al otro a las terceras.

Fe y piedad de los pueblos

El aislamiento en que vive Jesucristo es tan cierto como triste y extendido. Unas veces, es odio del pueblo a El, otras, las más, es indiferencia e ignorancia, pero siempre aislamiento, separación.

La experiencia de muchos pueblos nos ha enseñado que la causa de esa separación más que falta de *Fe* es falta de *piedad*.

La Fe, aun en los más separados de la Iglesia todavía se manifiesta en el culto y en las procesiones de sus Santos patronos y de sus imágenes tradicionales, y en no dejar sin bautizar a sus hijos, sin casar canónicamente a sus esposos, sin la Extremaunción *condicional* a sus agonizantes y sin Cruz el entierro y la sepultura de sus muertos.

Fe sin piedad

Pero ¿la piedad? Triste es confesarlo; hay muchos pueblos para los que las palabras oración, meditación, vida sobrenatural, espíritu, mortificación, humildad, celo, Sagrario, son desconocidas; a lo más lo que en muchos de esos pueblos se encuentra es una *momia* de piedad, o una como rutina de rezos y prácticas sin alma, jugo, articulación y movimiento sobrenaturales.

Se cree en Dios y en Dios Padre de todos, pero no se le trata ni como a Padre ni como a Dios. Se le trata como a un ente raro o no se le trata.

A nadie se oculta el mal enorme que trae y el bien incalculable de que priva a los pueblos esa falta de piedad y de *núcleo piadoso*.

Piedad y Acción

Con él hay ante todo compañía amorosa para el Sagrario, y, tomando principio y vida de aquí, hay catequesis, y Conferencias de San Vicente y Buena Prensa y Obras de celo y acción social y cooperación, y auxilio para la Parroquia y voces de alerta contra el lobo y delicados estímulos para los Pastores y mil bienes más. Sin él la voz del Pastor más celoso se pierde en el vacío por no tener ni quien lo oiga ni lo entienda, ni quien le lleva a los que no vienen a oirle.

Los pueblos, por muy perdidos y extraviados que estén, si tienen núcleo piadoso, son pueblos de esperanza, tarde o temprano *volverán;* los que no lo tienen, *no volverán*, prácticamente son irredimibles. Dios *no acostumbra* a salvar *sin intercesores ni apóstoles* y las almas piadosas de un pueblo son *sus intercesores* y sus apóstoles.

La misma *acción social católica*, por muy organizada y rica que esté, si no cuenta como *base* y *dirección* con ese núcleo, será estéril o se trocará en *socialista*. ¡Cuántos ejemplos podría citar!

A crear esos núcleos, que con toda propiedad pueden llamarse vitales y necesarios en una buena organización cristiana, vinieron al mundo las Marías y los Discípulos de San Juan y su ideal, ya en muchos pueblos realizado, es poner al pie de cada Sagrario tres almas, por lo menos, que con el aroma de su piedad y desagravios recreen al abandonado y despreciado Corazón de Jesús y purifiquen y embalsamen el ambiente moral de los pueblos de esos Sagrarios.

Piedad dirigida

Pero si esa piedad ha de ser sólida, ilustrada y difusiva, necesita dirección.

Y aquí tenemos que deplorar un gravísimo mal de nuestra época que está corroyendo la piedad existente e impidiéndola nacer: la falta o escasez de Directores espirituales.

Dejando para otro lugar el estudiar y tratar de remediar en toda su extensión ese mal, circunscribiéndonos a los pueblos, que es a lo que ahora atendemos, la falta de dirección espiritual para las almas reviste los caracteres más alarmantes.

El Párroco Director

No es que digamos que los Párrocos de los pueblos no tengan aptitudes para esa dirección y que de

hecho no la ejerzan con acierto y frutos ópimos; no, conocemos ejemplos harto edificantes y numerosos.

Lo que decimos, porque la experiencia nos lo ha enseñado, es que las circunstancias que rodean a no pocos Párrocos, particularmente de esos que están tan solos como sus Sagrarios, no los ponen en las mejores condiciones para ejercer con fruto esa dirección espiritual.

Por lo mismo que es el único Sacerdote del pueblo y, aun soponiéndolo dotado del más ardiente celo y de la más exquisita discreción, siempre se encontrará recusado unas veces por la amistad, el parentesco y las relaciones sociales y otras por los disgustos, las antipatías, la incompatibilidad de caracteres de los que podían ser sus dirigidos.

Y si a esto se añade el desaliento del Párroco y como consecuencia el desgano de trabajar, sus achaques o los años, y lo que Dios aparte, sus infidelidades alguna vez, se verá el estado de abandono en que quedan las almas.

El Misionero Director

Urge, pues, llevar a los pueblos, no tanto ya misioneros que conviertan a pecadores empedernidos, cuantos directores espirituales que atraigan, afinen y avaloren las almas sencillas y dóciles.

La acción del Misionero es la de la lluvia torrencial, la del Director espiritual la de la llovizna; aquélla *moja*, ésta *remoja* la tierra; aquélla es mucha

agua, pero que *se va*, ésta es poca agua, pero que *se queda*.

Sí, urge enviar guías a esas almitas de ordinario desconocidas o despreciables a los ojos del mundo, denostadas las más de las veces con el mote de *beatas* y que, acertadamente dirigidas, están llamadas a dar ellas solas al Corazón de Jesús toda la gloria que debía darle el pueblo entero.

Urge que salgan a los pueblos sacerdotes prudentes, celosos, ilustrados en la ciencia de las almas a buscar y a pulimentar *margaritas preciosas* con que tejer Coronas de honor y desagravio a las sienes benditas y punzadas de Jesús Crucificado y Sacramentado.

Y a eso va esta Obra de Misioneros eucarísticos diocesanos.

Van a las almas a enseñarles lo bueno y dulce que es servir al Señor del Sagrario, enseñándolas a orar vocal y mentalmente, a vencerse, a andar por caminos de perfección y de caridad para los prójimos y a descansar sobre el pecho del Señor, como su Patrono, el Discípulo predilecto.

Fin de esta obra en pocas palabras: Proveer a los pueblos por lo menos *trimestralmente* de un Sacerdote para *formar* y *sostener* núcleos de almas piadosas.

Organización

Con el fin de aprovechar fuerzas de Obras ya establecidas y acreditadas por sus frutos, queremos encargar esta Obra a la de los *Discípulos de San*

Juan para los *Sagrarios Calvarios* y singularmente a su Sección de Sacerdotes.

Y tenemos por garantía de acierto en este asunto la constancia, abnegación y celo eucarísticos con que esta Obra viene atendiendo a la compañía de los Sagrarios abandonados de la Diócesis y particularmente el espíritu de Sacrificio con que está procurando cada mes *Vigilias ambulantes* ante esos Sagrarios.

Otra razón que Nos ha movido es que esta Obra de los Misioneros, más que distinta de la Obra de las Marías y Discípulos de San Juan, es su complemento y perfección.

Los Sacerdotes, pues, elegidos para Misioneros deberán ser *Discípulos de San Juan* y como tales deben tener su Sagrario abandonado o poco frecuentado que acompañar espiritualmente con su Misa y visita diarias y gozar de los privilegios y gracias concedidas a aquéllos.

Como es Obra esta de los *Misioneros Eucarísticos Diocesanos* que consideramos tan eficaz y trascendental en la renovación de nuestra Diócesis, y a la que, aun sin nacer, queremos con toda nuestra alma, Nos reservamos la dirección de la misma así como la elección de sus miembros de entre los Sacerdotes *Discípulos* que se Nos ofrezcan, atendidos sus aptitudes, cargos y demás prendas que son menester.

Nos, pues, señalaremos el orden y tiempo de las

visitas que han de hacerse y recibiremos la cuenta de los resultados de las mismas.

Para que auxilien, nombraremos un *Secretario* que lleve registros y forme estadísticas de la *Obra* y un *Tesorero* que administre las nóminas y donativos con que ha de sostenerse aquélla.

Esperamos que las bendiciones del Corazón de Jesús y las larguezas de la caridad de los fieles no faltarán a una Obra tan de gloria para El y de tanto provecho para los pueblos.

Mensualmente, o más pronto, si fuese necesario, previa una citación del Secretario se celebrarán reuniones para mutua edificación y aprovechamiento y adelanto de la Obra.

Cada Misionero llevará una libreta en la que vaya registrando los frutos y dificultades de sus misiones.

Estas reuniones terminarán siempre ante el Sagrario para ofrecer como homenaje de agradecimiento y desagravio a Jesús Sacramentado los frutos obtenidos y las obras realizadas o proyectadas y obtener sobre unos y otras sus bendiciones.

Orden de la visita a los pueblos

Avisado el Párroco con algún tiempo de anticipación por el Misionero, del día y hora de su llegada, lo hará saber entre los feligreses valiéndose para ello de las Marías, si las tuviere, y procurará por todos los medios que su celo le dicte que se aproveche de la Visita del Misionero el mayor número posible de aquéllos.

La visita durará ordinariamente uno o dos días y se guardará en ella, en cuanto las circunstancias lo permitan, el siguiente orden: llegada, a ser posible, por la tarde, visita al Santísimo con las preces del Manual de los Discípulos de San Juan, plática familiar, previo aviso por las campanas, sobre puntos de Catecismo y ascética, como modos de hacer oración mental, examen general y particular, de confesar y comulgar, de adquirir virtudes y desterrar defectos y pasiones dominantes, de adelantar en el amor y devoción del Sagrado Corazón de Jesús y de su Madre Inmaculada; terminada la plática, Exposición menor o mayor según el concurso, Estación al Santísimo, Acto de desagravio, bendición con el Santísimo y anuncio de los actos del día siguiente; se procurará que los asistentes canten los himnos litúrgicos. Si se previera un gran concurso de penitentes, podrán oir confesiones de mujeres aún de noche, procurando que la Iglesia esté iluminada y suficientemente acompañada. A las cinco del día siguiente o antes, si es preciso, estará sentado en el Confesonario, *haya penitentes o no*, no sólo para oir confesiones sino para tomar cuentas de conciencia y dar documentos de sólida piedad a los que se acerquen: a hora conveniente Santa Misa y Comunión general, precedida o seguida de otra platiquita enfervorizadora.

Después del desayuno, una lección con espíritu eucarístico de Catecismo a los niños y niñas de la Catequesis parroquial o visita para excitarlos a la

frecuente Comunión y Visita del Sagrario a sus escuelas y a continuación una reunión presidida por el Párroco con el *núcleo* que se vaya formando para tratar de las obras de celo emprendidas o por emprender y de otros medios de extender en el pueblo el reinado del Corazón de Jesús Sacramentado.

Al medio día, terminada ya la misión en aquel pueblo, pasará el Misionero a otro pueblo de su cuidado o regresará al suyo.

Actos extraordinarios

El Misionero cuidará asimismo de acuerdo con el Párroco y pidiendo auxilio a Párrocos vecinos u otros Sacerdotes de la celebración de Triduos Eucarísticos como preparación para primeras Comuniones o más solemnes, procesiones o asambleas eucarísticas de pueblos comarcanos, etc.

Facultades de los Misioneros

Como prenda de nuestro cariño y para facilidad de sus ministerios, otorgamos a nuestros M. E. D. las siguientes facultades:

1.° Predicar en toda la Diócesis con delegación habitual nuestra.

2.° Manifestar con Exposición mayor en los actos de culto que dirigiesen si así lo aconseja el número de asistentes.

Y 3.° De absolver de pecados reservados a Nos.

Una palabra a nuestros Párrocos

Con el conocimiento que ya tenemos de la docilidad con que váis recibiendo los avisos y órdenes que Nos va sugiriendo nuestro incesante afán de llevar al Corazón de Jesús las almas que El Nos ha confiado, no dudamos no ya de la docilidad, sino del cariño con que acogeréis esta Obra que hoy os proponemos y fundamos.

Y esperamos más, que dentro de poco ese cariño, que le tenéis por las intenciones que lleva y porque la quiere vuestro prelado, se convertirá en agradecimiento por los beneficios sin cuento que os reportará y que vosotros seréis los primeros en recoger. Los Misioneros que enviamos a vuestros pueblos van a pelear denodadamente contra los tres abandonos que más torturan el corazón de un buen Párroco: el abandono de su Sagrario, el abandono de las almas y el abandono de vosotros mismos que por lógica inflexible seguís la suerte de vuestro Sagrario y de vuestras ovejas.

Más aún: ¿no ha de servir de satisfacción y sostén a vuestro corazón, muchas veces fatigado de la lucha, saber que cada tres meses vuestro Prelado os visita y conforta con sus Misioneros que ante todo van como amigos y servidores vuestros?

Otra palabra a los fieles

Hartas veces han llegado a nuestros oídos clamores vuestros parecidos al del Paralítico del Evange-

lio: *hominem non habeo. No tenemos hombre.* Pueblos de muchas almas a los que la escasez cada vez más alarmante de clero priva de Pastor, pueblos de Párrocos ancianos y achacosos y sin auxilio de coadjutores o de Párrocos vecinos, feligreses de Parroquias de un sólo sacerdote, aunque sea el más celoso y discreto, almas todas que clamáis por el *hombre de Dios* que os hace falta para ir a El, aquí tenéis a la Obra que va a poner a vuestro lado los *hombres de Dios* por quienes suspiráis.

Son *Misioneros*, porque van enviados por vuestro Padre y Pastor, que, no pudiendo hablaros ni consolaros, ni dirigiros a cada uno, se multiplica y se hace representar por esos sus Misioneros; son *Eucarísticos* porque toda su misión se reduce a llevaros junto a la puerta del Sagrario y meteros dentro del Corazón que allí dentro palpita por vosotros para que viváis la vida que de allí brota, que es la vida verdadera y la razón y el principio de todo legítimo bienestar del individuo, de la familia y de la sociedad. *Diocesanos* porque la obra que van a realizar no se extiende a un sólo pueblo ni a una sola clase de personas, sino a todos los pueblos y a todas las personas que pertenecen a esta Diócesis de Málaga, para que personas y pueblos formen en plazo no lejano la Diócesis eucarística por antonomasia, en donde Jesús Sacramentado tenga tantos templos cuantos hogares y tantos Sagrarios cuantos corazones y se borre para siempre esa triste lista de pueblos abandonados y de Sagrarios más abandonados que los pueblos.

Que el Corazón de Jesús abandonado de nuestros Sagrarios derrame sobre esta Obra tanta gracia suya que pueda pronto realizar el milagro de la *renovación verdadera* de nuestros pueblos que no puede venir más que por la reincorporación de los *sarmientos*, en mal hora cortados, a su *vid* y con ella la circulación por todas las almas de nuestra amada Diócesis de la savia de la vida que hace vivir en paz, en justicia y en felicidad sin fin.

Acelérennos ese momento venturoso la Virgen Inmaculada, nuestra Madre y Señora, los Stos. Patronos de la Diócesis y los Angeles de nuestra guarda...»

Al año de fundación

Escribía yo en «El Granito de Arena»:

Hace un año nos reuníamos ante el Sagrario de mi capilla un grupo de ocho o nueve Sacerdotes y yo para recibir del Pastor de los pastores la bendición, que fuera a la par aprobación y aliento de la Obra que allí mismo empezaba de los Misioneros Eucarísticos Diocesanos.

Que la bendición pedida cayó sobre la Obra, bien a las claras está; durante este año esos denodados sacerdotes, gozo y corona de su Prelado, ¿por qué no decirlo? no han dejado de ir a sus pueblos cada tres meses y venciendo, Dios sólo lo sabe, cuántas y cuántas dificultades. ¡Malos caminos, nieves, calor, prejuicios de unos, indiferencias de otros,

agobios de trabajos, epidemias, escasez de recursos!

¡Bien me lo han dicho no sus bocas, que de estas cosas no saben hablar, sino el aspecto derrotado, las caras flacas, los calzados agujereados, las voces roncas y hasta los contagios de gripe con que han vuelto unos y otros de sus excursiones!

¡Bien por mis Misioneros! ¡Benditos de Dios sean como lo son de su Prelado! Y ¡benditos también los Párrocos que con agradecido cariño los reciben y las Marías que preparan sus caminos y los fieles que los escuchan y los pueblos que se van aprovechando de sus visitas!

¡Cómo se me ensancha y se me llena de gratitud y esperanza el corazón al ver cómo para todos los pueblos y rincones de mi Diócesis ha habido palabra y trabajo, y bendiciones y santas influencias del Misionero!

Y cuenta que, por no tener el número suficiente de Misioneros y por no poder destinar a todos sólo a sus Misiones, por tener algunos cargos en la Diócesis además de el de Misionero, no se ha podido atender con regularidad a todos los pueblos, ni se ha podido llegar a tanto poblado como tengo sin iglesia y sin escuela, ¡algunos de más de mil almas!

Espero, sin embargo, que las oraciones y auxilios de los buenos y la misma urgentísima necesidad de tantas pobres almas, traerán el milagro que

hace falta de multiplicación de Misioneros y de medios para que puedan dedicarse sólo a sus Misiones y a todos los lugares que lo necesitan.

Amo querido de todas mis obras y Director de todas mis empresas, ¿verdad que sí?

El Misionero E. D. en acción

Con sentimientos de veneración transcribo aquí las «Notas de viaje» que a las Marías de Salamanca escribía su antiguo Director y el primero de los Misioneros que tuvimos; el inolvidable y apostólico D. Remigio Jiménez, que en plena virilidad y en pleno apostolado, acabado de bajar del púlpito y sentado en el confesonario, murió el 6 de Diciembre de 1927.

Notas de viaje de un Misionero Eucarístico

(CARTA ABIERTA)

—Díganos: ¿qué es lo que hace V. por Málaga?

—Nunca nos cuenta V. nada de sus viajes. Estas o parecidas preguntas me vienen haciendo las Marías de Salamanca en las cartas que me escriben.

Sin ocurrírseles, tal vez, que avaro del tiempo el Misionero, no puede dedicarse a contar esas cosas que en el desempeño de su sagrado Ministerio, va realizando y que debe tener más interés en que lo vaya anotando en silencio el Amo que en que salga por ahí haciendo ruido de vana hojarasca.

¡Es esto tan de Dios que teme uno, con funda-

mento, que la ruindad del instrumento estorbe o impida la obra de Dios!

Sin embargo, para complacer tan santos deseos de mis inolvidables Marías salmantinas les voy a contar mi último viaje, realizado en este mismo mes de Mayo, según va anotado en mi diario; y así, por este botón de muestra, pueden ellas, y otras Marías, tan curiosas como ellas, saber y entender lo que con tanto interés preguntan.

No estará demás notar aquí previamente, cómo se hacen estos viajes por los pueblos de la diócesis de Málaga.

A mí siempre que emprendo algún viaje, me viene a la mente el recuerdo de aquellos otros por los campos castellanos.

¡Son estos tan diversos en todos órdenes de aquellos otros!

Esas extensas llanuras que en Salamanca hay que atravesar para llegar a los pueblos, aquí no existen. Los caminos llanos y suaves de Castilla son aquí, por lo común, sendas estrechas y empinadas, abiertas por escabrosas sierras. Los mares de ondulantes mieses que se ofrecen en primavera a la vista del que anda por esos caminos, son aquí las inconmensurables aguas del Mediterráneo que piérdense de vistas sin que en la tersa superficie se logre descubrir las costas de Marruecos. La fe gigante de esos pueblos castellanos es aquí antorcha mortecina que apenas puede servir de faro a los campesinos malagueños.

Por lo demás estos viajes que hago a los pueblos de Málaga resultan para mí asaz entretenidos.

Dan tiempo para todo. Los empiezo por lo general en tren, la costa adelante.

¡Cuántas veces las olas del mar que vienen apresuradamente a saludar a la playa, se me figura que las manda Dios para que me enseñen a trabajar sin descanso y a darme prisa en llegar a los pueblos a cumplir mi misión!

Después de ir una hora larga, dulcemente entretenido contemplando el mar y las hermosas huertas que van quedando atrás, dejo el tren, o más bien, el tren me deja a mí y sigo un viaje en diabla (tartana) o en bestia.

Viajando en caballería ya es cosa sabida, camino de una legua, de dos horas bien contadas.

Ciertamente que algunas de esas leguas las midieron a caballo, como dicen, y además de esto que los caminos no están para correr, un arriero no da un mal rato a su bestia, ni aunque amenacen tormentas.

Dos de éstas me cogieron, en un camino, no hace mucho, sin que esto moviera al arriero a aligerar su bestia.

Así que me paso los grandes ratos enterándome detenidamente, de las chumberas, pitas, higueras, olivos, granados, naranjos, viñedos y plantaciones de caña de azúcar que se van ofreciendo al paso.

De esta manera llego a los pueblos.

Esto supuesto, y advirtiendo que me permitiré algunas glosas a mi diario, abro mi cuaderno de anotaciones que dice así:

Viaje del día 3 de Mayo

Visité la escuela que sostiene el señor Obispo en la jurisdicción de Benagalbón.

Está en medio del campo.

Se rezó el Sto. Rosario y les tuve una plática a la que acudieron invitados por la maestra y por mí, niños, mujeres y algunos hombres que estaban ya preparados para una Verbena. Las jóvenes no asistieron... ¡era primero el baile! A la mañana siguiente, improvisada la capilla en el local de la escuela donde coloqué el altar portátil que llevaba (metido en una maleta, pues hoy no disponemos de otro); fuéronse confesando los niños y niñas de la escuela y cuatro o cinco personas mayores; total unas 40, pero no comulgaron más que 20, o por no estar suficientemente preparados los demás o porque distraídos habíanse desayunados.

Mucha pena me dió de que aquellos campesinos no se aprovecharan mejor de la primera misa que se decía en medio de sus campos.

¡Qué desgracia tan grande es la falta de fe y de costumbres cristianas!

La señora Maestra realiza muy buena labor enseñando a rezar y las primeras letras a aquellos chavettas.

Tuve el gusto de que me ayudara la Misa el jefe de la estación que es un castellano.

ALGARROBO

Llegué a este pueblo el día 4, a las 5 de la tarde;

se tuvo la visita a propuesta del Párroco, juntamente con la función principal, a las seis de la tarde.

Nadie se quedó a confesar.

Al día siguiente se confesaron algunas personas.

Comulgaron 22 y un hombre.

NERJA

Salí de Algarrobo con dirección a Nerja, a las nueve y media de la mañana del día 5. Tenía que andar tres kilómetros y medio hasta la carretera que de Torre del Mar va a Nerja, para allí tomar la diligencia.

Esta me habían asegurado el día anterior que pasaba a las diez y media, de manera que aunque hacía el camino a pie tenía tiempo suficiente.

Estas cuentas me echaba yo, pero no me salieron bien.

Salió a despedirme el señor Cura, que andaba menos que yo, con ánimo de acompañarme hasta el coche y éste que según supe después cuando ya era tarde, pasaba antes de la hora que me habían dicho el día anterior, y como no era cosa de perderle pues me restaba un caminito de veinte y tantos kilómetros, tuve que dejar a mi acompañante en medio de la carretera, y emprender veloz carrera (cosa que ya hace tiempo no usaba) y... ¡percances del Misionero! tres minutos antes de llegar yo... pasó el coche...

Todo se arregló satisfactoriamente aprovechando una oportunísima tartana y el aviso que dió al coche uno que iba en bicicleta.

Nerja, paraiso perdido, que le llama el buenísimo D. Ambrosio, anciano párroco, a quien nunca le falta charla ni buen humor. Llegué a la una.

Poca concurrencia en funciones. Pocas confesiones, unas cien, sesenta niños, cuarenta mujeres y un hombre.

Tuve día de retiro a las personas piadosas y en la última meditación insistí mucho en la necesidad de reorganizar el Apostolado de la Oración como base del edificio espiritual que había que levantar; rogué a las Hijas de María el exacto cumplimiento de su reglamento y finalmente propuse la Obra de las Marías como complemento del plan religioso en dicho pueblo. Me ofrecí a irles a predicar un Triduo si se llevaba a cabo lo del Apostolado.

MARO

A las seis de la tarde.

El día 6 salía para Maro, pueblecito de los más pintorescos del litoral del Mediterráneo.

A su espalda yérguense altivas las escabrosas sierras que separan la provincia de Málaga de la de Granada y cual si pretendieran cerrar el paso al viajero, se precipitan en el mar.

Comulgaron 20 niños, 41 mujeres y 4 hombres. Es esta gente buena y sencilla de veras.

Se terminaron las confesiones a la una de la tarde y a las cuatro había que tenerles misa de madrugada, para que no perdieran de trabajar.

Pronto nos quedamos solos, yéndose hombres y mujeres al campo a la faena de la caña; lo que nos

dió ocasión de ir a ver el nacimiento del río. Un verdadero río, que entre dos grandes peñas, sale de las entrañas de la tierra. Ya merece la pena de verse este fenómeno de la naturaleza.

FRIGILIANA

Llegué a las 4 y media del día 7.

Mucho entusiasmo; hasta cohetes inclusive. La gente menuda se vuelve loca con el Misionero.

No estaba la gente para muchas fiestas por la nueva visita que les había hecho la gripe. No obstante, la iglesia se llenó de fieles y las confesiones duraron hasta después de media noche.

Se tuvo también misa de madrugada, y comulgaron 87 personas; la mayor parte de mujeres y jóvenes.

A las diez les tuve plática y a las tres de la tarde la despedida del Sagrario.

Cuando me dejaron libre los chiquillos y chiquillas del pueblo, monté en el jumento que me había de llevar a

EL MORCHE

Ya era tardecito cuando llegamos.

Encontré a aquella gente del mar, enteramente entusiasmada con mi visita. De esto se habían encargado dos Marías de Málaga, que llevaban allí tres días preparando a la gente y que, por las trazas, se habían dado buena maña.

Tres meses antes había pasado yo por allí por primera vez, y al enterarme de las cuatro barriadas que hay extendidas por la playa, alguna de ellas de

más de 200 vecinos, que no tienen una simple capilla donde puedan oir misa, y que están por lo tanto sin Sacerdote y sin Sacramentos y sin que aquellos chavelitas que corren, medio desnudos, por la playa, tengan quien les enseñe doctrina y quien les hable de Dios; me vinieron deseos de ir por allí, provisto de altar portátil, para poderles decir misa y ver la manera de poderlos confesar y administrar la Sagrada Comunión.

Para esta labor necesitaba el concurso de las Marías, y las de Málaga se habían encargado de preparar a los del Morche, al mismo tiempo que las de Vélez-Málaga prepararían a los de la Caleta de Algarrobo.

La primera reunión allí donde no había iglesia, tenía que ser al aire libre.

En medio de aquel auditorio, compuesto de toda clase de personas, hablaba yo a aquel pueblo hambriento de la palabra de Dios, y me figuraba que de la misma manera lo haría el Divino Maestro a las turbas en las riberas del mar de Tiberiades.

El señor Alcalde me hospedó en su casa espléndidamente.

Allí me contaron algunos casos curiosísimos.

Hace un año que el señor Obispo tiene allí una Maestra que enseña admirablemente a la gente menuda.

Y se da el caso que estos niños han aprendido perfectamente a rezar, cosa que no saben la mayor parte de sus padres.

Estos niños hoy están enseñando a persignarse y a rezar a sus mismos padres.

Otro caso es el de un zagalote, como aquí dicen, que está guardando cerdos, el cual se presenta resuelto y decidido al amo y le anuncia que él no va al día siguiente a cuidar los cerdos, porque, añadía, mañana va a haber misa y voy a ver si cojo un buen pedazo.

¡Qué se habría figurado él que sería la misa!

Llegó la hora de rezar el Santo Rosario.

Lo venían haciendo las Marías delante de la casa escuela, donde todas las noches improvisaban un altar con los cuadros del Sagrado Corazón y de la Virgen y profusión de flores que proporcionaban los niños.

La señal que servía de aviso era el toque de una campanilla. También los cánticos servían de maravilloso reclamo.

No dejan de tener sus inconvenientes estos improvisados templos, que tienen por bóveda la del hermoso cielo y por pavimento el polvo de la anchurosa carretera pública.

En esta ocasión sucedió que al terminar el Rosario y la lectura del mes de María, de repente, al comenzar a echar la plática, comenzaron las nubes a echarnos agúa, con tanta fuerza, que en un momento se dispersó el auditorio.

Luego que escampó cantamos el Corazón Santo y volvióse a reunir la gente y siguió el sermón comenzado dentro de la casa, o más bien, los sermones; porque en esta sazón nos había venido el

refuerzo del señor Arcipreste de Torróx. Encima de los charcos lo escucharon aquellas gentes.

A continuación dióse principio a las confesiones en el local de la escuela.

Las Marías cuidaban de que fueran ordenadas y devotas y ayudaban a cumplir penitencias a los que no sabían rezar.

A las tres de la madrugada dimos fin a las confesiones y a las seis se reanudaron; mientras tanto las Marías acababan de arreglar el altar para la celebración de la Santa Misa.

La Misa

Al abrigo de unas chumberas que había en la misma playa se colocó un dosel y delante de él se improvisó un altar y se adornó con flores!

Profusión de flores y olorosas yerbas esparcidas por el suelo servían de vistosas alfombras sobre la blanca arena.

Colocados delante del altar los carabineros hacían guardia por honrosísima atención del señor Teniente. Y empezó la primera misa, que dijo el señor Arcipreste. Lo mismo en esta que la que yo dije a continuación, hubo cánticos y predicación y se dió la Comunión a un centenar de personas.

Más bien que arrodillados, echados por la playa yacían algunos ancianos y allí mismo recibieron la Sagrada Comunión. Lo mismo me figuraba yo, que sería cuando los Apóstoles repartían el pan milagroso a los que estaban sentados sobre la verde yerba.

Pasaremos por alto otras muchas cosas que aquí realizaron las Marías; como lo del bautizo de dos chiquillos, que, en coche se los llevaron a Torróx aunque esto les costara el quedarse aquel día sin comer; lo de la pesca milagrosa que no quieren las Marías que se hable de ello.....

Aunque las cueste algún ruborcillo, lo voy a contar.

Fué que habiendo llevado su predicación a la playa, donde estaban sacando el copo los pescadores y como éstos no estuvieran para muchos sermones y replicaran a las Marías que lo que ellos deseaban era sacar mucha pesca por llevar ya muchos meses condenados al ayuno, pues que parecía que habían huído de aquellas aguas los boquerones: a esto contestaron las Marías que por ser malos les sucedían tales cosas, que fueran buenos, que clamaran a Dios y tuvieran confianza, que les oiría y que ya verían cómo en el copo que estaban sacando vendría pescado abundante.

Sí, añadían, ellos, lo que es ahora por lo poco que hay que tirar, seguramente viene el copo vacío.

Pero siguieron tirando, tirando... y con gran sorpresa suya se encontraron con tal cantidad de boquerones, como hacía mucho tiempo no habían sacado.

El entusiasmo de aquellos jabegotes no tuvo límites; con sus aclamaciones a la Virgen, a las Marías, etc., atronaron el espacio.

No creemos que tenga ninguna relación con este hecho, lo que sucedió al día siguiente; pero es lo

cierto que sacaron otro copo mónstruo, viéndose obligados a cortar las redes. Calculaban más de doscientas cincuenta arrobas. Como nota final de esta visita reuniéronse las jóvenes en la escuela, y se comprometieron gustosas a tener escuela dominical, y se habló de comprar una imagen para la visita domiciliaria.

No estuvieron acordes los pareceres sobre si se habría de llevar una Sagrada Familia o una Milagrosa, o más bien el Sagrado Corazón de María...

Prevaleció, al fin, el parecer de una jóven que optó porque se llevara la que tiene a Jesús, María y José *tomando el fresco debajo de un árbol*, como ella misma lo había visto en una estampa.

Salimos del Morche al medio día, saboreando el dulce recuerdo de tantas cosas buenas como habíamos presenciado, y bendiciendo a la Señora Maestra que con su virtud y constancia ha sabido hacer en poco tiempo tan buena labor en favor de aquellos sencillos vecinos.

Todos piden a gritos tener pronto capilla. De paso para la Caleta me detuve en Lagos, a confesar a cuatro enfermos que tenían avisados y preparados las Marías.

LA CALETA

Siguieron las Marías a Rubite y yo me quedé en la Caleta, donde ya me esperaban las autoridades y las Marías de Vélez.

También aquí se habían dado buena maña estas Marías. Una lista crecidita de matrimonios para

legitimarlos: algunos niños para bautizarlos y otras cosas interesantes fueron las noticias que me comunicaron al llegar.

Se pasó aviso al señor Arcipreste de Vélez que se había ofrecido a asistir, se trajo el armonium de la Parroquia de Torre del Mar y se procedió a colocar el altar en la playa, mientras yo preparaba en la escuela a chicos y grandes.

Tuvimos aquí eficaces auxiliares en las personas del Comandante del puesto de Carabineros, en el sargento de la Guardia civil que hace de Maestro de escuela, y en la familia del señor Alcalde.

El primero, tomando a su cargo todo lo que se relacionaba con la colocación y ornato del altar, y el segundo ofreciendo su escuela y atendiendo al orden, mientras hubo explicaciones y confesiones.

La gente se congregó en la playa a las nueve de la noche para rezar delante del altar el Santo Rosario. Con los dúos del Rosario alternaban las notas dulces del armonium y los cánticos vibrantes de las Marías y todo esto con el acompañamiento del ruido sordo del fuerte oleaje del mar al estrellarse contra la orilla.

Después del Rosario más cánticos; después de los cánticos, sermón del señor Arcipreste, que se quedó con ganas de meterse en una barca y predicar desde allí; a continuación más cánticos y una arenga mía, invitándoles a confesarse y a la misa que allí mismo se celebraría al día siguiente. Las confesiones duraron hasta la una de la noche.

A la mañana siguiente más confesiones y llegó la hora de la misa y la gente estaba toda reunida, y yo seguía confesando.

La manera de avisar a la gente para la Santa Misa, fué muy original.

El Sargento de los Carabineros, puesto a hacer las cosas bien, dió las correspondientes órdenes y el corneta se colocó en medio de la carretera y lanzó al aire las sonoras notas de su instrumento. Media hora más tarde otro toque más prolongado y finalmente el tercero que fué poderoso a reunir a todo el vecindario en la playa delante del altar.

Cuando yo terminé de confesar y llegué al altar para celebrar, me encontré allí ya formados a los carabineros y el corneta preparado para dar los toques de reglamento durante la misa.

También habían llegado de Vélez dos coches repletos de Marías, todas ellas buenas cantoras y buenas Marías.

Con este refuerzo fácilmente se puede colegir lo grande y solemne que resultó este acto, y si a esto se añade el espectáculo grandioso que ofrecía el mar, que había amanecido aquella mañana sacudiendo furioso sus olas entumecidas contra la playa y las alborotadas nubes amenazando tempestad; no se extrañarán que estuviera el celebrante como sobrecogido de temor y reverencia ante tanta grandeza y majestad, y recordando escenas del Sinaí y otras parecidas que refiere la Sagrada Escritura.

No se extrañarán tampoco que a una vieja le fal-

tara tiempo y expresión en las palabras para decir, mientras se quería comer a besos la mano del Sacerdote: «¡ay qué Misa, Dios mío, qué Misa!»

Comulgaron más de noventa personas. También aquí hubo espontánea manifestación para pedir que les haga una iglesia o capilla. Se volvían locos recibiendo estampas, medallas, detentes, escapularios y rosarios. Se terminaron, como es natural y hubo que volver con nueva remesa. Me hablaron de una mujer que tenía un rosario antiquísimo, al que apenas le habían quedado cuentas y que las sustituía por chinas que iba atando con mucho cuidado. Convine con ella en cambiárselo por uno nuevo, y vi que no eran chinas las que sustituían a las cuentas, sino garbanzos negros muy bien cosidos por medio.

RUBITE

Con tales y tan imprescindibles tareas me fué imposible tomar el tren en Torre del Mar hasta la Viñuela, en cuya estación me esperaban los que me habían de llevar a Rubite; y esto dió lugar a una no pequeña contrariedad y desilusión de esta buena gente.....

¡Ellos que se habían llevado esperando largo rato atalayando el camino, al cabo vieron llegar las bestias solas!...

Cuando menos lo esperaban se presentó el Padre Misionero, al caer de la tarde, caballero en humilde jumento.

En un santiamén cundió la noticia por el lugar, y

al punto se reunieron en la Ermita. Las Marías que se habían puesto a comer con su buena ración de preocupación y desencanto, a media comida, echaron a correr también a la Ermita.

¡Es tan consolador para el Misionero hablar de Rubite! ¡Se siente el corazón tan saturado de pena y de amarguras en tantos pueblos!

¡Produce en el ánimo tal indigestión tantos hombres y tantas mujeres que se pasan toda su vida sin Misa y sin Sacramentos!... ¡y son tantas las miserias morales que se ofrecen a las miradas de su consideración; que se siente movido muchas veces a la náusea y al vómito... y a poner cara de angustia y desvío!...

Que esto arguye flaqueza y poquedad de ánimo... así es y así lo reconoce y confiesa con rubor; pero en lo que no haya más de temple de fortaleza y de virtud es muy difícil sustraerse a tales impresiones. Está Rubite como perdido en medio de viñas y olivos, entre Vélez y la Sierra Tejea.

Desde el pueblo más próximo se tarda más de dos horas en llegar.

Allí viven en tres barrios más de 120 vecinos, sin médico, sin maestro y sin sacerdote.

Antes tenían Misa casi todos los domingos: ahora la tienen una vez o dos al año. Allí llegué yo por primera vez a fines de Noviembre y me encontré con una gente tan buena... y unas costumbres tan sencillas... y tenían tantos deseos de tener Misa y tantas ansias y necesidad de una maestra siquiera

que enseñara a leer y a rezar a sus hijos..... que no hubo más remedio que ver la manera de complacerlos. Las personas mayores, casi todas sabían rezar; de veintitantos años para abajo..... ¡ni persignarse!

¡Como esto ya no se usa!

Así me respondían invariablemente cuando les preguntaba si rezaban o nó.

Hace ya tres meses que tienen maestra.

El señor Obispo añadió otra escuela más a las muchas que pesan sobre él y que tienen en continua alarma su menguado bolsillo.

Otro señor de los que no quieren que se sepan las muchas obras de caridad que hacen, costeó el material de escuela!

Y ¡qué maestra les ha caído a los de Rubite!... Ni llovida del cielo, como ellos dicen.

Baste decir que es María de los Sagrarios. Con esto está dicho todo. En poco tiempo ha metido en el cuerpo a toda la gente menuda, y a la que no lo es, cuantas oraciones sabe ella y hay en el Catecismo.

No temo otra cosa, me decía, que quedar afónica de tanto hablar y gritar.

Como no tienen Misa los domingos se reunen en la Ermita y allí les lee la señora Maestra las explicaciones de la Misa.

No hay que decir que a la función de la noche acudieron todos, chicos y grandes, y cuando llegó el momento de las confesiones, allí se quedaron todos, abrumando con su presencia al confesor cuyos párpados se negaban rebeldes a seguir en vela.

Pero ¿quién despedía a aquella muchedumbre?

No había otro recurso que levantarse del confesonario con frecuencia pretextando avisos e instrucciones que convenía dar y de paso usar en la sacristía de ciertas lociones que tenían la virtud de levantar un poco los pesados párpados.

Por fin, cerca de las dos de la mañana terminó aquel gustoso y resignado sufrimiento.

Por la mañana temprano, otra vez a la carga y otra vez a la pesadez de ojos, pues la *recansa* venia ya de muchos dias.

Tuvimos el placer de tener una verdadera comunión general, asegurándonos que excepto media docena de rebeldes, que hicieron el ridículo, todos los demás del pueblecito habian comulgado.

A las tres de la tarde del dia 11 me despedí de ellos y a petición suya les daba la bendición que recibieron de rodillas sobre una colina que a orillas del lugar había.

ARCHEZ

Después de un largo y solitario camino en que pájaros y flores parecian que estimulaban mis pies y mi lengua y mi corazón para llevar adelante, sin desfallecimientos, mi misión, llegué a Archez cuando ya el sol había traspuesto las cumbres que rodean a este pueblo.

Pocas cosas pude anotar en mi diario en esta visita. Prediqué por la noche y confesaron y comulgaron a la mañana siguiente 23 personas solamente.

Aquí en otra visita, tal entusiasmo les entró sobre todo por los escapularios de la Virgen del Carmen, que se terminaron, y para sosegarlos, hubo que enviar más que se terminaron también, y aquí fué la de apremios y de títulos y razones para que no les faltara el escapulario. Una joven, que con otras muchas se había impuesto el escapulario con la promesa de que a toda la que se le impusiera se le daría más tarde, cuando el señor Alcalde, que iría pronto a Málaga, los llevara; se llegó a recogerlo cuando ya se habían terminado.

Ella no se resignaba; tenia más títulos que otras para que a ella se le diera.

—No ve V. que a mí ya me han *tomao la media?* decía indignada al señor Alcalde.

CANILLAS DE ALBAIDA

El día 12, antes del medio día, llegué a este pueblo.

Por la tarde, visité las escuelas; se confesaron los niños y por la noche prediqué en la función del mes de María, que estaban haciendo con mucha solemnidad. A la mañana siguiente confesiones, y después la Misa de Comunión con plática. Comulgaron entre chicos y grandes, setenta personas.

CÓMPETA

A las 10 de la mañana salí para este pueblo.

Esperaban en la Iglesia numerosas personas y los niños y niñas de las escuelas.

¡Qué dulces sonaban en los oidos del Misionero

el «vamos niños al Sagrario», cantado por las argentinas voces de centenares de ellos!

Se tuvo día de retiro a las personas piadosas y se aprovechó la tarde para las confesiones de niños.

La función de la noche con mucha concurrencia.

Las confesiones hasta después de media noche y por la mañana temprano, porque el tiempo urgía para poder tomar el tren a medio día, después de tres horas de camino.

Con mucho fervor se tuvo la Misa de Comunión, en la que comulgaron 200 personas aproximadamente y a las nueve y media salía en mi mulo con dirección a Torre del Mar.

De paso y sin detenerme envié un saludo afectuoso y agradecido a mi Sagrario de Sayalonga, y apretando la bestia llegué a Algarrobo, donde esperaba encontrar una diabla que ya tenía avisada para que me llevara a la estación.

No estaba allí. Un olvido del diablero me puso en el trance: 1.° de ir hasta la estación (7 kilómetros) medio corriendo en el mulo; 2.° de perder el tren por dos minutos, y 3.° de tener que ir en diabla hasta la Cala, donde tuve el gusto de dar con unos buenísimos pescadores, y el consuelo de que se bautizase un niño de dos años y medio, hijo de uno de estos.

La entrevista con esta gente de mar tuvo lugar en la... ¡*taberna*!... donde tomé un par de huevos.

¡Qué hacer!... si eran las cuatro de la tarde y no había tomado más que un vaso de leche, bebido casi por telégrafo, antes de salir de Cómpeta.

En burro me llevó uno de estos alrededores a Totalán que era el último pueblo de este viaje.

TOTALÁN

Aquí estaban también las Marías de Málaga contrariadas y apenadas porque el que había ido a buscarme a la estación de la Cala se había vuelto sin haber podido cumplir el encargo.

Poco se pudo hacer aquí en una visita breve después de un viaje largo y laborioso.

Para mover a los de Totalán se necesitaba otra preparación mejor.

Nos tuvimos que conformar con 30 comuniones, de niñas la mayor parte.

El día 15 de Mayo, a mediodía, regresaba a Málaga en el tranvía del Palo.

De esta manera se puso fin a este viaje eucarístico con el cuerpo algo molido y el espíritu bastante confortado.»

Los Misioneros E. D. en el Seminario

Llevaban dos años de vida los Misioneros y el Corazón de Jesús, por medio de las circunstancias, dió a conocer la gran conveniencia de que Sacerdotes de tan bien templado espíritu, de generosidad tan apostólica y de celo tan estimulante se encargaran del Seminario diocesano, y en ese molde formaran al futuro clero, y al frente del cual siguen desde el año 20, sin más paga que el pan nuestro de cada día, sin más aspiración que ayudar

a su Obispo a formar Sacerdotes cabales y sin más seguridad que la que da el fiarse del Evangelio.

No por esto se han dejado las Misiones a los pueblos, sino que por medio de los especialmente designados durante todo el año y aun por los encargados del Seminario en tiempo de vacaciones, se sigue trabajando por formar y conservar los grupos escogidos de los pueblos, los *pusillus grex*, en que se complazca y compense al Corazón de Jesús y con los que siempre y para todo cuenten los Párrocos.

....

Titulé la Instrucción Pastoral con que promulgué la Obra de los M. E. D. así: «Cómo se han de renovar con verdad nuestros pueblos por la acción eucarística.»

Hoy, a los diez años de Obra y pese a los estragos de la enfermedad, de la muerte y del poco número, puedo, con el corazón rebosante de gratitud y el alma de esperanza, convertir el anuncio en futuro, en consoladora afirmación en presente: ¡Cómo se van renovando con verdad nuestros pueblos por la acción eucarística!

Bendito seas, Corazón de Jesús, por lo que has bendecido tu Obra y por lo que seguirás bendiciéndola. Multiplica los Misioneros de tu Eucaristía y yo te aseguro que la Diócesis entera estará pronto de rodillas delante de tus Sagrarios.

Cómo mueren los Misioneros E. D.

Ya que os he mostrado, aunque en rápida cinta

cinematográfica, cómo viven estos apóstoles de la Eucaristía, debo deciros cómo mueren. Leed lo que en el «Boletín Eclesiástico» de mi Diócesis, de Diciembre de 1927, escribía sobre la muerte, precisamente del autor de esas «Notas de viaje» que acabáis de leer:

"D. REMIGIO"

El día 7, víspera de la Inmaculada, recibo este telegrama urgente de Ronda:

«Padre Remigio falleció anoche repentinamente en Confesonario.—*Párroco Villaluenga.*»

¿Quién era el P. Remigio?

Don Remigio Jiménez Blázquez, natural de Macotera (Salamanca) era el primer Sacerdote que entró en la Obra de los Misioneros Eucarísticos Diocesanos hacía diez años, precisamente el día siguiente al de su muerte.

Su labor, como tal Misionero E. D., era visitar periódicamente los pueblos de la Diócesis por uno, dos o tres días y, mediante la predicación ascética, el confesonario, la visita de escuelas y Catequesis y las reuniones, ir formando y conservando grupos de almas de piedad eucarística y celo para reparar el abandono del Sagrario y servir de auxiliares a los Párrocos.

Estos Misioneros, que son Sacerdotes diocesanos, viven apostólicamente y sin votos ni paga;

comen, visten y hacen sus viajes de lo que la Providencia da al Prelado para ellos.

¿Cómo ha muerto el P. Remigio?

Al terminar el día 9 en la Iglesia del Seminario los solemnes funerales por el alma de nuestro querido Don Remigio (Q. S. G. G.) decía yo a Profesores y alumnos, a Párrocos y amigos que asistieron, estas o parecidas palabras que quiero trasladar aquí para honor de nuestro muerto y enseñanza y consuelo de los que lo lloramos:

«.....Hace cuatro días en la Misa, que en este mismo altar celebrara, se despedía como tantas otras veces de nuestro Rey Jesús el infatigable y abnegado Misionero Eucarístico Diocesano D. Remigio.

Iba convaleciente de recientes achaques graves, pero olvidado como siempre de sí, contento, muy contento, porque volvía a las almas.

¿A lo más duro y frío de la Sierra con recios temporales de viento y agua? ¿A dormir quizás sobre bancos de sacristía en desmanteladas posadas, en inquietas tabernas? ¡Qué importa! ¡Hace tanto tiempo, me decía, que no se visitan aquellos apartados pueblos! Y allá se fué el *hambriento de las almas* a hartarse de ellas.

El mismo lunes 5, llegó por la tarde a Villaluenga, pueblo a unos 170 kilómetros de Málaga en lo más alto de la sierra, y esa misma noche comenzó su misión eucarística, predicando y sentándose en el confesonario.

El día 6, según la costumbre de nuestros Misioneros, muy de madrugada comenzó su tarea esperando a los penitentes en el confesonario, exhortándolos antes de la Comunión, visitando las escuelas de niños y niñas y al anochecer predicando de nuevo y terminando precisamente su sermón con estas palabras.

«Hermanos, estemos siempre preparados para la muerte, que vendrá cuando menos la esperemos.»

Del púlpito se va al confesonario, recibe la confesión de una mujer que se le acerca y, antes de darle la absolución, exhala un ronco quejido y..... queda muerto.....

....

Esta muerte de soldado en la brecha de ataque, de apóstol en pleno campo de su apostolado, de pastor bueno buscando ovejas perdidas, de siervo bueno y fiel, más que muerte es encuentro y abrazo cariñoso con el Capitán Jesús, con el Maestro de apóstoles, con el Pastor de pastores, con el Amo bueno que visita a su siervo para decirle: ¡Ea, soldado, misionero, pastor, siervo mío bueno y fiel, entra en el gozo de tu Señor!

¡Feliz mil veces, feliz el alma de nuestro D. Remigio que ha merecido recibir la visita del justo Juez del cielo en el trono de sus misericordias de la tierra, en el Confesonario! ¡Al Confesonario, en el que por el celo inagotable y las horas incontables de confesiones del misionero tantas almas extraviadas habían vuelto a encontrarse con Jesús; al

Confesonario viene Jesús a buscar y a llevarse con El para siempre a su Misionero!

¡Gracias, gracias, Corazón bendito, por ese feliz encuentro y feliz muerte con que has regalado a nuestro hermano!

Una queja

Pero, deja que del corazón de este pobre Pastor de tan pocos Sacerdotes y de tantas ovejas sin pastor, se escape una queja, no contra Ti, Señor, cuyas voluntades con rendimiento y por adelantado acato y bendigo, pero sí contigo.....

No hace aún tres semanas en lo alto de la fachada de esta Iglesia y en compañía de todos mis diocesanos te entronizábamos como Rey nuestro..... ¡Reina! te decíamos pueblo, clero y Obispos, ¡Reina! sobre tantos niños sin Catecismos, sobre tantas muchedumbres sin pastores, por medio de Sacerdotes-hostias que te den a conocer y amar.....

Escasos somos tus apóstoles, multiplica el fervor de nuestro espíritu y el número de nuestras filas. Danos, danos Sacerdote-Hostias..... ¡Y te lo decíamos tan de veras y con tanto ahinco!...

Y a los pocos días cierras para siempre la boca y paralizas las manos y los pies de uno de nuestros poquísimos misioneros, del que precisamente por su resistencia física, por su hambre de almas y trabajos por ellas, me hacía el servicio de diez, recorriendo sin cesar todos los pueblos y rincones de la Diócesis... ¿no quieres que me queje, Rey nuestro?

¿No me permitirás que te dé el amén de mi conformidad mojado en lágrimas?

El consuelo

Después de todo, debo recordar que te pedíamos en aquel día imborrable que reinaras en mi Diócesis como *Rey Sembrador de Hostias* para que después reinaras como *Rey cosechador* de almas transformadas en Ti. Sí, sí, Rey Sembrador, ahora comprendo que tú no nos has quitado a nuestro Misionero, sino que, oyendo nuestros ruegos, lo *has sembrado* como hostia en el surco duro, agrio y frío abierto por sus silenciosos y no pagados trabajos por las almas.

Sí, que eso era nuestro D. Remigio, un Sacerdote imitador de la Hostia que cada día ofrecía y consumía; Sacerdote-Hostia por la pureza de su vida y de su doctrina, por la blandura, generosidad y delicadeza de su corazón disimuladas a veces en la envoltura adusta de su carácter castellano, por la prontitud en olvidar lo que le había molestado y ofendido, por su fineza y constancia en agradecer y corresponder, por sus desvelos en favor de todo necesitado, por la entrega sin condiciones a la voluntad de su Prelado.

En el inventario hecho por el Juez de Villaluenga de los bienes de que era portador a su muerte está la comprobación de esos caracterés del Sacerdote-Hostia que os describo: «setenta y tantas pesetas que para el viaje le había dado nuestro Administra-

dor, unas medallas y rosarios para los fieles que iba a misionar, un libro de rezo y de meditación para su alma y unas disciplinas y un cilicio (un arete de alambres, dice el inventario) para su cuerpo.....» Esa era la compañía y esa era la herencia de un Misionero eucarístico y de un Sacerdote-Hostia.....

....

Corazón Eucarístico de Jesús, Rey de mi Diócesis y de mis Sacerdotes y Seminaristas, yo te bendigo y doy gracias por la siembra que has hecho de nuestro Misionero, y ya que no podamos reprimir las lágrimas que el dolor de la ausencia nos arranca, dígnate regar con ellas el surco en donde lo has sembrado..... Sembrador divino, acelera la cosecha por tus tierras malagueñas, multiplica tus Misioneros..... y que el alma del que acabas de tomarnos éntre y viva eternamente en tu gozo.»

VIII

Un gran apóstol menudo

A modo de índice viviente y de comprobación práctica de cuantas artes apostólicas os llevo presentadas, quiero rematar con la biografía de un apóstol popular que todos los sevillanos conocimos con el nombre de

El Pae Pérez

Así llamábamos todas las generaciones de seminaristas que pasamos por el Seminario de Sevilla desde 1887 hasta la primera decena del presente siglo al R. P. Juan G. Pérez Pastor, que el 5 de Diciembre de 1922 entregó su preciosa alma a Dios, en el Oratorio de S. Felipe Neri, de dicha ciudad.

Y con ser tan común en estas tierras lo del *Pae Pérez*, estoy cierto de que juntos, eran la apelación y la señal inconfundibles de este sacerdote de quien quiero contar a los amigos de apostolado y a mis seminaristas algo de lo mucho edificante que su vida tiene que contar.

Penitente suyo en mis primeros años de Seminario, su discípulo en algunas asignaturas de Humanidades, admirador y devoto de él toda mi vida de seminarista y de sacerdote, cumplo con un deber de gratitud a su memoria y creo hacer una obra de caridad esparciendo el buen olor de una vida llena, de sacerdote cabal, porque eso era mi *Pae Pérez.*

Apuradillo habría de verme si tratara de ajustar su biografía a los capítulos y medidas acostumbrados en ese género de literatura: Prosapia ilustre, figura esbelta, dotes brillantes de elocuencia, sabiduría, arte, cargos elevados y demás condecoraciones que suelen colgar del cuello o del pecho de los afortunados mortales que llegan al honor de la biografía.

La persona

Humildísimo de cuna, como nacido de unos sencillos huertanos de Mira Genil (Sevilla), y modestísimo toda su vida, nuestro biografiado ha pasado por el mundo sin hacer ruido; aprovechado en sus estudios sin llegar a lumbrera, ni alto ni bajo, de cuerpo flaco y de constitución enfermiza, fámulo del Seminario de Córdoba y después del de Sevilla, para poder costearse la pensión con su trabajo, adusto de cara y gracioso de palabra, rigidísimo consigo mismo en el apenas dormir, en el mal comer y en el pobre vestir, y blando y largo y generoso con los demás en dar su dinero, sus libros, su trabajo, su tiempo, su salud y todo lo que podía dar, envuelto unas veces en un chascarrillo oportuno, otras en una reprimenda de *dientes para fuera* y casi siempre en un texto de la Sda. Escritura o sentencia de Santos.

Por cierto que en eso de los textos era una verdadera notabilidad, no solo por el número y la oportunidad con que los citaba, sino por lo graciosamente que los comprimía hasta el punto de que

casi, casi no se le entendía más que la primera y última palabra y a lo más alguna de enmedio, ¡con tanta vehemencia los pronunciaba!

El distintivo

¿En qué se distinguió?

Mi P. Pérez no ha dejado escrito ningún libro, ni una triste hoja impresa, ni fundó obras sociales, ni fué Presidente de junta alguna, a excepción de la Unión Apostólica de Sacerdotes, ni se distinguió por cultivar con preferencia un campo de ciencia, de arte, de obras de celo, ni aun se permitió tener cosas. Aparentemente al menos era uno de tantos, y sin embargo, sobre este hombre, al parecer tan vulgar, ¡qué juicios tan encontrados se han hecho!

Revolviendo recuerdos ahora, me río... (por no ponerme serio) de acordarme de las cosas tan estupendas que, cuando yo muchacho, oía ¡entre gente buena! del P. Pérez.

¡Ignorante! ¡infeliz! ¡iluso! ¡beato! ¡místico! ¡adulador! ¡soplón! ¡soberbio! y ¡con qué encarnizamiento y tesón!

Yo creo que una de las razones que, aun siendo yo niño, me lo hicieron apreciar y tenerlo por persona importante fué el ver tan discutida y perseguida una persona tan insignificante al parecer.

Ya mayor, me he dado cuenta del mérito de esa vulgaridad y de la razón, o sinrazón, de aquellas antipatías.

El P. Pérez no tenía aspiración ni empeño en llegar a ser más que esto sólo, Un Sacerdote. Aun-

que parezca raro, ese era su distintivo. Sacerdote en su modo de ver sobrenaturalmente las cosas y los hombres; sacerdote en su vestir, hablar, pensar, querer, entusiasmarse y proceder en todo, alto o bajo, y con todos, grandes y chicos, clérigos y seglares.

Que no se fuera con razones humanas o con proposiciones espléndidas que no tuvieran relación con las almas para moverlo a hacer, o no hacer, para que aceptara o rehusara, para que concediera o negara. Esas razones ni las entendía ni las quería oir. *¡Era tan ignorante...! ¡tan soberbio...!*

¿Se le pedía un consejo, daba una explicación en clase, echaba un buen rato de amigos o un paseo de esparcimiento, hacía o recibía una visita, escribía una carta? Allí, sin dejarse atrás la sal andaluza, con que condimentaba su *arte de sacar partido*, aparecía al punto el Sacerdote, dando condimento cristiano y jugo sobrenatural a la palabra que daba y que recibía. *¡Era tan beato, tan místico...!*

Cambiaban los Prelados de Sevilla y se sucedían los superiores del Seminario y nuestro *Pae Pérez* seguía en su puesto, obedeciendo y queriendo a los nuevos, como a los viejos, puesto que para él todos eran representantes de Dios. *¡Era tan adulador...!*

Y como entre los deberes del sacerdote está el de la sinceridad y él lo era con los buenos, alentándolos a que lo fueran más y con los hipócritas, quitándoles la careta e invitándoles a herrar o quitar el banco. *¡El Pae Pérez era tan soplón y tan vengativo...!*

¡Cuántas veces le oí exclamar, después de enterarse de alguno de esos ataques o piropos, con su invariable recurso de textos: *Ego autem Christi*, y *lo demás ¿qué me importa?*

¡Ser SOLO Sacerdote! ¡Qué hermosa ocupación y aspiración para un Sacerdote! ¡Y qué gloria ostentar ese solo distintivo ante Dios y ante los hombres!

El Secreto de su vida

Sin meterme en interioridades de su conciencia, porque no fuí su Director, y juzgando sólo por lo que tantas veces le ví practicar y le oí enseñar, creo no equivocarme en poner el secreto de la hermosa y fecunda vida sacerdotal del querido *Pae Pérez* en su extraordinario espíritu de oración y obediencia.

La oración y la obediencia a sus superiores jerárquicos, creo yo, que fueron los polos del eje en torno del cual giraba toda su actividad sacerdotal.

Espíritu de oración

Allá en el Seminario, cuando se perdía el *Pae Pérez*, ya sabíamos en donde encontrarlo: en la Capilla junto al Sagrario. El último que se acostaba (dudábamos si muchas noches lo haría) y el primero que se levantaba era él para tener más tiempo de acompañar a Jesús Sacramentado. Una de las impresiones más grabadas, que guardo en mi memoria de niño, es el susto que yo sentía allá en mi Seminario menor, cuando, al despertar a veces a media noche, veía pasar la sombra del *Pae Pérez* con una linter-

nita en la mano para no tropezar entre las camas del dormitorio y con alpargatas para no despertarnos al ruido de los pasos hacia el coro de la Iglesia. ¡Cómo me hacía taparme hasta la coronilla el miedo de la aparición!

Y sin duda que era hombre que todo lo llevaba a la oración y, de lo que de ella sacaba, luego predicaba, enseñaba y conversaba y en un estilo tan natural, llano y andaluz, con una unción que atraía, con unos donaires que hacían reir y unas llamadas al corazón que hacían llorar y temblar, con unas profundidades teológicas y escriturísticas entendidas hasta por los niños y con una substancia y doctrina a lo Beato Avila.

De mi afición a oir predicar al *Pae Pérez* aseguro que yo, que me he aburrido y aburro no pocas veces de oir oradores brillantes y de cumbre, quizás porque les echo de menos la sinceridad y la naturalidad, oyendo los sermones y pláticas y filípicas de aquel Sacerdote todo fuego de Sagrario y todo sinceridad de vida y de expresión, me quedaba con ganas de más.

Y no era sólo su palabra la que salía caldeada y abrasadora de su casi constante comunicación con Dios.

De ahí sacaba aquel temple de alma e igualdad de cara con que recibía agravios y calumnias, ingratitudes y torcidas interpretaciones y con que constantemente ejercía sus variadísimos *apostolados menudos* y sobre todo con que practicaba

Su obediencia

La obediencia le llevaba a no ocuparse ni preocuparse ni de su mañana, ni de su posición, ni de su fama.

Yo no he conocido Sacerdote que haya pasado por más cargos y más desiguales que él.

Lo mismo *subía* de Profesor del Seminario a Párroco de la Ciudad, que *bajaba* de este cargo a Capellán de monjas o Cura de aldea. Y subrayo el subía y bajaba por lo antisacerdotales que son esas expresiones.

Tanto debían contar sus Prelados y Superiores con su docilidad a toda prueba, que para cualquier remiendo de situaciones difíciles echaban mano de él.

Allá en el Seminario, recuerdo que lo mismo aparecía de Profesor de primero de Latín que de Perfección latina, de Matemáticas como de Retórica y Poética, Pastoral o Liturgia, de Director espiritual como de Administrador, Rector interino o de nada. Unos cursos nuestro *Pae Pérez* era Capellán del Beaterio más apartado de la Ciudad o de un Hospital, y otros Cura de la misma Ciudad, sin perjuicio de ser después Cura de pueblecillos pequeños; y era tan idéntico a sí mismo en todas esas alzas y bajas, y llevaba a todas partes su misma buena cara, sus mismos escasos, y, a fuerza de mudadas, desvencijados muebles, sus manos siempre abiertas, su palabra de fuego, su total olvido de sí mismo, sus largos ratos de Sagrario, que a

nadie se le ocurría ver en él un postergado, ni a él seguramente se le ocurría pensar en otra cosa que en hacer su negocio, el negocio de Jesús y de las almas en el cargo nuevo.

¡Qué bien practicaba su teoría, constantemente y en todos los tonos predicada, de que los cargos eclesiásticos no eran para los Clérigos, sino éstos para aquéllos, y unos y otros para servir a las almas; y la repulsión y mal ceño con que oía hablar entre los clérigos de hacer buena carrera, obtener ascensos y entrar en escalafones, y medir el gusto de la aceptación de los cargos eclesiásticos por la cantidad de rendimiento económico, de seguridades para la vejez...!

¡Cómo le brotaban textos y más textos condenatorios de ese lenguaje y de esos procederes, como el Quid prodest...? y Omnia arbitror ut stercora... sí, sí, stercora, stercora, repetía con énfasis, ut Christum lucrifaciam, y el Da mihi animas, cetera tolle, etc. etc., mutilados o comprimidos en proporción a los grados de fervor y de tristeza con que le salían...!

El conocimiento tan sentido que de la finura del Corazón de Jesús le daba su oración ¡le hacía padecer tanto al verlo postergado por sus Sacerdotes al lucro o a los honorcillos!

Espíritu de oración y de obediencia de mi *Pae Pérez*, siémbrate y arraiga en mis Seminaristas y en todos los del mundo entero!

¡Hacen tanta falta y tanto bien los *Pae Pérez!*

Sus apostolados menudos

¡Cuántos se agolpan a los puntos de mi pluma tan llenos de la sal del Evangelio, como de la de la tierra!

Cerraré estas líneas de homenaje al querido y ejemplar *Pae Pérez*, trasladando al papel algunas de sus cosas.

El anzuelo

¡Qué gracia me hizo ver, en una de las temporadas que le *tocó* de ser Cura en Sevilla, sobre su mesa de despacho una cajetilla empezada de cigarros y una cajilla de fósforos!

—*¡Pae Pérez!* ¿se ha tirado V. ya a los peligros? ¿Fuma V. ya?

Y, con aquel lenguaje tan pintoresco y lleno de figuras y textos, con que siempre hablaba, me responde riendo:

—¿Qué quieres, Manuel? ¡hay que ponerle carne al anzuelo! ¡algunos tiburones de confesiones y líos de matrimonios se han pescado con esos *pitiyitos!*

—Bueno, ¿pero ese tabaco es para darlo sólo o para fumarlo V. también?

—Mira, tú sabes lo que yo aborrezco esa *pólvora*, pero algunas veces, te digo, que he llegado hasta a dar ¡una o dos *chupaítas!* ¡se ponen algunos tan pesados!

¡Las almas, hijo las almas! Después de todo, no hay ningún mandamiento de «No fumarás» y luego lo de S. Pablo: Quis infirmatur et ego..... quis..... et ego non uror?

Si el Santo se hubiera dejado quemar por un alma, ¿cuánto más nosotros dejar quemar un pitillo y mil pitillos?

Y mira, ¡que me da un asco de la *dinamita* esa!

Hay que ganarse el requiescat in pace

Hablando a los Sacerdotes de la Unión Apostólica, que era sin duda su obra más querida, les daba esta última y suprema razón de laboriosidad apostólica:

—Sí, hay que trabajar ahora y luego, hoy y mañana y pasado mañana; con ganas y sin ellas, porque lo quiere Dios, lo exige nuestro ministerio, lo necesitan las almas, impendam et superimpendam pro animabus vestris..... y, si no trabajamos, nos quedaremos sin comer, «qui altari deservit, de altare edat», y las gentes al vernos «tota die otiosi», nos despreciará como chismes inútiles y nos entrarán la hipocondría y todas las cosas malas que vienen con la ociosidad y, después de una vida tan sosa, nos moriremos apolillados, y ni la Iglesia podrá cantar delante de nuestra sepultura el Requiescat in pace... ¿de qué vamos a descansar si nos hemos muerto sin cansarnos...?

¡Hermanos, hay que ganarse el Requiescat in pace!

A lo que llega el celo

Me invitó el *Pae Pérez*, siendo yo seminarista, a pasar una temporada en un pueblecito, a donde lo habían mandado de Cura durante las vacaciones

de verano, «porque, me escribía, como tengo tan mala oreja, quisiera que enseñaras a este bendito sochantre el canto del Asperges, cosa que dice que en su vida ha podido cantar, y a los niños de mi Catecismo unas coplitas que les están haciendo mucha falta...» Allá fuí y, cuando rendido de calor, que lo hacía bueno, y del viaje de todo el día, empezaba a saborear el sueño..... unos porrazos formidables, dados en mi ventana, que daba a la calle, me despertaron atolondrado.

—¿Qué pasa? ¿quién es?

—¡Pae Cura! ¡Pae Cura!

Sin duda, me dije, buscan la Extremaunción para algún enfermo.

—Ya va, respondí yo, ¿en dónde vive? ¿Está muy grave?

Nadie me respondía; y mientras los aporreadores charlaban, bromeaban, canturreaban, el cerrojo de nuestra puerta, suavemente descorrido, deja pasar sin duda al *Pae Pérez*, se oye un cambio de saludos de ¡muchachos! y ¡Pae Cura! y, perdiéndose todos los ruidos a lo largo de la calle, dan las dos de la noche.....

—*Pae Pérez*, le decía yo bromeando a la mañana siguiente, ¿en dónde fué la fiesta anoche? ¿cuántas copitas cayeron?

—¡Pobrecillos! ¡pobrecillos!

No satisfecho con esta respuesta, pude satisfacer mi curiosidad, gracias al mal humor del padre del *Pae Pérez*.

—En todas partes y en todos los cargos del mundo, me decía el buen viejo, hay horas para cada cosa; pero para este hijo mío todas las horas son buenas para que lo jeringuen.

¡Cuidado con la invención de ahora de casar a media noche! ¿en dónde se ha visto eso? el uno, porque está amancebado y le da vergüenza y el otro, porque es viudo y le tiene miedo a las cencerradas; éste, porque no tiene traje nuevo para lucirlo en la Iglesia; aquél porque no quiere perder el jornal y cada uno por su estilo prefieren rebujarse a casarse como Dios manda, y al bueno de mi hijo se le ha ocurrido que todo eso se arregla casándolos a media noche o de madrugada y aquí nos tiene en vela, como un sereno, siempre que se les ocurre a estos novios; y todo lo que se le ocurre responder a los cargos que le hago yo, como su padre que soy, de que se va a matar es que: ¡Pobrecillas las almas! ¡las almas!

Un consejo

—Hijos míos, decía a sus Seminaristas, sabed que se va al cielo más seguro de cobrador de tranvías a gusto, que de sacerdote a disgusto y sin vocación.....

El Pae Pérez en el Oratorio

Después de entregar la dirección espiritual del Seminario a los PP. Josefinos, nuestro P. Pérez entró en el Oratorio de S. Felipe, de Sevilla, en donde su gran espíritu, luchando con la enfermedad o mejor dicho, con el agotamiento físico, no ha dejado ministerio de gloria de Dios por atender ni servicio de almas por prestar dentro y fuera de su Iglesia.

Grabada se ha quedado en mi retina la figura del querido Padre la última vez que lo visité en Sevilla: arrastrándose, más que andando, borrosa la palabra y medio apagada la luz de sus ojos, todavía porfiaba porque le dejaran trabajar acudiendo a sus ministerios ordinarios.

Y así, en el mismo silencio en que había vivido, con la misma pobreza que nació, con la paz de los santos Sacerdotes retratada en su cara y rodeado de la veneración y de las lágrimas de sus Hermanos de Oratorio, la Virgen su Madre en el mes de su Concepción Inmaculada lo tomó de la mano y se lo llevó al descanso y al gozo de su Señor.

¡Qué bien se había ganado el *Pae Pérez* su *Requiescat in pace!*

Amén, Amén.

APÉNDICE

La mejor corona para un Apóstol muerto

Como la muerte es el eco de la vida, quiero cerrar estas páginas transcribiéndoos la que escribí en mi Boletín oficial dando cuenta de la preciosa muerte de uno de mis más queridos Sacerdotes, de vida ejemplar y celo apostólico:

«La pena, la gran pena de que ha llenado mi corazón la muerte de uno de los mejores Curas de mi Diócesis ¡tan escasa de Sacerdotes!, del queridísimo Cura de los Santos Mártires de Málaga, Don Manuel Domínguez Naranjo, ha sido mitigada por un gran consuelo.

Este gran consuelo me lo han proporcionado las lágrimas que he visto derramar a sus feligreses y a muchos Sacerdotes ante el cadáver del que con voz dolida llamaban los unos ¡padre! y los otros ¡hermano!

¡Padre! ¡Qué bien sentaba ese nombre al Cura de los Mártires y con cuánta justicia se lo daban sus feligreses y se lo había ganado él!

Era el primero en entrar muy de mañana en su Parroquia a hacer su oración y esperar a los penitentes y el último en salir de ella; el asiduo predicador del Evangelio, catequista de adultos y niños y visitador de todas las escuelas de su feligresía; la mano siempre abierta para dar y nunca cerrada para guardar; los pies siempre ligeros para visitar enfermos y pobres; la cara siempre serena y siempre apacible para recibir a todos, el corazón rebosando celo ingenioso para buscar nuevos modos de hacer bien a sus ovejas, y docilidad afectuosa para con su Prelado y Superiores.....

¡Aún parece que siento en mi cara el calor del abrazo y del beso con que se despidió de mí el día antes de su muerte, después de confiarme sus últimos apuros y encargos!...

¡Cómo me consolaba ver reconocida y agradecida la obra del Cura bueno difunto en aquella palabra ¡padre! dicha más con el corazón que con la boca de los apenados feligreses.

....

¡Hermano! Esa era la palabra de los Sacerdotes que también lloraban al muerto.

Sacerdotes jóvenes los unos que a él debían desde su venida al Seminario y la guía de sus primeros pasos de niño hasta su dirección espiritual, su ayuda siempre generosa, y su cariño de hermano, elevados ya al Sacerdocio; Coadjutores o compañeros los otros que siempre contaron con su lealtad, su desprendimiento y su bondad inagotable.

....

Aquellas lágrimas brotadas de un dolor tan justo, de una gratitud tan ganada, de unos sentimientos tan delicados, más que gotas de un líquido que se evapora parecíame verlas cuajarse en perlas preciosas para una corona..... ¡la corona con que aún en la tierra ciñe Dios las sienes de sus buenos Sacerdotes!

¡Hic est Sacerdos quem coronavit Dominus!»

Apóstoles de sotana, levita, blusa o faldas, si lo sois *como Dios manda*, contad seguros con que vuestra corona de espinas, de persecuciones, de malos y de buenos, de fracasos y calumnias, de cansancios y despojos de la tierra, se trocará en corona de flores inmarcesibles en el cielo y por añadidura y en definitiva aún en la tierra...

INDICE

Biblioteca de EL GRANITO DE ARENA

POR EL

Excmo. e Iltmo. Sr. Dr. D. Manuel González

Obispo de Palencia, antiguo Arcipreste de Huelva.

MI COMUNIÓN DE MARÍA.—6.ª edición. 274 páginas. Libro para enseñar modos y meter ganas de preparar, agradecer y digerir bien la Comunión. - Encuadernado en tela, 2 pesetas.

LO QUE PUEDE UN CURA HOY o respuesta a esta pregunta: ¿A qué trabajar tanto, si se consigue tan poco? 6.ª edición, no corregida, aumentada con interesante Conferencia sobre la *Acción social del Párroco;* libro muy recomendado para los propensos a cruzarse de brazos; un tomo de 285 páginas, en octavo. Encuadernado en cartoné, 1,50 pesetas. - Traducido a varios idiomas.

GRANITOS DE SAL. Aperitivos para las almas inapetentes. Primera y segunda serie, 4.ª y 5.ª edición, 200 y 160 páginas respectivamente. - Encuadernado en cartoné, 1,50 pesetas cada serie.

AUNQUE TODOS... YO NO. Razón de ser y orígenes de la Obra de las Marías, su organización, frutos y privilegios. - Libro de la Lealtad al Señor más deslealmente servido. - 5.ª edición. - En rústica, 1,50 pesetas.

QUÉ HACE Y QUÉ DICE EL C. DE JESÚS EN EL SAGRARIO.—Viaje al País de las divinas sorpresas, propio para las visitas al Santísimo. - 4.ª edición. 260 páginas. - Encuadernado en tela, 2 pesetas.

OREMOS EN EL SAGRARIO ¡COMO SE ORABA EN EL EVANGELIO.—Presenta modos de orar usados en el Evangelio y enseña a imitarlos ante el Sagrario, desvaneciendo todo pretexto para no orar. - 259 páginas. - En tela, 2 pesetas.

JESÚS CALLADO O LA EUCARISTÍA ESCUELA DEL SILENCIO.—Cartilla para aprender a callar. Librito de bolsillo. - 150 páginas. - En tela, 2 pesetas.

FLORECILLAS DE SAGRARIO O EN BUSCA DEL ESCONDIDO.—556 temas de conversaciones o meditaciones para reuniones, viajes, visitas al Sagrario y conquistas de almas. - 205 páginas. - 4.ª edición. - En tela, 2 pesetas. En rústica, 1,50.

SEMBRANDO GRANITOS DE MOSTAZA. Notas del gran mundo de la gente menuda. Los niños revelando su alma y los modos de cultivarla, 284 páginas.—En cartoné, 2 pesetas.

PARTIENDO EL PAN A LOS PEQUEÑUELOS.—(5.ª edición). Pedagogía práctica o modos de llevar a los niños al conocimiento, amor e imitación del Corazón de Jesús que vive en el Sagrario. - Encuadernado en cartoné, portada a dos tintas, 270 págs., 1,75 ptas.

NUESTRO BARRO. — Avisos y ejemplos para hacer santos, a pesar de él. - 1,50 pesetas.

MANUAL DE LAS MARÍAS. - Libro tan imprescindible para las Marías de los Sagrarios-Calvarios, ve sucederse sin cesar las ediciones. - 11.ª edición. - a 1,25 en tela y 0,75 en rústica.

MANUAL DE LOS DISCÍPULOS DE SAN JUAN.—En tela, al mismo precio. - 2.ª edición.

EL ABANDONO DE LOS SAGRARIOS ACOMPAÑADOS. (5.ª edición.) - Sugestivo librito revelador de los abandonos más insospechados y menos reparados de Jesús en su vida eucarística. - 106 páginas. - Encuadernado en tela, 1,50 pesetas.

APOSTOLADOS MENUDOS.—Recetas para ser apóstol perenne a poca costa. - 1.ª serie, 5.ª edición, 150 páginas. - En cartoné, 1,50 pesetas.

ARTES PARA SER APÓSTOL COMO DIOS MANDA. (2.ª serie de «Apostolados Menudos»). - 155 páginas. 1,50 pesetas.

ARTE Y LITURGIA.—En él se estudia el arte y la liturgia en sus mutuas relaciones y también la Pedagogía de la Misa. - Encuadernado en cartoné con grabados en el texto, 165 páginas. - 1,50 pesetas.

PIA UNIÓN DE LAS TRES MARÍAS DE LOS SAGRARIOS - CALVARIOS. — (8.ª edición). - Organización y espíritu. - En tela, 1,50. - En rústica, 1 peseta.

LA GRACIA EN LA EDUCACIÓN O ARTE DE EDUCAR CON GRACIA.—Encuadernado, 2,50 pesetas.

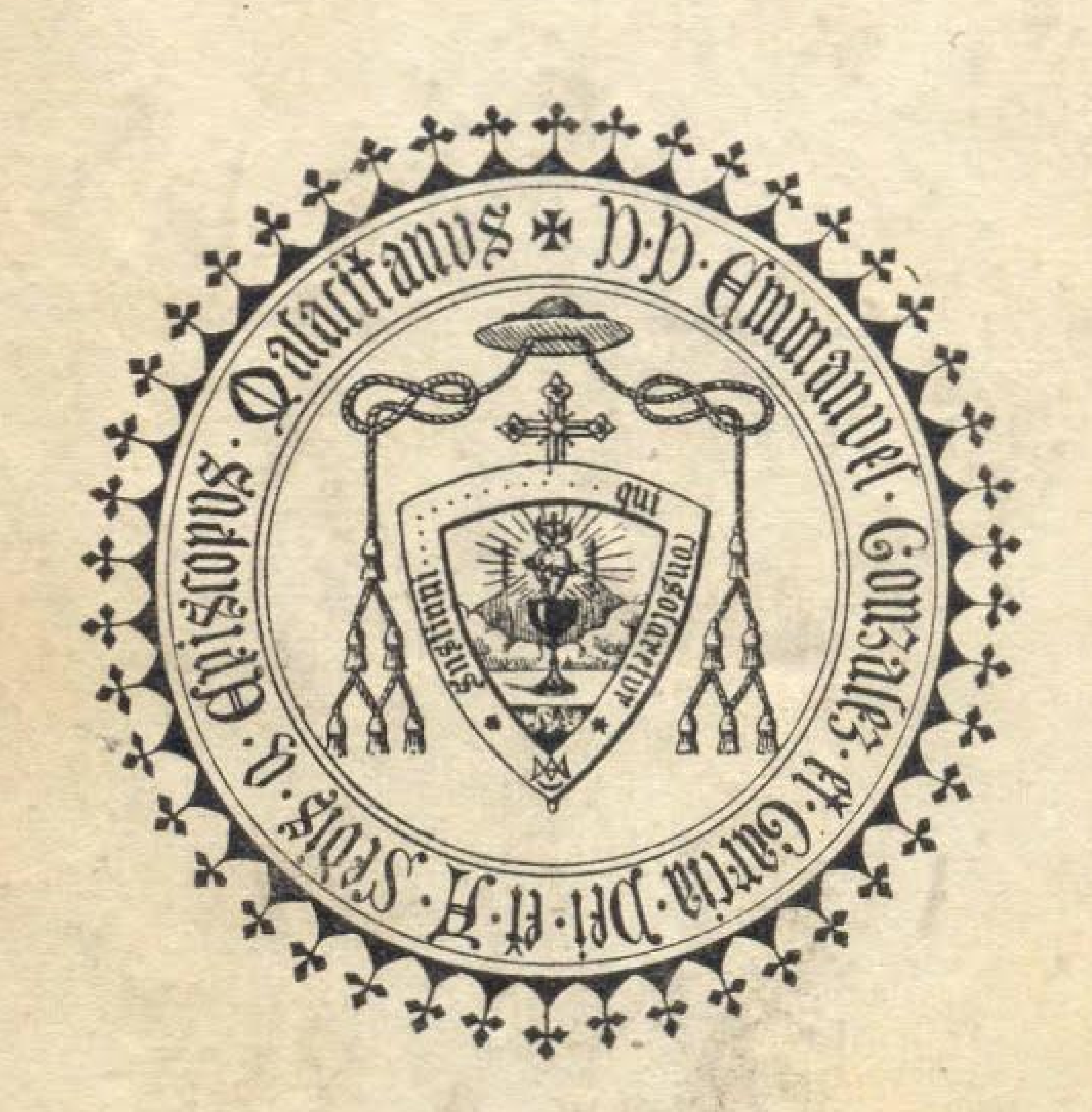
EL ROSARIO SACERDOTAL, ó los gozos, dolores y glorias del Sacerdocio en Jesús, en la Madre Sacerdotal y en el Sacerdote. - Encuadernado en tela y con grabados, 2 pesetas.

Precio de toda la colección: 35 pesetas.

Descuento según el número de ejemplares pedidos.






D·D· Emmanuel · Gonzalez · et · Garcia · Dei · et · A · Sedis · g · Episcopus · Malacitanus
sustinui
qui
consolaretur